

## EL CENSO Y LA CONSTITUCIÓN

---

Ha sido y es una creencia arraigada en la República Argentina la de que la proporción existente entre el número de habitantes y el número de diputados nacionales, es invariable y absoluta, de tal modo que sólo podría ser alterada por una reconsideración ó reforma de la cláusula constitucional de donde nace aquella relación.

Es natural, por lo tanto, que, tratándose de modificar tal proporción, en virtud del último censo de la población, sancionase el Congreso nacional la ley por la cual se convoca una convención encargada de reformar la parte pertinente de la Constitución.

Esa opinión es errónea en nuestro concepto, y como ella se apoya en las mismas disposiciones constitucionales, vamos á examinarlas, porque siempre hay un interés histórico y jurídico en esta investigación, fuera de que sería aventurado dar por resuelta definitivamente una cuestión que no ha sido encarada directamente, y sobre la cual tampoco ha podido pronunciarse la convención que está por reunirse.

Cuando se dictó la constitución argentina (1853), no había estadística alguna oficial de la población. Lo mismo había pasado en Estados Unidos 66 años antes (1787), cuando sus representantes se ocupaban de redactar la constitución federal.

Como los constituyentes argentinos habían tomado por modelo la obra del norte, natural era que adoptasen también en este punto las reglas y procedimientos observados por los constituyentes norteamericanos. Estos establecieron una repartición *temporaria* de la representación nacional: «Hasta que se haga el censo, dijeron, el estado de New-Hampshire podrá elegir tres representantes, Massachusetts ocho, etc.».

La dificultad estaba resuelta, por lo tanto, y nuestros constituyentes la dirimieron del mismo modo: «Los diputados para la primera legislatura, serán nombrados en la proporción siguiente: por la provincia de Buenos Aires, doce; por la de Córdoba, seis, etc.».

Esto por lo que se refiere á la primera representación. ¿Qué regla debía observarse en el futuro? Vamos á verlo.

La constitución norteamericana estableció que el censo debía hacerse tres años después de la primera reunión del congreso, y en seguida de diez en diez años, *en la forma que determinase la ley*. El número de representantes no debía exceder de uno por treinta mil, pero cada Estado tendría á lo menos un representante.

Así, los constituyentes argentinos hallaron también resuelto este problema y no hicieron más que copiar. He aquí, en efecto, la fórmula adoptada:

«La cámara de representantes se compondrá... en razón de uno por cada veinte mil habitantes, ó de una fracción que no baje del número de diez mil (artículo 37 de la Constitución). Para la segunda legislatura deberá realizarse el censo general, y *arreglarse á él el número de diputados*; pero este censo sólo podrá renovarse cada diez años (artículo 39).»

De diez en diez años se ha levantado el censo en Estados Unidos, y, como era consiguiente, en vista de cada una de esas operaciones, se ha ido fijando, cada diez años, una nueva razón del número de representantes. Una simple ley del Congreso la ha establecido, en cada caso ú oportunidad.

No hubo divergencia ó vacilación en cuanto á la facultad del congreso para fijar, en cada nuevo censo, la proporción que debía existir entre la población y el número de representantes. Ninguna observación se hizo al respecto en el transcurso de más de un siglo. En 1792 se dictó la primera ley que modificaba la proporción transitoria de la constitución, y así se ha continuado hasta nuestros días.

La primera razón fué de un representante por cada treinta mil almas; la última ha sido de un representante por ciento setenta y seis mil habitantes. Si se hubiera mantenido la primera proporción, la cámara contaría hoy dos mil representantes.

La exposición de los comentadores y defensores del sistema norteamericano, acaba de explicar y justificar ese procedimiento.

En el concepto de *El Federalista* (Madison) la disposición que exige un nuevo censo de los habitantes, en cada período sucesivo de diez años, « tiende inequívocamente: 1º á fijar de tiempo en tiempo la proporción de representantes relativamente al número de los habitantes, bajo la excepción única de que cada estado tendrá un representante por lo menos; 2º á aumentar el número de representantes en los mismos períodos, bajo la sola limitación de que todo el número no excederá de uno por cada treinta mil habitantes ».

Refiriéndose á la misma regla constitucional ó sea á la que exige la renovación del censo cada diez años, dice Kent que, en cada renovación, *los representantes deben ser nuevamente prorrateados del mismo modo, BAJO UNA NUEVA RAZÓN, según el acrecentamiento relativo de la población de los Estados.*

Como se temiese que los Estados más pequeños pudieran oponerse á un aumento razonable de la cámara de representantes, los defensores de la constitución federal del norte hacían notar la peculiaridad que caracteriza su sistema, según el cual, una rama de la legislatura representa á los ciudadanos, mientras la otra recibe su representación de los Estados. En la primera preponderan los estados más populosos; en la última los más pequeños. Así, la coalición de los unos neutralizaría la de los otros, y nada se opondría, por lo tan-

to, á una solución aconsejada por el interés común, la equidad, y los principios de la Constitución.

Se temía que fuese reducido el número de los representantes. Los defensores de la constitución no veían un mal en ese resultado. Cuanto más numerosa sea una asamblea, decían, tanto mayor será el ascendiente de las pasiones sobre la razón. Cuanto mayor sea el número, tanto más aumentará la proporción de las capacidades inferiores ó de los miembros de instrucción limitada. Y es precisamente sobre éstos que se ejerce con mayor ventaja la habilidad y la astucia del menor número. En las antiguas repúblicas, donde el pueblo deliberaba bajo la bóveda del cielo, un orador diestro bastaba para dominar el espíritu de la muchedumbre. Así, cuanto más se aumentase el número de los miembros de la cámara, más disminuiría el de los que la dirigen en realidad. Error grosero sería suponer que, elevando desmesuradamente la cifra de sus representantes, se pondría el pueblo más á cubierto de posibles usurpaciones. Podría ser más democrático el aspecto exterior del gobierno, pero su espíritu sería más oligárquico. Parecería el mecanismo agrandado en su conjunto, pero los resortes que lo movieran serían con frecuencia más reducidos y más ocultos.

De esa manera se quería justificar el principio en virtud del cual debía el congreso, cada diez años, prorratear los representantes, bajo una nueva razón, proporcionada al acrecentamiento relativo de la población de los Estados.

¿Cuál es, entre tanto, el criterio que ha prevalecido en la República Argentina, que tomó de la constitución norte-americana el sistema del censo y de la representación ?

Mucho costó aquí hacer el primer censo, á pesar de la prescripción formal de la constitución, que quiso se ajustase á esa nueva operación el número de los diputados que debían componer la segunda legislatura.

La primera ley nacional que prescribió la formación del censo

data del 29 de septiembre de 1862. Se trató de darle cumplimiento, pero la fatalidad le opuso su veto. Los estados y cuadros preparados para esa operación fueron destruidos en un incendio que ocurrió en la Casa Rosada, quedando abandonada, desde entonces, aquella operación, como si los hombres y los elementos se hubiesen conjurado contra ella.

Seis años después, apenas se había reaccionado contra esas impresiones. Se reclamó en 1868, en la cámara de diputados, la ejecución de la ley de 1862, pero la moción fué objeto de una viva resistencia. Decíase que la época no era propicia: acababan de sucumbir millares de argentinos en la guerra del Paraguay; las provincias estaban anarquizadas; la emigración era considerable; los resultados del censo reflejarían una situación incierta y transitoria. Se argüía, por otra parte, que el censo era materia de un precepto constitucional, cuyo cumplimiento se había retardado por demás. Las provincias tenían derecho á la representación que la Constitución les atribuía. Nada justificaría un aplazamiento mayor, sin término conocido.

Al fin, triunfaron los partidarios del censo, y el congreso dictó una nueva ley por la cual se obligaba al poder ejecutivo á presentar en las sesiones de 1870, ó 1869, si fuera posible, el censo general de la República (ley de 25 de septiembre de 1868).

Levantóse el primer censo argentino en 1869, acatándose así, tardíamente, la disposición constitucional, que conviene recordar una vez más: « Para la segunda legislatura DEBERÁ realizarse el censo general, y arreglarse á él el número de diputados, etc. ». Esto es, conforme á la razón constitucional, que acordaba un diputado por cada veinte mil habitantes, ó fracción que no bajase de diez mil.

Quedaba ahora por aplicarse la segunda parte de la disposición constitucional, concebida así: « Pero este censo SÓLO PODRÁ renovarse cada diez años » (artículo 39).

Obsérvese que si el primer censo era materia de una disposición

imperativa, en la constitución argentina no sucedía lo mismo con los subsiguientes. No se dijo aquí, como en Estados Unidos: «El censo *se hará* en lo sucesivo de diez en diez años»; se dijo: «el censo *sólo podrá* renovarse». ¿Por qué esa diferencia, si hubo realmente intención de establecerla?

Acaso los constituyentes de Santa Fe no tenían grande admiración por la estadística; acaso no confiaban mucho en la regularidad de operaciones semejantes, en medio de frecuentes disturbios; acaso pensaron que, en la posibilidad de hacerlo, bastaría consignar la facultad correlativa, sin exponerse al riesgo de crear una obligación ilusoria.

La experiencia del primer censo autoriza para suponer que, aunque se hubiese ordenado preceptivamente la formación del segundo, éste habría venido siempre tarde. Dependiendo sólo de una facultad del congreso, los legisladores, por lo común, miraban esa operación como cosa de poca monta, y bastaba la menor objeción para poner de lado el asunto.

Alguien diría entonces: «Si hacemos un nuevo censo, resultará que la población es mayor de lo que conviene á los efectos de la representación. Como la Constitución establece que habrá un diputado por cada veinte mil habitantes, tendremos una cámara muy numerosa, á menos de que reformemos antes la regla constitucional».

Muchas veces no nos damos la pena de investigar la razón de lo que se afirma, y eso sucede, sobretodo cuando personas autorizadas emiten un juicio basado en el sentido ó interpretación de un precepto que se supone leído y comprendido. Viene aquí á la memoria aquella leyenda de un congreso de sabios, que empleó más de una sesión laboriosa en buscar la *explicación* de cierto fenómeno físico, cuando tal fenómeno no existía.

El razonamiento del sabio, respecto de la constitución argentina, produciría, en su círculo, el efecto que puede imaginarse. Una cámara numerosa! Dios nos libre de ella! Reformar la constitución! No toquéis á la reina!

En trance tal, debía optarse por no hacer el censo. No haciéndolo, no habría aumento comprobado de la población, ni de la cámara; no habría reforma de la Constitución, ni violación de sus reglas: efectos todos de aquella malhadada enumeración.

En vano el presidente Avellaneda se dirigió al congreso en 1878, proponiendo la formación del segundo censo. Los legisladores permanecieron mudos. Inútilmente se trató luego de levantar un censo suplementario, á la manera de los que, cada cinco años, confeccionan los Estados Unidos, á fin de llenar, en parte al menos, el vacío que se notaba á cada paso en el orden administrativo.

Otros presidentes recomendaron más tarde, igualmente, sin resultado inmediato, el asunto del censo. La cámara de diputados llegó, en 1881, á sancionar un proyecto que ordenaba la ejecución del segundo censo, pero el senado no lo tomó siquiera en consideración.

Alguno debía recoger, al fin, el fruto de tantos esfuerzos. Un proyecto del gobierno del doctor Pellegrini, en 1892, pasó por ambas cámaras, si bien resistido tenazmente, siempre con iguales argumentos, hasta convertirse en ley. En su virtud, se practicó, en 1895, el segundo censo general que asigna á la República Argentina, 4 millones de habitantes.

En Estados Unidos, un nuevo censo habría motivado sencillamente la sanción de una ley, fijando el número de representantes correspondiente á la cifra de la población. Aquí, el nuevo censo ha suscitado dificultades y controversias que casi degeneran en conflictos.

La opinión general planteó este dilema: ó reformamos la Constitución para modificar la proporción establecida entre el número de habitantes y el número de diputados; ó tendremos una cámara de doscientos miembros! Se optó, naturalmente, por lo primero, ó sea por reformar la Constitución.

Ahora bien: ¿qué razón ha habido para que los legisladores argentinos se apartasen del procedimiento observado por los norte-

americanos, quienes fijan, en cada nuevo censo, por medio de una simple ley, el número de los representantes?

Si la constitución argentina, como se ha visto, no hace sino reproducir, casi al pie de la letra, la cláusula norteamericana que trata de la representación y del censo; si en una y otra constitución el sistema es idéntico; si la fórmula es una misma; si su historia no varía; si los argentinos han seguido paso á paso, en ese punto, á sus hermanos del norte, ¿cómo es que aquéllos creen indispensable deferir al poder constitucional lo que los últimos resuelven por una ley secundaria?

Hemos buscado empeñosamente, pero en vano, un juicio ó razonamiento cualquiera, que explicara esa disparidad. No hemos encontrado sino una nota del publicista Calvo, traductor de Story, al pie del capítulo que trata de la cámara de representantes. Conviene reproducirla:

« Los constituyentes argentinos, dice Calvo, olvidaron ú omitieron la sabia prescripción de la constitución americana, que dice en el inciso 3º de la sección II: « El número de representantes no excederá de uno por cada treinta mil habitantes, etc.; el censo actual será hecho en los tres años después de la primera reunión del congreso de los Estados Unidos, y dentro de cada término subsiguiente de diez años, *del modo que ordenará la ley especial...* » Si el artículo 39 dispusiera como la constitución americana que, dentro de cada término subsiguiente de diez años, *LA ELECCIÓN se haría del modo que ordenara una ley especial, no habría la imperiosa necesidad de reformar este artículo constitucional que aquella imprevisión de nuestros constituyentes hace indispensable y urgente* ».

En nuestra opinión, también el señor Calvo fué inducido en error por aquella preocupación reinante á que antes nos referimos. Viendo que la opinión general se inclinaba aquí á juzgar necesaria la reforma constitucional, para hacer lo que se hacía en Estados Unidos por medio de leyes ordinarias, acabaría por creer que los constituyentes de Santa Fe se apartaron realmente de la fórmula norteamericana.



Bajo esa impresión leyó acaso el señor Calvo la parte pertinente de la constitución norteamericana, cuando creyó observar una diferencia que, en realidad, no existe. Aquella no habla *expresamente*, en efecto, de una ley sobre la *elección* de representantes, ó sobre la razón de su número, sino de una ley que determine la forma ó la manera de practicarse el censo. La simple lectura lo demuestra. Leamos, pues, el texto original :

« *The actual enumeration shall be made within three years after the first meeting of the congress of the United States, and within every subsequent term of ten years, in such manner as they shall by law direct.* »

Traducción : « El primer censo deberá hacerse dentro de tres años contados desde la primera reunión del congreso de los Estados Unidos, y en lo sucesivo de diez en diez años, en la forma que determine la ley. »

Estas primeras palabras : « *the actual enumeration* » — han sido traducidas de muy diversos modos, según hemos podido verificarlo, recorriendo diversas ediciones. Se ha escrito : « la enumeración para la época actual »; « el censo definitivo »; « el censo auténtico »; « el censo efectivo »; « el censo actual »; etc. Pero no hay cuestión sobre el sentido de la frase, ó sobre la intención del legislador.

La última parte de la oración, « *in such manner as they shall by law direct* », aparece traducida invariablemente de acuerdo con nuestra versión. La traducción de Calvo es la siguiente : « del modo que ordenará la *ley especial* ». Pero en la hipótesis de que esta versión fuese la más fiel, tampoco se deducirían de ahí las conclusiones á que llega el traductor. Siempre quedaría demostrado que aquella regla se refiere al censo, y no á la representación, y que los constituyentes argentinos, al copiar la fórmula norteamericana, nada omitieron en ese punto, que fuese substancial.

No hay, en efecto, divergencia alguna, en esa parte, entre las dos constituciones. La argentina no habla expresamente de una ley que

prescriba la manera de practicarse el censo, pero determina que se arreglará al primer censo el número de diputados y *que ese censo sólo podrá renovarse cada diez años*.

¿Para qué efecto? Claro es que para dar lugar á una nueva razón ó proporción entre la población y el número de los diputados. ¿Quién ha de establecerla? Evidentemente, el legislador ordinario, aquí, lo mismo que en Estados Unidos.

En una y otra parte, pues, la disposición relativa al censo tiende á «fijar, de tiempo en tiempo, la proporción de los representantes en relación con la cifra numérica de los habitantes». Es lo que ha hecho el legislador norteamericano; es lo que debía hacer el legislador argentino.

Que tal es el único objeto de aquella disposición constitucional, comprendida en el capítulo de la cámara de diputados, es cosa averiguada y reconocida. El senador Igarzábal lo entendía así, probablemente, cuando en la sesión del 29 de diciembre de 1893 trataba de explicar la fórmula negativa de aquella disposición: «pero el censo SOLO PODRÁ *renovarse cada diez años*».

Lo que la Constitución quiso, en el concepto del orador, «es que la proporción de la representación no se altere tantas veces cuantas se haga un censo». La constitución habla de un censo que ha de levantarse «á los efectos de la representación».

También otro senador, el doctor Doncel, decía en la misma sesión que para dar al censo el efecto de alterar la representación, era necesario que una ley aprobase aquella operación y determinase expresamente la proporción bajo la cual debían hacerse las elecciones de diputados.

Todo eso es evidente. Faltaba sólo dar un paso adelante para fijar claramente la misma doctrina que sostenemos, entregando al congreso, en su oportunidad, la facultad de establecer, al aprobar el censo, el número de los diputados ó su relación con la cifra numérica de los habitantes.

Dar al congreso la atribución de aprobar el nuevo censo, y man-

tenerlo amarrado á la proporción anterior, creada para el primer censo, es atribuirle sólo una acción mecánica ó administrativa, despojándole de la única función digna y propia de la asamblea legislativa, ó sea la de fijar una nueva razón ó proporción; facultad que sólo tiene una limitación ó excepción en la Constitución, y es la de que el número de diputados no *excederá* de uno por cada veinte mil habitantes ó fracción que no baje de diez mil.

Es decir, que el congreso puede aumentar ó disminuir, discrecional y relativamente, el número de diputados, en virtud del nuevo censo, con las excepciones indicadas. No podría, según ellas, disponer, por ejemplo, que haya un diputado por cada diez mil ó quince mil habitantes, ni menos destruir el principio constitucional relativo á la distribución de los diputados, ó sea la razón ó proporción, equivalente á un *divisor común*, según la expresión norteamericana.

Si fuese inmutable la primera base ó razón constitucional, el congreso nada tendría que hacer en esa parte, sino circunscribirse á la tarea automática de ir aumentando, en cada nuevo censo, el número de los diputados. No puede ser ni es ese el sistema constitucional, que es el sistema norteamericano, tal como resulta de la constante interpretación que ha recibido en más de un siglo.

Si el censo se renueva «á los efectos de la representación», no es para aumentar maquinalmente el número de los diputados, sino para fijar la nueva razón de su prorrateo ó distribución. Y esto es lo que la Constitución ha dispuesto al prescribir, ó al admitir, como se quiera, el censo decenal. El nuevo censo requiere una nueva representación; es decir, un nuevo « prorrateo ».

Es una puerilidad decir que la Constitución no previó el adelanto rápido de la población, cuando tenía el ejemplo de los Estados Unidos, cuando reconocía, como la gran nación, la necesidad del censo decenal, destinado á revelar ó comprobar el movimiento de la población, cuando esa constitución ha dispuesto que se arregle *al primer censo* el número de los diputados, y que ese censo se renueve ó pueda renovarse cada diez años, á los efectos de la representación.

Las reglas de la constitución argentina en este caso, admiten tres divisiones fundamentales: 1<sup>a</sup> la que constituye una cámara temporaria, fijando directamente el número de sus miembros; 2<sup>a</sup> la que fija la proporción de un diputado por cada veinte mil habitantes ó fracción que no baje de diez mil, según un censo que debía realizarse para la segunda legislatura; 3<sup>a</sup> la que admite la renovación de ese censo, y por lo tanto, la renovación del número ó de la razón de los diputados.

La proporción derivada del primer censo era una proporción necesariamente variable, que debía modificarse con los nuevos censos previstos y autorizados, y no una base permanente ó inmutable, que no resulta ni de la letra, ni del espíritu, ni de los antecedentes ó las prácticas consultadas y observadas.

El aumento de la población general, á los efectos de la representación, trae aparejado ó implica, como dice Paschal (número 21), el aumento de la razón ó *población* necesaria para elegir un diputado. Lo primero debía ser comprobado por el censo; lo segundo debía ser materia de la ley.

El sistema que deja al congreso ordinario la facultad de determinar, después de cada censo, la razón del número de habitantes que ha de representar cada diputado, ha sido adoptado expresamente en varias de las constituciones provinciales, estableciendo sólo el *máximum* de diputados, ó un número que nunca podrá ser excedido.

Ese límite está en la constitución nacional igualmente, y dentro de él debe ejercitarse la prudencia de los legisladores, sin la cual no hay principio de gobierno que no esté expuesto á las más graves perturbaciones.

En la disposición constitucional de que se trata, sólo hay un principio esencial y respetable: es el de la proporcionalidad, ó sea el que establece un divisor común á todos, que es la base de una representación ó distribución igual.

Haya un diputado por veinte mil almas, ó un diputado por cuarenta mil, el principio de igualdad ó proporcionalidad, que es el único esencial, quedaría siempre salvado, en cuanto es compatible con la aritmética política.

La verdad ó justicia de la representación no peligrará por el hecho de que la cámara se componga de un número mayor ó menor de diputados; peligraría sí en el caso de que se alterase aquel principio de la proporcionalidad, consagrado en la constitución.

No hay inconveniente, por lo mismo, en abandonar al congreso ordinario el ejercicio de una facultad ó de un arbitrio que no puede llevarlo á comprometer las libertades públicas ni á menoscabar derecho alguno, toda vez que ha de quedar siempre incólume lo único que tiene de esencial el principio constitucional: la razón ó proporción de la representación.

La idea predominante en nuestros hombres públicos es la de que la Constitución debe reformarse en el sentido de dar al congreso ordinario aquella facultad. ¿No habría sido mejor preguntarse si ya no la tiene por virtud de la misma constitución? Bastaría plantear la cuestión para resolverla.

Nuestra convicción es la de que la Constitución no estableció una proporción invariable. Por el contrario, fijó una razón que debía ser modificada con el aumento gradual de la población, comprobado por los censos periódicos. Si, pues, la razón era variable, sólo al congreso ordinario correspondería fijarla, de diez en diez años, ó cada vez que se levantase un nuevo censo.

Este es el régimen de los Estados Unidos; el que se ha aplicado constantemente desde 1792 hasta nuestros días. Es, además, el sistema universal, y hasta el que han adoptado las mismas provincias argentinas.

Nada puede oponerse á que el congreso ejerza esa facultad, como lo demuestra también la intención de deferírsela en definitiva. El congreso ordinario ha sido y es el único que puede llenar esa función. Si por el lado de la cámara de diputados hubiese una tenden-

cia á exagerar la representación de los Estados, ahí está el contrapeso del senado. Lo que una convención puede hacer, puede hacerlo también la legislatura ordinaria, y acaso con más reposo, y ofreciendo mayores garantías de acierto.

Una consideración más. Si la legislatura ó el congreso ordinario no pudiera modificar la proporción original de la Constitución, que da un diputado por veinte mil habitantes, tendrían razón los que sostienen que las próximas elecciones deben hacerse con arreglo á esa pauta y al nuevo censo de la población.

Con cuatro millones de habitantes, tuvieron los Estados Unidos una cámara popular de sesenta y cinco miembros. Los argentinos, con cuatro millones, tendrían una de doscientos, ó sea muchos más de los que formaban la cámara norteamericana cuando los Estados Unidos alcanzaban una población de treinta y cinco millones.

Lógica era, pues, la cámara de diputados, cuando, partiendo de aquel criterio, fijó en ciento noventa y tres el número de los convencionales: tomaba así por base la proporción constitucional de veinte mil habitantes por diputado. Pero el senado, á donde pasó el proyecto de reforma, prescindió de la regla constitucional, y limitó á ciento veinte aquel número. Era una combinación prudente, pero arbitraria. Es la que triunfó definitivamente.

El buen sentido se impone, por lo general, aunque á veces no sepamos desentrañar todas las consecuencias que se derivan del mismo acto ó procedimiento adoptado, para poner término á una controversia.

La ley nacional que convoca una convención de ciento veinte miembros para reformar la Constitución, no hace sino adoptar la razón de la representación política que mañana consagrará la misma convención, probablemente. Bien pudo el congreso establecerla, directa y definitivamente, para todas las elecciones nacionales, sin que pudiese ponerse en duda su competencia. No habría hecho sino

aplicar á las elecciones de diputados el mismo criterio con que acaba de resolver el problema de la convención.

Si una vana preocupación no hubiera obscurecido el juicio de los legisladores, ellos habrían reconocido en su integridad la sencilla verdad constitucional que sólo han aceptado á medias, esto es, la doctrina que habilita al congreso para establecer hoy, en virtud del nuevo censo de la población, la razón del número de habitantes que debe representar cada diputado de la nación.

AGUSTÍN DE VEDIA.

# EL BRASIL INTELECTUAL

IMPRESIONES Y NOTAS LITERARIAS

(*Conclusión*)

---

XXV

Ningún escritor brasileño es más conocido y apreciado entre nosotros que el señor Joaquín Nabuco. Durante su visita á Buenos Aires, la juventud argentina tuvo ocasión de conocer y tratar á ese hombre de palabra tan brillante, de condiciones personales tan atractivas y de inteligencia tan excepcional. Ruy Barbosa y él, lo he dicho al empezar estas notas, son las dos columnas más sólidas de la intelectualidad brasileña, los más altos representantes del espíritu y el genio de su raza. Apartado de la vida política activa por sus tendencias monárquicas, no me ha sido dado oír á Nabuco en las asambleas parlamentarias ó populares, campo favorito de sus mejores triunfos en el pasado. En cambio, he tenido la buena suerte de encontrarme algunas veces con él y sentir por mí mismo la acción simpática de su magnetismo individual. Educado en un medio culto y aristocrático, acostumbrado al espectáculo y la vida de las sociedades europeas, donde ha residido mucho tiempo, políglota distin-



guido, el trato de Nabuco es uno de los más agradables de que se puede gozar. Sus condiciones caballerescas, la nobleza y altura de su carácter, la elevación moral con que defiende su causa sin apelar al insulto ni á la denigración, tan común en nuestras luchas políticas, le conquistan el respeto general y la consideración de sus adversarios. En el fondo, todos saben que la pasión dominante en su alma generosa es el amor de la patria brasileña y que subordina á ese culto íntimo la acción vibrante de su propaganda varonil.

Hace ya diez años, y cuando la prédica abolicionista había llegado á su período álgido, husmeando folletos viejos en el Paraguay con esa fruición del *bouquiniste* que cuando se apodera de nosotros no nos abandona ya más, — encontré y leí el primero de sus libros que caía entre mis manos (1). Desde entonces ese folleto me ha acompañado en mis largas excursiones, como si hubiera tenido la intuición de que algún día debía escribir estas impresiones de la vida intelectual del Brasil. Acabo de releerlo con el mayor placer, encontrando en él la misma fuerza de dialéctica, brillo de exposición y encanto de estilo que lucen en sus más recientes publicaciones. Sin duda, la desaparición total de aquella enfermedad terrible que inficionaba al organismo brasileño, hace que el libro pierda actualmente una parte de su interés; pero como documento histórico, como alegato en favor de una causa humanitaria, como estudio filosófico y moral, — su lectura es aún hoy de la mayor importancia para todo el que quiera conocer el progreso social del grupo brasileño contemporáneo. El movimiento abolicionista está estudiado en ese libro de una manera completa, desde su origen hasta la época de su publicación, que precedió pocos años á la famosa ley de 13 de marzo de Isabel « la Redentora ». Las deformaciones y vicios inoculados en el carácter nacional por el régimen nefando arrojan una luz vivísima sobre muchos de los acontecimientos de que ha sido teatro el Brasil

(1) *Reformas Nacionales — O abolicionismo* por JOAQUÍN NABUCO. Londres. Typography of Abraham Kingdom and Co., 1883. El ejemplar que poseo tiene un *envoi d'auteur*: *A seu amigo Cesarino*. Ignoro quién es la persona aludida en la dedicatoria.

de diez años á esta parte. Previendo ya la manumisión absoluta, Joaquín Nabuco comprende que una vez que los últimos esclavos hayan sido arrancados al poder siniestro que representa para la raza negra la maldición del color, « *será preciso todavía desgastar, por medio de una educación viril y seria, la lenta estratificación de trescientos años de cautiverio, esto es de despotismo, superstición é ignorancia* ». Para él, uno de los primeros efectos del abolicionismo será « la desagregación de los actuales partidos ». Por de pronto, en su libro se vé que el partido republicano, por boca del consejero Cristino Ottolini, defensor de los intereses de la gran propiedad, aprovechó la hostilidad de los propietarios de esclavos en contra del Emperador, á quien se suponía instigador del movimiento abolicionista, hasta que más tarde el abolicionismo se impuso al espíritu del gran número de republicanos como una obligación mayor que la de la mudanza de gobierno con ayuda de aquellos propietarios (1). Con la noble lealtad que es uno de los rasgos característicos de la personalidad de Joaquín Nabuco, éste no vacila en hacernos saber que la acción personal del emperador, en la cuestión de la emancipación, estuvo lejos de ser tan decidida como se podía haber esperado. « Su parte en lo que se ha hecho—dice en una extensa nota que me limito á extraer— es muy grande, es casi la esencial, por cuanto él podría haber hecho lo mismo con otros hombres y por otros medios, sin recelo de revolución. Lo que yo digo sin embargo es que si don Pedro II, desde que subió al trono, hubiese tenido como norte invariable de su reinado la realización de la emancipación, como su padre la de la Independencia, sin ejercer más poder personal del que ejerció, por ejemplo para llevar la guerra del Paraguay hasta la destitución total del gobierno de López, la esclavitud á esta hora ya habría desaparecido del Brasil. Verdad es que, si no fuese por el emperador, los peores traficantes de esclavos habrían sido hechos condes y marqueses del Imperio, y que su majestad siempre mostró repugnancia por el tráfico é

(1) *O abolicionismo*, página 11.

interés por el trabajo libre; mas comparando la suma de poder que él ejerce ó posee, lo que se ha hecho en favor de los esclavos en su reinado es muy poco. Baste decir que todavía hoy la capital del imperio es un mercado de esclavos ». Más lejos, el distinguido escritor traza un cuadro, diseñado al agua fuerte, de la situación moral del Brasil durante el régimen esclavócrata. « La esclavitud — dice — así como arruina económicamente al país, imposibilita su progreso material, *corrompe su carácter*, desmoraliza sus elementos constitutivos, le quita la energía y la resolución; *rebaja la política*, habitúa-lo al servilismo, impide la inmigración, deshonra el trabajo manual, retarda la aparición de las industrias, promueve la bancarrota, desvía los capitales de su curso natural, aparta las máquinas, *incita al odio entre clases, produce una apariencia ilusoria de orden, de bienestar y de riqueza*, la cual cubre los abismos de anarquía moral, de miseria y destitución que desde el norte al sur de nuestro país limitan todo nuestro futuro ». Si esta pintura es exacta, y no tenemos por qué dudar — ¿no se encuentra acaso en ella la explicación más clara, más racional y filosófica del movimiento que derrocó la dinastía reinante, á raíz de la emancipación? ¿No era lógico que al caer derribada la horrible institución, ella aplastara entre sus ruinas todo el sistema político históricamente vinculado con la esclavitud, y que el régimen monárquico fuera el objeto principal de la odiosidad mancomunada de los abolicionistas, que debían mirarlo con antipatía como representante de un período funesto, y de los señores de esclavos cuyos intereses al fin no había querido ni podido defender? ¿Qué respetabilidad y qué fuerza moral podía oponer el Imperio al avance de la ola popular, el día que la libertad de los esclavos minara una de sus bases tradicionales y abriera una ancha brecha en sus reductos? El señor Nabuco va á decírnoslo, en esta viva disección de la actualidad política de su patria durante aquellos tiempos de agitación liberal: « Es por no existir entre nosotros esa fuerza de transformación social por lo que la política es la triste y degradante lucha por sueldos que todos presenciamos; *ningún hombre*

*vale nada, porque ninguno es sostenido por el país.* El presidente del consejo vive á merced de la corona, de quien deriva su fuerza, y sólo tiene apariencia de poder cuando se le juzga un lugarteniente del emperador y se cree que tiene en su bolsillo el decreto de disolución, esto es, el derecho de elegir una cámara de paniaguados suyos. Los ministros viven en una escala inferior á merced del presidente del consejo, y los diputados en el tercer plano, á merced de los ministros. *El sistema representativo es así un injerto de formas parlamentarias en un gobierno patriarcal,* y senadores y diputados sólo toman en serio el papel que les cabe en esa parodia de la democracia por las ventajas que ella les produce. Suprímase el subsidio y oblígueseles á no servirse de su posición para fines personales y de familia, y ningún hombre que tenga que hacer se prestará á perder su tiempo en tales *skiamaxiai*, en combates con sombras, para emplear una comparación de Cicerón... *Ministros sin apoyo en la opinión,* que al ser despedidos caen en el vacío; presidentes del consejo que viven noche y día investigando el pensamiento esotérico del emperador; *una cámara consciente de su nulidad y que sólo pide tolerancia;* *un senado que se reduce á ser un Pritaneo;* partidos que son apenas sociedades cooperativas de colocación ó de seguro contra la miseria; todas esas *apariencias de un gobierno libre* son preservadas por orgullo nacional como lo fué la dignidad consular en el imperio romano; pero, en el fondo, lo que tenemos es un gobierno de una sencillez primitiva, en que las responsabilidades se dividen al infinito y el poder está concentrado en las manos de uno solo. Éste es el Jefe del Estado. Cuando alguien parece tener fuerza propia, autoridad efectiva, prestigio individual, es porque le acontece estar en ese momento expuesto á la luz del trono; desde el momento en que da un paso á la derecha ó á la izquierda y se aparta del séquito, nadie lo nota en la obscuridad ».

Estas francas expresiones son interesantes al compararse con los juicios recientes del señor Nabuco respecto á la aplicación del sistema republicano en su patria y á la nostalgia con que recuerda las exce-

lencias del antiguo régimen. Ellas podrían dar argumentos fáciles para los que quisieran combatir al señor Nabuco con sus mismas palabras, papel que no me corresponde en mi carácter de espectador imparcial y neutral del debate que apasiona á la opinión del Brasil. Si las he citado, no ha sido con el objeto de señalar una contradicción en el criterio político del señor Nabuco, pues en todo caso, él puede decir que desde 1883 hasta hoy ha tenido motivo para modificar sus opiniones juveniles, y que los vicios de la política imperial no disculpan las escenas sangrientas ni el desorden de la política republicana. Por lo demás, no soy de los que se regocijan y dan una gran importancia al hecho de encontrar dos modos de pensar aparentemente opuestos en un mismo escritor (1). Si he señalado, pues, los párrafos anteriores, ha sido porque al emprender la ardua tarea de exponer á mis compatriotas algunas de las fases del movimiento intelectual del Brasil, he querido agrupar ante ellos la mayor suma posible de informaciones y de elementos que les permitan sacar por sí mismos las deducciones y consecuencias oportunas. Es rindiendo culto á este propósito por lo que he debido indicar, aunque sólo sea de paso, las tendencias positivistas de los unos, el jacobinismo de los otros, el radicalismo de los demás. Todos estos estados morales son síntomas que explican algunas de las fases del pensamiento contemporáneo brasileño y que se reflejan en la producción literaria contemporánea de aquel país. En este sentido, su especificación cabe en el marco de estas notas é impresiones, recogidas en mi contacto rápido con los hombres y las obras representativas de la hermosa tierra de Santa Cruz.

Si el análisis de las influencias sociales y políticas de la esclavi-

(1) El señor Nabuco mismo ha dicho en una de sus últimas producciones, su notable *Carta al Almirante Jaceguay*: « Es cierto que la disolución de nuestro sistema político-administrativo data de la monarquía, pero es también un hecho que la dinastía no concurrió para ella, y la mejor prueba es que, el efecto de la retirada del emperador, aun sobre el antiguo medio político, fué como si se hubiere cesado de repente, en un posible foco de infección, la acción continua de un poderoso antiséptico ». La confesión es expresiva y hace poco honor al medio en que se agitaba la dinastía.

tud sobre la vida brasileña que contiene el libro sobre *Abolicionismo* está hecho con la mayor habilidad, no es menos interesante y sugestivo el estudio del señor Nabuco sobre la influencia ejercida por aquella vergonzosa institución sobre la nacionalidad, sobre el territorio y sobre la población. Hay allí páginas aterradoras, que merecerían ser meditadas todavía por los estadistas brasileños. Por fortuna, la extinción completa de aquella terrible lepra, unida á la acción del tiempo, va resolviendo paulatinamente muchos de los problemas étnicos que plantea el señor Nabuco, y la incorporación de grandes masas de inmigración europea, que se asimila fácilmente al organismo brasileño, se encargará de borrar lentamente los últimos vestigios de la sangre de la raza oprimida. El distinguido escritor hace notar con acierto la diferencia que se observa en el Brasil y en los Estados Unidos en esta materia, mostrando con cuánta mayor facilidad se efectúa en su patria el cruzamiento que elimina el peligro de la presencia de dos núcleos de población diversas y enemigas. En la segunda nación el problema permanece en pie, hasta el punto de que, para resolverlo, algunos estadistas, como el señor Frederick L. Hoffman, sólo confían en una extinción total de esa raza en un tiempo más ó menos largo, fundándose en que los negros acuden á las ciudades en grandes masas y que en los centros poblados la proporción de su mortalidad supera á la proporción de su natalidad, de manera que este exceso de pérdida contrabalanceará el aumento que se nota en aquella porción de la raza que permanece en los distritos rurales (1).

(1) *Race traits and tendencies of the american negro*, by Frederick L. Hoffman. F. S. S., Macmillan and Co., New York, 1896. He aquí las conclusiones á que llega el señor Hoffman, que sostiene que la abolición de la esclavitud produjo la ruina del negro americano : « Nada se ve más claro por esta investigación que el hecho de que el negro del sud, en el tiempo de la emancipación, era sano de cuerpo y de mente alegre. Ni sufría extraordinariamente de enfermedades, ni de vigor corporal debilitado. Su capacidad industrial como labrador no era de un orden inferior, ni la clase de su servidumbre tal que produjera en él condiciones mórbidas favorables á enfermedades mentales, suicidio ó intemperancia. ¿ Cuáles son las condiciones que hallamos treinta años después ? Las páginas de esta obra dan una respuesta que es la más severa condenación de las

## XXVI

Las condiciones eminentes del escritor, que se diseñan en el panfleto sobre *Abolicionismo*, son las mismas que hacen tan interesante la lectura de su ensayo sobre *Balmaceda*. En el fondo de los procedimientos literarios de Joaquín Nabuco, se ve su completa familiaridad con los críticos ingleses, especialmente con Macaulay. En el arte consumado con que nuestro distinguido autor agrupa los hechos, hace resaltar los detalles de sus cuadros, prepara y disciplina los argumentos que desenvuelve en el curso de su trabajo, encuéntrase el método imaginativo y preciso al mismo tiempo del gran historiador británico. Nabuco posee una imaginación brillante, un buen gusto exquisito, una forma transparente, flexible, llena de elocuencia. La claridad de su pensamiento y la sobriedad de su estilo son extraordinarios. Su frase es generalmente diáfana, rápida, constante. Pero se liga á la siguiente y á la que la precede por un hilo de lógica fina y estrecha, y el período amplio, sonoro, se desarrolla con vigorosa majestad, casi lírico por la perfección armoniosa de su ritmo musical. La lectura de sus libros proporciona así un placer intenso. La atención del lector se despierta desde las primeras sentencias, y una vez tomado en el engranaje de su magnífica prosa, es imposible romper el círculo encantado. Añadiré, para ser justo, que en esa forma cincelada y artística, se encuentran pensamientos fecundos y originales; el vino es digno del ánfora que lo contiene. Y todo esto, que representa una reconcentración intelectual podero-

tentativas modernas de las razas superiores por levantar á las razas inferiores hasta su propia posición elevada; una respuesta tan llena de enseñanza que parecería criminal indiferencia de parte de un pueblo civilizado el ignorarla. En el lenguaje claro de los hechos agrupados, se muestra que la raza negra va decayendo á un grado inferior, tendiendo hacia una condición en que las cosas serán cada vez peores, en que las enfermedades serán más destructoras, la resistencia vital menor, en que las defunciones superarán á los nacimientos y la extinción gradual de la raza se producirá».

sa, un método minucioso y exacto, una labor persistente y tenaz, aparece sin angustia, como trazado de una plumada, en una abundancia que desborda, sin que la suave tersura del músculo vibrante denuncie la contracción dolorosa del esfuerzo. Ciertamente, ese es el estilo de un gran escritor, y casi diría que, fuera de su compatriota Ruy Barbosa, no conozco nadie que lo supere en nuestro continente. Las fórmulas de condescendencia generosa con que es necesario tratar á la mayor parte de los literatos sudamericanos, teniendo en cuenta las dificultades con que luchan y lo poco que reciben en cambio de sus trabajos, son aquí inútiles é inoportunas. Emplearlas al tratar de Nabuco y Ruy Barbosa sería ofensivo. Con ellos el elogio puede hacerse sin reservas, la palabra debe tomarse en la amplitud de su significado, de tal manera se apartan ambos del terreno de la medianía para ocupar el rango que les corresponde al lado de los distinguidos representantes de la literatura contemporánea.

Pero esta misma superioridad impone á la crítica deberes más estrictos y un control más minucioso. Siento no poder ejercitar éstos en toda su amplitud al ocuparme de la obra sobre *Balmaceda*. El tema de este libro es difícil é ingrato por tratarse de un hombre político y del héroe de un episodio histórico que despierta todavía pasiones rencorosas y apoteosis exaltadas en una nación amiga, cuya historia reciente no estoy en condiciones de poder analizar con independencia. Entre los bandos rivales que ensangrentaron á Chile, en mi caso especial, el extranjero no puede sino guardar una prescindencia absoluta y respetuosa. Conozco á muchos de los actores que tomaron parte en la tragedia, he visto de cerca á algunos de los principales de ellos, puedo decir que en el Perú he estado junto al *deus ex-machina* del derrumbe final. El autor del libro que sirve de base á Joaquín Nabuco para su brillante creación literaria, ha sido mi compañero y mi interlocutor durante muchas semanas de convivencia estrecha. Recorrí á Chile de sur á norte en medio de la dictadura. Hablé largamente con el malogrado Sanfuentes, el inten-



dente de Concepción, tan brutalmente sacrificado luego en Mendoza por dos *bravi*, por desgracia argentinos. Posee abundancia de documentos, publicaciones, datos, apuntes personales sobre detalles de aquella lucha... No obstante, considero más oportuno abstenerme de formular un juicio que podría ser mal interpretado ó mal entendido. El señor Nabuco, que tiene un temperamento tan exquisito de hombre de letras, comprenderá cuán duro me es tener que limitarme á rozar apenas la materia de su libro, cuando poseo tantos elementos para abordar su crítica y analizarlo punto por punto.

Para comprender la índole de ese libro es necesario tener en cuenta el carácter de su autor y la época de su publicación. El señor Nabuco, lo he dicho ya, figura entre los adversarios de la actual república brasileña, es un partidario del «antiguo régimen»; y su obra apareció poco después de la revolución encabezada por el almirante Mello y vencida por la astucia y la persistencia del mariscal Peixoto. Es en vano que el señor Nabuco se defienda de la imputación de estar inconscientemente prevenido en favor de la causa que en Chile se llamó del Congreso. La auto-sugestión, en su caso, es inevitable y se revela ingenuamente desde el principio hasta el fin de su estudio. El señor Nabuco figura entre los sudamericanos amantes del orden y de la ley, que consideran el estado revolucionario y anárquico de nuestro continente como uno de los más desgraciados síntomas de atraso político. ¿Por qué entonces él mismo nos confiesa que, aun antes de tener datos exactos sobre la contienda chilena, su opinión era adversa á Balmaceda? «Nada de esto, dice, me habilitaba para convertir en razón suficiente *la predilección espontánea que desde el principio sentí por la causa revolucionaria*». La razón de esa simpatía estriba en su situación personal de amenazado y «sospechoso» durante una parte de la dictadura de Peixoto, era una razón de íntima resistencia contra la violencia del poder que dominaba á su patria, de confraternización secreta con todos los que suponía se encontraron en Chile en el mismo caso que él, viéndose, por su seguridad personal, obligados á apelar á la ge-

nerosidad del asilo bajo la salvaguardia de un pabellón extranjero.

Y conste que no sostengo que su juicio sobre la revolución chilena sea absolutamente inexacto é injusto, sino que carece de raíces sólidas, qué es instintivo, sugerido por la actualidad política de su patria, por su amor á la libertad, por su repugnancia ingénita por todo lo que representa un caudillo, un mandón, un detentador de « la suma del poder público ». El señor Nabuco « esperaba con ansiedad la aparición de cualquier obra que explicara la acción política de Balmaceda », porque con su talento jurídico, con su sagacidad crítica y con la lealtad que constituye el fondo de su carácter, él quería darse el placer de la refutación de esa obra, él quería diseccionar ese tipo del « tirano » forjado por su imaginación, ajustándolo al molde y al patrón que de antemano se había trazado de él; y esa tarea de demolición, de réplica, ese papel de fiscal ardiente y despiadado, congeniaba admirablemente con sus raras cualidades de penetración, con su talento fino y sensible, con los recursos de su retórica consumada, con la lógica severa de su método crítico. Así, desde el primer momento, después de tributar elogios generosos á la « parte contraria » y encontrar en el señor Bañados Espinosa condiciones de defensor notable, aunque insinuando que no de la mejor buena fe (1); lo vemos feliz al empuñar su bisturí cortante y extender el alegato chileno sobre la mesa del anfiteatro. Hay una fruición de artista en esos primeros cortes en la carne viva de su sujeto. Una vez más, me recuerda á Macaulay mostrando con un lujo admirable de gracia, de intensidad y de elocuencia de qué manera la mediocridad de Boswel ha inmortalizado su *Vida de Johnson*, ó más bien, al retratar la figura ambigua de Barère, empezando con sentencias majestuosas y tranquilas hasta fulminar al terrorista y mos-

(1) « Como recursos de escritor político posee claridad de forma, movimiento en el estilo, gran pericia en la presentación de los hechos, el talento de disfrazar las reconvenciones, el manejo del claro-oscuro, por último, el arte del lugar común escogido y la falsa lógica, que son los dos principales efectos del abogado ». (Balmaceda, páginas 7 y 8).

trar desnuda el alma del político sanguinario, como el Dios mitológico la piel ensangrentada de su víctima.

La obra de Bañados Espinosa, es necesario decirlo, se resiente de las condiciones en que fué escrita, de su carácter de panfleto de propaganda, y en su misma frondosidad de detalles y por su deseo explicable de querer probar demasiado, da un asidero fácil á estudios del género del que ha hecho el señor Nabuco. Pero aun suponiendo que esa obra tuviera una perfección de que está distante; aunque ello en vez de un panegírico discutible fuera un alegato tan perfecto y tan elocuente como los de Cicerón contra Verres ó contra Catilina, el señor Nabuco posee bastante talento literario, bastante penetración de criterio, bastante flexibilidad de dialéctica para poder darse el lujo de descubrir los puntos débiles de la coraza de su adversario y mostrarnos que la terrible rapacidad del primero no pasaba de una modesta manía de coleccionista de objetos artísticos, y la fuga del segundo al campo de Mallio, después de la primera oración del orador romano, de una simple excursión campes- tre convertida más tarde en sublevación militar por circunstancias accidentales. Sin necesidad de exagerar, diré más bien que la auto-sugestión del señor Nabuco, á que antes he aludido, le hace mirar todos los detalles y peripecias de la contienda chilena con un criterio especial. Á pesar de las reservas que explícitamente él nos hace respecto á las conclusiones de su estudio, se ve que no es un juez imparcial y que su fallo está decidido, aun antes de haber tenido ocasión de escuchar al acusado. El señor Nabuco nos advierte que «por Chile sintió siempre una gran admiración». Encontraba «más cuerpo nacional en esa estrecha faja de terreno que en todo el resto de la América del Sur». Durante el reinado de don Pedro II, recuerda con satisfacción que «sólo había dos naciones organizadas y libres en la América Latina»: *el Imperio de Chile y la República del Brasil*, «usando un *bon mot* falso, como la mayor parte de los de su clase, pero que tuvo su cuarto de hora de éxito en aquella época. La larga paz de Chile, en contraposición con las

agitaciones periódicas de otras repúblicas del mismo origen y de la misma raza, es para él un ejemplo admirable y digno de imitación. Aquel pueblo « gobernado por una oligarquía parlamentaria », se le representa como amante de la ley y respetuoso de sus preceptos. Los gobiernos que se han sucedido en Chile, desde Montt hasta el anterior á Balmaceda, son para él modelos de justicia y sabiduría política... Con estos antecedentes y estas ideas arraigadas de antemano ¿qué juicio debía formarse el señor Nabuco de la sublevación de la escuadra en Valparaíso? La respuesta es tan sencilla que cae de su propio peso: Chile ha disfrutado de paz porque sus gobiernos han sido justos; una parte de sus hombres políticos se ha levantado en armas contra el presidente, acusándolo de violar la Constitución; luego, el presidente es el culpable de los males que sobrevengan por su actitud. Los partidarios del presidente, — que forman hoy un grupo muy importante y poderoso en la política chilena, — planteaban el silogismo exactamente al revés y sacaban de él una consecuencia contraria. No importa: el señor Nabuco había condenado á Balmaceda *a priori*, en un arranque generoso, y sólo necesitaba fortalecer su opinión por medio de la lectura de documentos confirmatorios de su fallo instintivo. Añadiré otra causa de sugestión: la calidad de los elementos armados que encabezaron la resistencia chilena. El señor Nabuco profesa una justa admiración por la armada de Chile y sabe que ella se compone, en sus capas superiores, de elementos distinguidos y de oficialidad brillante. Con razón ó sin ella, su composición y su poder le recuerdan el de la propia escuadra de su país, y la imagen caballeresca del bizarro Saldanha y del almirante Mello se confunde á sus ojos con la de Montt y sus compañeros de campaña. No le parece posible que la escuadra inicie un movimiento de esa especie, ella que « es en política un elemento neutro », sin razones legítimas y patrióticas. La derrota de la tentativa brasileña, para un hombre de corazón cálido y amante del infortunio, debía hacer más simpática la actitud feliz de los marinos del Pacífico. Finalmente, no pocos de los agentes de

Balmaceda, en los apuros de la proscripción, habían ofrecido sus servicios al dictador brasileño, entre otros Moraga, el jefe de la torpedera que echó á pique al *Blanco*, y aunque en el nuevo medio en que vinieron á actuar ellos sólo se hicieron conspicuos por sus desórdenes é indisciplina (1), este detalle no está calculado para hacer muy grato al recuerdo de los opositores del mariscal Peixoto la acción de los defensores del presidente chileno.

Me he referido al juicio del señor Nabuco sobre el carácter de las escuadras en las contiendas civiles, y constituye una página tan elocuente, tan expresiva como manifestación del estilo y de la manera literaria habitual del escritor, al mismo tiempo que confirma tan claramente mi análisis anterior, que no resisto al placer de transcribirla:

«Nunca Balmaceda imaginó la defección de la escuadra chilena, el señor Bañados Espinosa lo dice deplorándolo, y esa sorpresa révelase en el hecho de estar la escuadra pronta para cualquier emergencia, en vez de hallarse prácticamente desarmada, inmovilizada ó apartada de Chile, como hubiera estado si Balmaceda imaginase que de ella podría partir la reacción. La verdad es que un *pronunciamiento* naval era una novedad para la América, donde aún no había surgido un Topete. Siempre que los partidos enumeran sus recursos dejan á un lado la fuerza naval, y en el hecho, por su naturaleza, la escuadra es en política un elemento neutro. El carácter nacional de la armada es en todas partes más acentuado que el del ejército, aunque ambos sean igualmente patrióticos. El marinero es un ausente, tiene que ser, por su género de vida, mucho menos regional que el soldado, vinculado á la guarnición. La lucha del hombre de mar es la mayor parte del tiempo contra los elementos, por lo menos lo era en la antigua marina de vela, de la cual procede, y esto imprime á su energía un carácter de grandeza que empequeñece las discusiones civiles. Para que un sentimiento se apodere de su corazón

(1) Véase: *A intervenção estrangeira durante a revolta*, por JOAQUÍN NABUCO, página 88.

es necesario que tenga algo de vasto, de insondable. El océano es el molde en que se arroja su individualidad. De allí resulta una gran extensión del horizonte interior. La bandera tiene sobre él una influencia que sólo puede tener en el ejército entre los soldados que alguna vez entraron en el combate; para los que nunca vieron las banderas del enemigo, ondeando á lo lejos como un desafío de valor, la nacional no puede ser el objeto que es para los marinos, habituados á llevarla á los confines del mundo, como el distintivo de su país lejano. Hay en el acto de hacer flamear el pabellón en la soledad del océano, cuando dos navíos se encuentran, una sugestión de patriotismo que penetra el alma hasta el fondo. Delante del extranjero se educa, se eleva, se depura el sentimiento patriótico, y el marino está siempre delante del extranjero. De allí su apartamiento natural, su incomprensión de todo lo que divide el país ; su amor á todo lo que lo une. Él tiene el sentimiento de la patria, unitario, nacional, impersonal: por eso las viejas tradiciones del país consérvanse vivas en los buques después de casi apagadas en tierra. Á ese sentimiento únese su simpatía por las ideas y por las cosas que él sabe ser universales, porque las encontró en la redondez del globo, en las diversas escalas de su navío... En todos los países, la marina tiene una popularidad suya, un prestigio propio sobre las masas. El ejército es otra cosa : popular como se va haciendo en nuestros días, aún así no fué posible al pueblo, en parte alguna, desprender del uniforme militar la antigua idea de la opresión, resto del uso que los gobiernos hicieron siempre de la tropa para imponerse. Una revolución militar, por más liberal que fuese su propósito, tendría siempre en contra suya una prevención, el carácter autoritario de la fuerza armada. La tendencia del gobierno militar es el militarismo. No puede, empero, haber despotismo naval. Ha habido hasta hoy tiranos de toda especie, pero no se ha visto un tirano embarcado. Todavía desde el mar no se gobierna la tierra. De á bordo puede partir la iniciativa de un movimiento, como en España partió de una señal de la *Zarago-*

za la revolución de septiembre, pero no fué Topete, fué Serrano, fué Prim, fué el ejército quien se hizo cargo del gobierno. La marina no tiené medios de acción en tierra. Los campaneros de Santiago no recelan que el cañoneo de todas las escuadras del mundo interrumpa una nota de sus repiques. De ahí la seguridad de que de un movimiento de la escuadra no puede resultar una tiranía, y la presunción de que él procede de un impulso nacional desinteresado...» (1).

He tratado de indicar, de una manera somera, cuál es el espíritu que predomina en el libro de Nabuco, absteniéndome voluntariamente de decidir respecto á su mayor ó menor exactitud histórica. Como lo he dicho al principio, la cuestión que él examina es una de las más ingratas que se puede tratar, y no deseo profundizarla. En regla general, el principal defecto que encuentro en ese libro, no obstante las declaraciones del señor Nabuco, es su tono demasiado absoluto, su manera « *tranchante* » de resolver problemas políticos que me parecen muy complicados y sinuosos. Se diría que la misma impresión hubiera sentido José Veríssimo, cuando escribió su interesante artículo sobre *Balmaceda* en la *Revista Brasileira* (2). Si el señor Nabuco, como lo dudo, ha seguido hasta hoy el curso de los acontecimientos que se han sucedido en Chile, después de la caída del gobierno dictatorial, estoy seguro de que él mismo sentirá vacilar

(1) Los partidarios de Balmaceda, naturalmente, miran la cuestión desde un punto de vista completamente diverso, y á la afirmación del señor Nabuco de que « desde el mar no se gobierna la tierra », responden que desde el mar, por lo menos, se gana el gobierno, como lo ganó el almirante Montt, jefe de la escuadra sublevada, si bien es cierto que para hacer de él un uso prudente y moderado.

(2) En ese artículo, que es uno de los mejores de su autor, se señalan algunas contradicciones del señor Nabuco en su manera de juzgar á Balmaceda, y se muestra la parte débil de la argumentación del distinguido escritor brasileño. « Desde el punto de vista estrictamente legal, dice José Veríssimo, y esto el señor Nabuco no lo indicó suficientemente, aunque de paso parezca reconocerlo, creo que la razón estaba con Balmaceda ». Como se ve, no faltan escritores eminentes del Brasil que saquen de la lectura del ensayo sobre *Balmaceda* una conclusión totalmente diferente á la del señor Nabuco, como le aconteció á éste con el libro de Bañados Espinosa.

un poco sus primeras opiniones respecto al verdadero papel que cupo en la terrible crisis de aquel país al mandatario que purgó con su sacrificio voluntario sus errores. Por lo pronto, la cuestión política envuelta en la contienda no ha sido resuelta, porque no puede llamarse parlamentarismo al régimen que impera en aquella nación. Luego, el triunfo completo del partido vencido en Concón y la Placilla parece cuestión de tiempo solamente, si hemos de atenernos á las posiciones que él ocupa al presente y á los resultados futuros de la unión liberal que se diseña en el escenario político chileno y que el día en que se realice, sin reticencias ni reservas mentales, llevará al poder á los balmacedistas. Todo esto sería digno de examen, pero me llevaría muy lejos y quiero sólo insinuar estas dudas, antes de penetrar en el apéndice de esa bella obra, destinado á tratar de « la cuestión de la América Latina ».

## XXVII

En las líneas que preceden al ensayo sobre *Balmaceda*, el señor Nabuco hace notar que la América del Sud « no ha tenido todavía un historiador »; que no existe ningún esbozo completo de su existencia política ni nada escrito sobre ella desde el punto de vista universal. « Lo que tenemos, añade, ó ha sido hecho, superficialmente, por extranjeros que no conocen las cosas de estos países y escriben por informaciones que no verifican, hilvanando de preferencia datos parciales de falsa estadística; ó es obra de partidarios de los diferentes gobiernos, encargados de glorificarlos y que ingenuamente, por no decir imbécilmente, desempeñan su grande empresa de inmortalización con la seguridad infalible de momificadores egipcios. Esa laguna sensible de la literatura histórica moderna ha de ser llenada, sin embargo, más pronto tal vez de lo que se piensa, cuando surja la cuestión de la América Latina, á que me re-



fiero en las páginas finales ». La filosofía del libro sobre *Balmaceda*, como lo hace notar José Veríssimo, aunque temiendo que el término filosofía parezca demasiado pretencioso, está resumida en el capítulo destinado al examen de aquel problema. Tratándose del señor Nabuco, me parece excusado decir que el lector no encontrará nada banal, nada mediocre en esa parte interesante de su publicación. No obstante, creo que la « cuestión de la América Latina » no ha sido encarada por él desde un punto de vista práctico y que la panacea que aconseja para curar la enfermedad orgánica de nuestro continente es completamente inaplicable y empírica.

Pero antes, veamos cómo plantea el señor Nabuco el problema que se propone examinar. Y eliminemos, desde luego, los argumentos que saca del éxito de la república en Chile y de las ventajas de dicho régimen político para aquel país, con el objeto de probar la incapacidad del Brasil para mantener la misma clase de instituciones. En rigor, se diría que el señor Nabuco considera á todos los Estados de la América Latina igualmente incapaces para esta forma de gobierno desde que « Chile, aunque de raza española, es, para él, una excepción tanto como los Estados Unidos, excepción que se puede considerar un capricho de orden moral en la formación de la América del Sud, como hay aparentemente tanto capricho en su formación geológica ». Como se ve, aquí nadamos en plena fantasía, en el pleno delirio de la apología. Chile, gobernado invariablemente hasta hoy por una oligarquía aristocrática, como el mismo señor Nabuco lo reconoce en el curso de su libro, es el menos republicano, — y no digo que esto sea una desgracia para él, — de los países de Sud América. Esta proximidad de sus instituciones reales con el régimen monárquico, es tal vez lo que en el fondo deleita al señor Nabuco, cuyo celo por la dinastía lo llevaría así insensiblemente á tomar como modelo de república... la menor cantidad posible de república que existe en nuestro continente. El señor Nabuco continúa afirmando que si en el Brasil existió libertad durante el reinado de don Pedro II, « fué porque el poder se contenía á sí mismo ».

Quien ha leído la gráfica descripción de la vida política del Imperio hecha por el señor Nabuco en *O abolicionismo*, apreciará sin duda esta blanda disposición de un monarca que según parece era el señor absoluto en aquella sociedad (1), cuyo poder, no tenía nada que pudiera limitarlo. Así, añade, «desde el momento en que el despotismo se manifestase en el Brasil, yo sabía que él se llevaría todo por delante, por la completa falta de resistencia. Nuestra sumisión sería mayor que la de las otras naciones sudamericanas, porque éstas, devastadas como están por la guerra civil, quedaron también endurecidas por ella; sus hombres públicos, como los cónsules romanos, saben todos hacer maniobrar legiones. Entre nosotros, declarada la dictadura, habría de un lado el despotismo militar, del otro la pasividad, la inercia del país. Si la dictadura asumiere el tipo sudamericano, la sociedad brasileña, creada en la paz y molicie de la esclavitud doméstica y de la libertad monárquica, enervada por una ausencia total de peligro en más de cincuenta años, habituada á la atención que el emperador siempre mostró á todos, mucho mayor que la que él recibía, presa del pánico, renunciaría á su libertad, á sus intereses, á sus propiedades, como en los últimos tiempos del imperio la vieja sociedad romana abandonaba sus palacios dorados de la ciudad y sus villas de mármol, todo su sibaritismo refinado, para aparecer como esclavos suplicantes ante los jefes bárbaros».

No necesito decir que no encuentro completamente exacta esta

(1) «Autónomo, dice el autor de *Balmaceda* en *O abolicionismo*, sólo hay un poder entre nosotros: *el poder irresponsable*; sólo ese tiene la seguridad del día siguiente; sólo ese representa la permanencia de la tradición nacional. Los ministros no son más que las encarnaciones secundarias, y á veces grotescas, de la entidad superior. Mirando en torno suyo, el emperador no encuentra una sola individualidad que limite la suya; *una sola voluntad, individual ó colectiva á que él deba sujetarse*; en ese sentido él es absoluto como el Zar ó el Sultán, aunque se vea en el centro de un gobierno moderno y provisto de todos los órganos superiores, como parlamento, que no tiene la Rusia ni la Turquía, la supremacía parlamentaria, que no tiene la Alemania, etc.» Como sabemos ya según el mismo señor Nabuco lo que era el Parlamento en el Brasil, confesemos que la pintura no es halagadora.

pintura del sometimiento de la sociedad brasileña á lo que el señor Nabuco llama el despotismo porque pasó su país. La resistencia política no fué tan pequeña ni indiferente, ni la dictadura, conviene recordarlo, se ejerció allí sino como un corolario de la resistencia contra una sublevación armada. El sacrificio de Saldanha basta para probar lo primero, sin necesidad de referirse á la larga guerra de montonera de que ha sido teatro el Estado de Río Grande. Sea lo que fuere, lleguemos de una vez á la cuestión que ocupa al señor Nabuco á propósito de las perturbaciones de nuestro continente...

« Dado el progreso de la moral universal, — dice el distinguido estadista brasileño, — no es posible que la civilización asista indefinidamente impasible al desperdicio de fuerza y actividad humana que se da en tan gran escala en una de las más considerables secciones del globo, como es la América Latina. El mantenimiento de un vasto continente en estado permanente de desgobierno, de anarquía, es un hecho que dentro de cierto tiempo ha de atraer forzosamente la atención del mundo, como al final la atrajo el desaprovechamiento del Africa. ¿Cómo se hará la redención de los países centro y sudamericanos? ¿Dónde hallarán ellos amparo contra sus gobiernos de extorsión? ¿Cómo se hará nacer y crecer en cada uno de ellos la conciencia del derecho, de la libertad, y de la ley, que no existen en ellos porque no pueden tener sanción alguna? Semejante problema, según el eminente literato, no puede ser resuelto por la propia generación que lo formule. Nada deja por ahora imaginar « el modo que la civilización ha de encontrár para introducirse en nuestro continente ». Ese modo no ha de ser por la absorción europea, á menos que se la entienda en el sentido de una recolonización europea de la América con elementos que aseguren el predominio de los nuevos aluviones, porque es muy probable que la inmigración se realice en el próximo siglo en escala tal, que nuestros organismos anémicos, algunos hasta raquíticos, no tengan capacidad para asimilarla ». Tampoco será por el protectorado, pudiendo tenerse por cierto « que la Europa dejará al nuevo mundo hacer bancarrota con

los capitales é intereses que ella le hubiere confiado, sin pensar un solo instante en compensaciones territoriales ó en extender á través del Atlántico su área de influencia ». ¿Será entonces por el monroismo? — pregunta el brillante escritor. Y su respuesta es adversa á esta suposición, aunque fundada en razones tan erróneas como la de que « los Estados Unidos rechazarían para Estado de la Unión á cada uno de los candidatos de la América Latina ». Parece imposible que un hombre de la ilustración y de la inteligencia del señor Nabuco, estampe esa afirmación en presencia de la política americana con Cuba y de los enjuagues que al fin van á producir la anexión del Hawaï, archipiélago semi-bárbaro, poblado por razas inferiores y que no creo considere el señor Nabuco más apetitoso para cualquier potencia que la más humilde y atrasada de las secciones de nuestro continente. « La solución del problema, — concluye el distinguido autor de quien me ocupo, — tiene que ser procurada dentro de cada uno de nuestros países, pero depende de la formación en torno de ellos de una opinión interesada en su rescate, que auxilie los esfuerzos, ó cuando más no sea, registre los sacrificios de los que en cualquier parte lucharon por la causa común. En todos esos países hay hombres cuya cultura rivaliza con la más brillante cultura europea, y que pueden formar la liga liberal del continente. La causa es, en el hecho, común. La libertad argentina tornóse un interés directo para el Brasil, como lo era para los argentinos la libertad chilena, en el tiempo de Rosas. Es del interés del peruano y del boliviano que el estado más vecino les ofrezca un asilo seguro, sirva á su país de estímulo y hasta de vejamen. No es, sin embargo, en la frontera donde la irradiación se ejerce; ella alcanza al continente entero. El efecto de un gobierno moralizado es ilimitado, y, de un modo indirecto, universal ».

Hace muchos años que nuestro gran Alberdi señaló este papel reservado á nuestros vecinos, de moderadores y salvaguardia de la libertad sudamericana. En un momento pesimista, llegó á afirmar que el asilo en el extranjero era la única garantía efectiva de

dicha libertad. Pero no por ser tan antigua la solución que encuentra el señor Nabuco, es ella, en la forma en que él la renueva, menos vaga, utópica y fluctuante. Es cierto que las repúblicas de nuestro continente han pasado, con más ó menos fortuna, por un período de agitaciones constantes desde principios del siglo, y que en algunas parece haberse entronizado un espíritu anárquico difícil de corregir. Pero, es necesario también reconocer que las condiciones políticas de las más importantes secciones de nuestro continente mejoran sensiblemente y todo hace esperar que la entrada en un régimen normal no es sino cuestión de tiempo. Las causas de esas perturbaciones, por otra parte, son perfectamente conocidas y han sido estudiadas á fondo, especialmente por los estadistas de la República Argentina. El hecho histórico de que seamos nosotros los que más hayamos profundizado la enfermedad, es una presunción de que seremos los que más pronto dominen sus postreros estragos. Si el señor Nabuco conoce, como no lo dudo, la fantasía política de Alberdi titulada *Luz del Día*, allí podrá ver explicada la cuestión de la América Latina de una manera insuperable. Pero no es solamente este distinguido escritor, tan poco conocido todavía en nuestras sociedades americanas, el que ha llegado á conclusiones de una rara penetración en estas materias, sino que también las han tratado admirablemente Sarmiento, Mitre, López, Avellaneda, Rawson, José Manuel Estrada y otros argentinos contemporáneos. Para mostrar hasta qué punto es lírico el escritor brasileño en su manera de analizar este punto, me bastará recoger en las obras de esos distinguidos compatriotas el diagnóstico y los remedios destinados á dominar el mal político que aqueja á nuestro continente.

La «cuestión de la América Latina» debe ser considerada desde tres puntos de vista diferentes, pero armónicos: los antecedentes históricos de nuestra vida política y administrativa, los caracteres étnicos del núcleo de las poblaciones latino-americanas, las condiciones sociales de nuestro continente en la época de la independencia y posteriores á nuestra emancipación. En cuanto se refiere al

Río de la Plata, uno de nuestros elocuentes profesores universitarios, cuya ciencia y cuyo carácter han dejado una huella imperecedera en el corazón de las nuevas generaciones argentinas, ha hecho el estudio de la primera faz de ese problema complejo (1). No quisiera extenderme demasiado á propósito de este tópicó y deseo sólo señalar á grandes rasgos los lineamientos de esta cuestión. El régimen colonial á que España sometía sus posesiones sudamericanas parecía especialmente calculado para ahogar la expansión de su progreso material ó institucional. Él se caracterizaba en el orden político por un despotismo irresponsable; en el orden material por el monopolio comercial, el privilegio, el impuesto que mataba la iniciativa individual y era establecido sin participación del pueblo, así como la constitución de la propiedad territorial, adecuadas ambas al interés expoliador de la corona. Todos los vicios de la conquista española se sintetizan en la economía absoluta que absorbía la riqueza pública y en la incapacidad para el trabajo á que había sido reducido el pueblo, contagiado por el ocio del campamento y el amor al botín de las batallas (2). Sobre el fondo de esa organización política y económica deplorable, se destacan las rivalidades de los jefes que aspiraban al mando supremo, las discordias intestinas de los conquistadores que inoculaban un germen anárquico en aquellos núcleos rudimentarios. La masa nativa, por otra parte, — y aquí entra en juego el segundo elemento que se debe considerar para resolver la cuestión de la América Latina, — estaba compuesta de indios en estado enteramente salvaje, nómades en su mayor parte y esclavizados y degradados desde el primer momento por la codicia del guerrero invasor. « Los indígenas, — dice el señor Miguel Samper en un precioso estudio recientemente publicado sobre este mismo

(1) Véase en las *Lecciones sobre la Historia Argentina* de José Manuel Estrada, publicadas en la *Revista Argentina* y recientemente reimprimadas en volumen en Buenos Aires, las primeras conferencias destinadas al estudio del régimen político y administrativo del Río de la Plata durante la época colonial.

(2) ESTRADA, obra citada, lección III.

tema (1), —eran relativamente poco numerosos en las tierras bajas, y su civilización más atrasada que en las altiplanicies del interior. Sin la sed insaciable de metales preciosos que traían los conquistadores, tal vez la colonización hubiera dirigido sus esfuerzos hacia la agricultura, como sucedió en el norte del continente, y los indígenas no hubieran desaparecido tan rápidamente como sucedió con el trabajo de las minas. Menos sumisos, aunque menos civilizados que los moradores de las altiplanicies, los indígenas de las islas, las costas y los valles de los ríos, tratados con menos crueldad, habrían ofrecido tal vez mejores aptitudes para convertirse en ciudadanos, que aquellas muchedumbres amoldadas para la servidumbre y la estupidez por gobiernos de que hacían parte la teocracia, el absolutismo y la feudalidad. La vida colonial se concentró en el interior de los países, ya por la benignidad del clima, ya por la presencia en ellos de una población numerosa, menos bárbara y más sumisa que la de las tierras bajas. Con esto quedaron los países principales aislados del movimiento comercial con Europa, y también entre unos y otros. La introducción de negros africanos trajo á las colonias un nuevo elemento perturbador para el desarrollo de una población homogénea y compacta, como la que en el norte preparaba la formación de una nacionalidad propia para la democracia.»

La raza blanca no recibió más contribución que la que le venía de España, ya despoblada por las guerras y por la expulsión de los infieles. Las razas inferiores necesitaban de una educación que las elevara al nivel de la conquistadora, tan deficiente ella misma en punto á hábitos de trabajo, á pureza de costumbres y á desarrollo político. El régimen colonial ahogaba toda tentativa de desarrollo intelectual, hostilizaba el comercio de las ideas, mantenía la rutina y la desconfianza de todo lo que importara una novedad. El gobierno se concentró en dos grandes centralizaciones: la que desempeñaba en España el Consejo de Indias y la que se encargaba á los mandatarios

(1) MIGUEL SAMPER, *La Política en Hispano-América*, *Repertorio Colombiano*, Bogotá, volumen XVI, número 1, página 57.

de las colonias, subordinados en absoluto á aquella corporación. Los altos empleos, en fin, estaban reservados á los súbditos peninsulares.

Así, al empezar la guerra de la emancipación política, las naciones latino-americanas entran en la lucha con fuerzas suficientes para lograr su independencia, pero destituídas de elementos de gobierno, sin pueblo apto para el ejercicio de los derechos conquistados y de las libertades con que soñaban. Nada más contrario á sus antecedentes y costumbres que el sistema republicano que adoptaron como norma de gobierno. « Todo tenían que improvisarlo para el presente —dice el general Mitre— y crearlo para lo futuro: hombres de estado, espíritu civil, gobiernos, constituciones, costumbres, política, población y riqueza ». He aquí la obra magna en que estamos empeñados desde hace cerca de un siglo, he ahí el ideal á que marchamos á pesar de los tropiezos y desfallecimientos.

El caso del Brasil, á pesar de los largos años de tranquilidad interna de que gozó este país bajo el Imperio, es semejante al de las demás naciones del continente; y para probarlo bastaría hacer la disección, apenas iniciada por el señor Nabuco, de su régimen político y de su vida social fundada sobre la horrible explotación de una raza y sometida á la voluntad omnímoda de un soberano irresponsable. Para él, como para todas las naciones que componen la América latina, la gran tarea del presente y la única que promete resultados fructíferos para lo futuro, es la formación de ciudadanos, es la creación del pueblo. « En el pecado colonial, dice Estrada — está el secreto de nuestras convulsiones populares; así está en la educación del pueblo el único remedio y el único resorte de la conservación de la democracia. Así lo han comprendido los Estados Unidos, transformando y fundiendo á todos los hombres, cualesquiera que sean su sangre y sus tradiciones, en su gran laboratorio democrático: la Escuela Común. La educación forma los pueblos. La escuela es el germen de la historia » (1).

(1) J. M. ESTRADA, obra citada.



La « cuestión de la América Latina » queda así reducida á un problema de educación. Alberdi, espíritu eminentemente práctico en este asunto, veía el mejor y más rápido medio de efectuar esta educación atrayendo la inmigración europea. Su fórmula famosa « gobernar es poblar », no se refería solamente al hecho brutal y descarnado de la población del territorio. Él miraba al extranjero, especialmente, como un elemento de civilización. Comprendía que no es con representantes de razas indígenas mantenidas en la ignorancia y el embrutecimiento con lo que se puede formar un pueblo libre y consciente de sus destinos. Tratándose del Brasil, que por su sistema monárquico no entró en el cuadro de los estudios de Alberdi, á lo menos desde este punto de vista especial, ya que es conocida su oposición á nuestra alianza con el Imperio, creo que él hubiera coincidido en absoluto con el señor Nabuco en la pintura que nos ha trazado éste de los horrores sociales del régimen esclavócrata mantenido allí hasta hace diez años. El que lea el libro *O abolicionismo* no encontrará ninguna dificultad para comprender la ineptitud del Brasil para entrar de pronto y sin agitaciones en un sistema democrático de gobierno. Se sorprenderá más bien que las agitaciones de ese país no hayan sido mayores, y que con la educación política que él ha tenido haya podido entrar ya en un camino relativamente normal. « Cuando se dice que todo hombre es libre de gobernarse á sí mismo, escribe Alberdi en el libro á que antes me he referido y cuyos aforismos citaré tomándolos indistintamente de cualquiera de sus páginas— se entiende que lo es á condición de saber gobernarse á sí mismo, de tener costumbre de ejercer y practicar ese saber. ¿Cómo se adquiere esta costumbre? ¿Cómo se gana este saber? Á esto se reduce todo el problema del establecimiento de un gobierno libre y de la libertad en Sud América... La tiranía no reside realmente en el tirano. La tiranía, como la libertad, está en el modo de ser del pueblo mismo. La tiranía es la causa; el tirano es el efecto: y así como Washington es el efecto de la libertad de su país, así el caudillo de Sud América es el efecto de la ausencia

de la libertad en su país; *es decir, de la incapacidad de su país para gobernarse á sí mismo...* No hay sino un medio de crear el gobierno del país por el país, en que consiste la libertad (entendida á la inglesa ó á la angloamericana), ese medio consiste en poner al país en camino de adquirir la inteligencia y la costumbre de la libertad y de educarse por sí propio en la práctica del gobierno de sí mismo... ¿Por cuál método, según qué sistema de educación? La historia de la América libre, es decir de los Estados Unidos, ha dado ya la respuesta única que esta cuestión tiene en el nuevo mundo. La emigración de la Europa civilizada ha educado á la América libre, antes y después de ser independiente... La libertad es una conducta, una educación, una dirección, una costumbre de vivir y de conducirse. Vive arraigada en el hombre, no en el papel escrito, y la costumbre engendra la costumbre, como el hombre al hombre... Los que quieren ser libres, deben saber una cosa y es que todo pueblo que no aprende y adquiere por sí mismo la inteligencia y práctica del gobierno de sí mismo, no debe esperar jamás á que el depositario de ese gobierno sea el que le enseñe á no necesitar de él. Baste decir que educar al pueblo en la libertad, es equivalente á devolverle su poder... La educación política, es decir, la costumbre inteligente de ejercer el poder, es la verdadera y sola libertad. Así, en los países libres, la educación pública es una especie de soberanía cuyo ejercicio no se delega ni se saca de las manos del pueblo; como la prensa, la educación es una garantía que el país se reserva contra la propensión natural de los delegados del poder á convertirse en dueños del poder ajeno, que les está delegado, siempre que el dueño verdadero no le pone obstáculo. Por eso, en Inglaterra, en los Estados Unidos el pueblo corre con su propia educación.»

¿Pero para qué insistir, si el mismo escritor brasileño, en su brillante monografía tantas veces citada por mí, previó con admirable sagacidad los males de que sufría la sociedad política de su país y los peligros que ella tendría que desafiar en lo futuro? «El proceso natural por el cual la esclavitud fosilizó en sus moldes la exuberante

vitalidad de nuestro pueblo, — escribía Nabuco en 1883, — duró todo el período de nuestro crecimiento, y *en tanto que la nación no tenga conciencia de que le es indispensable adaptar á la libertad cada uno de los aparatos de su organismo de que se apropió la esclavitud*, la obra de ésta persistirá en sus efectos, aunque no existan más esclavos». Todas las secciones de la América Latina necesitan apelar á ese proceso de adaptación, que en algunas de ellas ha dado ya resultados considerables y en otras menos felices se inicia hace poco en nuestros días. La educación de las masas, la transformación del indio analfabeto, del negro liberto ó descendiente de esclavo, del gaucho, del roto, del charro, la transformación del elemento criollo y la amalgamación del elemento extranjero por medio de la escuela, — he aquí la vieja y única solución que tiene la «cuestión de la América Latina». Buscar otra con los medios indicados por el señor Nabuco, es desvirtuarla y extraviarla en un empirismo vago y generalizador. La liga liberal del continente, cuya formación aconseja el distinguido escritor brasileño, debía formarse para propagar estas ideas, para traer al carril de estas verdades sencillas á los espíritus brillantes que se extravían en sueños utópicos, y, abordando la tarea sólida y modesta pero noble y grande en sus resultados, de educandos, formar ciudadanos. Cuando el señor Assis Brasil exclamaba con tristeza, « que el electorado brasileño es un electorado de analfabetos », con esa sola frase él muestra que el régimen democrático deberá ser forzosamente falseado en su patria, como lo está en todo nuestro continente. Unamos nuestros esfuerzos para continuar la obra civilizadora de Sarmiento y entremos en el camino de la salvación. Hace treinta años, desde la gran ciudad de la América del Norte, el estadista genial señalaba el programa de la regeneración á los pueblos latino-americanos, con palabras que son de la mayor actualidad y que contienen la mejor y única solución que puede encontrar el problema planteado por el señor Nabuco con su elocuencia habitual, pero resuelto por él de una manera tan vaga y fantástica. « No nos detendremos á examinar, — decía Sarmien-

to, resumiendo esta cuestión de una manera definitiva, — las causas históricas, de raza, de nación, de clases, de costumbres, de formas sociales, que nos complacemos, con sobrada justicia, en dar como explicación del más chocante contraste, que se haya presentado jamás á la contemplación humana: atraso, desorden crónico, despo- blación, pobreza de un lado, y prodigios en contrario del otro, en dos secciones de un mismo continente, á un tiempo descubiertas, casi á un tiempo independientes, á un tiempo republicanas. Admi- sibles son las diferencias, las gradaciones; pero la antítesis, la nega- ción de una parte, la afirmación luminosa de la otra de verdades y hechos no cuestionados en teoría; la noche y el día produciéndose á la misma hora en las mismas latitudes, jamás lo aceptará como natural, ya que ve que es posible, la conciencia humana. No es este el caso de discutir las causas atenuantes. Vamos derechos al mal donde está. ¿Qué le falta á la América del Sud, para ser asiento de naciones poderosas? Digámoslo sin reparos: *instrucción, educación difundida en la masa de los habitantes*, para que sean cada uno ele- mento y centro de producción, de riqueza, de resistencia intelligen- te contra los bruscos movimientos sociales, de instigación y freno del gobierno. El despotismo, la libertad, la monarquía, la repúbli- ca no cambian la esencia de las cosas: la libertad porque deja libre las pasiones sin inteligencia; el despotismo porque aplasta las po- cas fuerzas útiles, y agrava el mal futuro, en busca de un reposo efímero; la república, porque no se gobierna á sí misma; la anar- quía, porque á los males conocidos añade el trabajo de crear uno nuevo y el dispendio de mantenerlo».

## XXVIII

El último libro del señor Nabuco, *A intervenção estrangeira du- rante a revolta*, se ocupa bajo un aspecto especial de uno de los in-

cidentes de la «cuestión de la América Latina» en sus relaciones con el Brasil. Tratándose de un episodio histórico, perfectamente documentado y analizado por el distinguido escritor, no debo tener reparo en ocuparme de esa obra, aunque ella se refiera á detalles de una lucha interna sobre la cual no me toca ni deseo manifestar una opinión. Las pasiones de la última lucha están aún demasiado vivas en el Brasil, para que sea fácil desentrañar la verdad de las acusaciones de los unos y los endiosamientos de los otros. Entre el detractor y el turiferario, el juicio vacila sin saber por cuál de ambos decidirse. Naturalmente, el señor Nabuco no pertenece á ninguna de estas categorías de exaltados. El mérito principal de su estudio, como de todos sus trabajos, es la elevación de criterio y de estilo con que examina las cuestiones más candentes y enconadas. Si es cierto, como se ha dicho, que «todo lo que entra en un espíritu toma sus dimensiones», puedo afirmar que en el amplio espíritu del literato de que me ocupó, las cuestiones más odiosas se depuran y ennoblecen. Un caudillo político militante hubiera hecho de la historia de la intervención de las escuadras extranjeras en la rebelión del Brasil un libelo acusador. El señor Nabuco ha hecho un estudio jurídico de la mayor importancia y ha examinado esa cuestión con un criterio científico de historiador é internacionalista, que le quita sus esperanzas y la eleva sobre el nivel de la polémica local.

A quella obra se abre con el tono frío y severo de un alegato. El señor Nabuco examina las publicaciones oficiales del gobierno del Brasil, los libros azules y memorias de diversas cancillerías, los documentos dados á luz en Francia, Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos sobre la acción de los representantes diplomáticos y de los jefes de las respectivas fuerzas navales de aquellas naciones en la bahía de Río de Janeiro, durante la revolución del almirante Mello, y de todo ese cómputo de elementos saca conclusiones de una exactitud matemática, conclusiones definitivas é incontrovertibles sobre los acontecimientos de aquella época turbulenta. Para los que miramos con la mayor simpatía al Brasil, para los que tenemos una fe

arraigada en los progresos y el futuro inmenso de esa nación tan grande por su territorio y sus recursos materiales, noble por el carácter de sus hijos y las condiciones caballerescas de su pueblo; para los que soñamos con una América culta, independiente, soberana, libre de la presión exterior y de la influencia extranjera, venga de donde venga, debemos confesarlo sin ambages, esas conclusiones son humillantes y dolorosas. Ah! bastaría la cruel lección que se desprende de las páginas palpitantes de inspiración y de talento del libro del señor Nabuco, para hacernos odiar esas rencillas internas que nos desacreditan y nos rebajan, entregando inermes los pueblos de nuestro continente á la audacia interesada de los que explotan nuestras miserias. ¿Qué vallas respeta el desborde de las pasiones feroces de la lucha civil? ¿Ante qué consideración es capaz de detenerse la fiera embravecida que olfatea el rastro del adversario y se deleita de antemano con la imagen brutal de la *vendetta*? Las sugerencias del patriotismo, los vínculos de la antigua confraternidad política, el recuerdo de un pasado de comunes sacrificios y análogos esfuerzos, el sentimiento de propia dignidad de la nación, todo es pisoteado en esos momentos de delirio insensato en que no se piensa sino en la ruina del contrario, aunque ello sea á costa de la independencia amenazada, de la soberanía deprimida por el auxilio del extranjero. Sólo así se explica que, en el período álgido de la lucha brasileña, como lo recuerda el señor Nabuco y lo prueba con transcripciones fidedignas, una parte de la prensa gubernista de su país se regocijara con la idea de que los buques rebeldes podían ser echados á pique por los cruceros norteamericanos é incitaban á los marinos de esta nación á la obra nefanda de derramar la sangre de sus hermanos... He ahí los frutos de maldición de la guerra intestina. Muchos de los hombres que entonces se expresaban de esta manera son de índole blanda, tienen arraigados como pocos el sentimiento de la patria y el amor de su raza... ¿Á quién culpar entonces sino á esta embriaguez brutal de la pasión política desbordada, de la monstruosidad inconsciente de su propaganda?

Pero el episodio histórico á que se refiere el señor Nabuco tiene, por desgracia, una importancia transcendental para la América del Sud, como un precedente funesto que podrá ser invocado en circunstancias análogas, por poderes extraños, para tratar de imponer á nuestras naciones el régimen inicuo de una protección forzosa y apoyada en la fuerza naval. Ninguno de los partidos sudamericanos, después del caso de Méjico, que produjo la aventura monárquica y el patíbulo de Querétaro, había buscado el apoyo de la fuerza extranjera para resolver cuestiones políticas internas. Cuando las pasiones se enfríen, cuando la calma vuelva á los espíritus y se pesen los errores y las responsabilidades del pasado, el acto del mariscal Peixoto solicitando la intervención de la escuadra extranjera y aceptándola por el acuerdo del 5 de octubre, que analiza el señor Nabuco, no podrá encontrar sino opositores que lo lamenten como un inmenso error y una desgracia nacional. Ese sentimiento se afirmaba día por día en el noble espíritu del pueblo brasileño, como un corolario lógico de la forma ofensiva con que se refirió á su acción en Río de Janeiro el principal de los protectores del gobierno constituido en el Brasil durante la lucha con la escuadra sublevada. Conocidas sus palabras, se admitirá sin discusión la verdad del aforismo del señor Nabuco : « Entre el principio de la autoridad y el de la soberanía, es mejor que la transacción recaiga sobre el primero » (1).

Después de haber establecido los hechos con una precisión y una exactitud admirables, y apoyándose siempre en documentos fehacientes, el señor Nabuco examina todas las cuestiones que suscitan esos hechos en una conclusión á su obra que hace el más alto honor á sus condiciones de jurista y de escritor. En lo que respecta á la

(1) « El almirante americano Benham, en un banquete que, á su regreso, le dió en Nueva York el « United States Service Club », resumió de este modo, entre carcajadas y aplausos, su acción en Río de Janeiro : « En cuanto á mi procedimiento en el Brasil y á los efectos que él haya producido, pienso que, sin discusión, concurrió para hacernos buenos amigos de aquel país. Esa amistad se basa en el respeto y tal vez en alguna cosa más ». (Cita hecha por el señor Nabuco de una correspondencia de Nueva York para *O Paiz*, á que se refiere Eduardo Prado en *A Illusáo Americana*).

historia militar de la rebelión, él advierte que no se juzga habilitado para emitir una opinión por falta de datos auténticos. « Hasta hoy, añade, refiriéndose á las publicaciones de aquel período sombrío, « lo que hemos tenido es la glorificación, sin tacto y sin medida, propia de todas las decadencias; es el espíritu del arquitecto que propuso dar al monte Athos la figura de Alejandro ». La primera cuestión que examina el eminente escritor es la que se refiere á la legitimidad de la intervención de las fuerzas navales extranjeras « con el fin de proteger en Río de Janeiro la vida y la propiedad extranjera ». Para él, los principios positivos que circunscriben esta cuestión son tres. El primero, « que la revolución interna no interrumpe la soberanía y la independencia de las naciones, por lo cual el extranjero no puede ser el juez de la legitimidad de un movimiento de carácter político »; segundo, que apoyando á uno de los beligerantes, la nación extranjera se hace enemiga del otro y entra así en una guerra en que no tiene papel; tercero, como consecuencia lógica de los anteriores « que, reconocido el derecho de intervención en una guerra civil declarada, existe el mismo derecho para impedir que ella estalle, y por tanto el derecho de protección implica el de protectorado ». Si la intervención se justificaba por el carácter *naval* del movimiento y « las potencias tenían el derecho de impedir un ataque *por mar* á la ciudad, por haber en ella vida y propiedad extranjera, tenían el mismo derecho para impedir cualquiera operación en tierra que afectare á aquellos intereses, y aun más próximamente, cualquier operación contra la escuadra que provocase el bombardeo ». Si se pretende explicar el hecho de la intervención en nombre de los « intereses superiores de la humanidad », debe hacerse notar que « no existe en Río de Janeiro una sola obra *única* por la cual se pudiera interesar hasta aquel punto la humanidad, que no intervino para salvar la catedral de Estrasburgo ó el Museo del Louvre ». Si se pretende que « una ciudad sin defensa no puede ser bombardeada ni atacada », se puede contestar que la « Alemania no reconoció tal carácter á Río de Janeiro y se abstuvo de cooperar



con las otras potencias ». « Además, éstas no sólo prohibieron el bombardeo de la ciudad, sino cualquier ataque contra ella, términos que comprenden todo desembarco ó tentativa de apoderarse del litoral; es decir, quedaba prohibida toda la serie de operaciones de guerra; lo que se impedía á la rebelión prácticamente era expulsar de Itamaraty al gobierno legal, ó en otras palabras, era triunfar, por cuanto nunca podría triunfar sin atacar á Río de Janeiro. » Así, el procedimiento de las potencias extranjeras « quebraba completamente el equilibrio de las fuerzas ». Ese procedimiento dió una inmensa superioridad de posición al gobierno. Por eso, la justicia exigía que las potencias reconocieran á los rebeldes el carácter de beligerantes. Fué á eso, sin embargo, á lo que ellas se negaron hasta la última hora « ó para hablar con más precisión, sólo á la última hora iban decidiéndose á hacerlo, á no ser, con sorpresa del mismo Mr. Gresham, el cambio brusco del almirante Benham. Fué en eso en lo que consistió el papel decisivo de aquel almirante ».

Establecida la responsabilidad que corresponde á las potencias extranjeras en la derrota de la rebelión naval, el señor Nabuco no tiene inconveniente en reconocer que « ellas no pueden ser acusadas de haber concurrido para el plan de operaciones que debilitó y extenuó las fuerzas de la revolución : no fué por inspiración de ellas por lo que el almirante rebelado aceptó una lucha parcial, ingrata é inútil, contra las fortalezas de la barra, al otro lado de la bahía, y los tiradores de tierra, en vez de preferir el bloqueo, ó, en todo caso, conservar las fuerzas de la revolución reunidas para apoyarse recíprocamente; no fué, sobre todo, por disuación de ellas, por lo que la revolución en seis meses no trató de organizar un gobierno regular, con división de poderes, separación de lo político y lo militar, no obstante haber estado en posesión de dos Estados y de las aguas de Río de Janeiro. Admitido todo eso, sin embargo, fué siempre la intervención extranjera la que inutilizó el poder de la escuadra, encerrada en un puerto enemigo, haciendo á éste inatacable ». Esta circunstancia indudable, evidente, indiscutible, es la que con justicia

alarma al señor Nabuco como un funesto « precedente nacional ». Él reflexiona que « todo gobierno puede ser sorprendido por el levantamiento de la escuadra, y, siendo esa escuadra poderosa, puede ella, bloqueando los puertos y recorriendo la costa, colocarlo en situación peligrosa ; cualquier escuadra extranjera más fuerte que se ofrezca á apresar los navíos rebeldes ó á impedir que se sirvan de sus cañones, mientras el gobierno prepara la resistencia, será para él un aliado eficacísimo. La cuestión es saber lo que conviene más á la nación, verificada la imposibilidad de resistir el gobierno sin concurso de fuera ; que él llame al extranjero en su socorro, ó, aun sin llamarlo, se aproveche de su actitud hostil á la rebelión, ó que procure transigir con el adversario. El primer impulso es de aceptar el auxilio salvador, venga de donde viniere ; la razón política, sin embargo, establece, casi como axioma, que es preferible hacer al adversario todas las concesiones, á recibir el apoyo material del extranjero ». ¿Serán de temer las consecuencias futuras de ese control de las cinco potencias internacionales ? se pregunta con temor el distinguido escritor brasileño. Y su respuesta es tan sensata, tan mesurada, como todo su trabajo : « ¡Quién sabe ! El precedente internacional, sin embargo, la lección dada por el gobierno al país y al mundo, fué esta : que á la primera dificultad súbita, á la primera perturbación en la vida política del país que los recursos del gobierno no basten para sofocar, el pensamiento de todos debe ser solicitar el concurso extranjero. No hay absolutamente diferencia alguna entre pedir á navíos de guerra extranjeros que apresen ó contengan navíos de guerra nacionales rebeldes, y pedir á batallones extranjeros en la frontera, ó en los puertos á fuerzas extranjeras de desembarco, que vengan á batir batallones de línea insurgentes ».

Uno de los hechos históricos curiosos que señala el señor Nabuco es la propaganda de los diarios extranjeros en Río de Janeiro, hostiles á la intervención y pidiendo al pueblo que no cayera en el error de solicitar el apoyo extraño para dirimir cuestiones domésticas. Es el mismo sabio consejo, dado hace muchos años en forma san-

chesca y en versos pedestres por Andrés Bello en su fábula *el hombre, el caballo y el toro*, que sin duda nunca leyó el mariscal Peixoto (1). La verdad es que, bajo la presión del odio y de la pasión política, como lo dice perfectamente el autor de que me ocupo, «hubo un profundo desequilibrio, una confianza crédula en el apoyo desinteresado del extranjero, un impulso para envolverlo en nuestras cuestiones internas, lo que importa ignorar que la protección, la intervención, el socorro es siempre en la historia el modo como primero se proyecta sobre un Estado independiente la sombra del protectorado». Con esta síntesis brillante, podría cerrarse el libro del simpático escritor. Sin embargo, contiene aún no pocas páginas de gran belleza y alcance profundo, sobre la personalidad del jefe de la resistencia brasileña y del génesis de la revolución encabezada por Mello y Saldanha. Todo el que quiera conocer una faz importante de la política de nuestros vecinos debe leer esas páginas con la mayor atención. Encontrará en ellas ideas nobles expuestas en un estilo lleno de encanto, y después de recorrerlas sentirá una simpatía cada vez mayor por el pensador que las ha trazado con pulso firme y conciencia levantada.

## XXIX

La independencia de espíritu del señor Nabuco y la imparcialidad de su criterio, lo he dicho ya, infunden el respeto por las cua-

(1) He aquí la moraleja de esa *fábula*:

Pueblos americanos,  
 Si jamás olvidáis que sois hermanos,  
 Y á la patria común, madre querida,  
 Ensangrentáis en duelo fratricida,  
 ¡ Ah ! no invoquéis, por Dios, de gente extraña  
 El costoso favor, falaz, precario,  
 Más de temer que la enemiga saña...  
 ¿ Ignoráis cuál ha sido su costumbre ?  
 Demandar por salario  
 Tributo eterno y dura servidumbre...

lidades morales del hombre y los principios del escritor. Es esta tal vez una de las condiciones que más admiro en este talento atrayente: la sinceridad, la cultura refinada que no excluye la energía sino más bien la aguza y la adorna como un arma de lujo igualmente pronta para el juego de salón y el duelo sobre el terreno. Las antipatías instintivas de raza, de educación, de medio ambiente, de profesión, de credo político, son inmensas entre él y el mariscal Peixoto. No obstante, el autor de la *Intervención extranjera durante la rebelión* trata á su adversario con la mayor caballerosidad, y no le escatima el reconocimiento de las condiciones que mostró durante la lucha tenaz de 1893. Si esas cualidades no son de un carácter más noble, ello no es culpa del señor Nabuco. Si así hubiera sido, la conciencia del historiador no habría vacilado en reconocerlo. Tales como aparecen, él las clasifica como « cualidades de primer orden », y las consigna sin subterfugios: « Fueron éstas la tenacidad, la solidez férrea con que en una época de debilidad, y delante de una revolución dueña de la bahía, provocó la obediencia, la fidelidad, la sumisión del ejército, desde los más altos grados, hasta convertirlo en el instrumento que fué en sus manos ». Sin duda, para llegar á estos fines, el mariscal Peixoto se valió de medios discutibles y muchos de ellos reprobados. Pero la verdad es que su decisión, su actividad, su resolución fueron extraordinarias: « es difícil decir si fué la ambición ó el papel que le atribuyeron, ó la venganza jurada, —dice Nabuco en un hondo sondaje de psicólogo— lo que le prestó un alma que antes nunca imaginó que cupiera en sí, diferente de todo lo que hasta entonces se había visto en nuestra raza y que por eso impresionó á ésta fuertemente, aunque era entretanto la fibra ordinaria de los antiguos caudillos del Plata ». El doble papel, de una habilidad innegable, que desempeñó en la crisis el mandatario brasileño no está explicado con menos acierto por su historiador. « Á esas cualidades enteramente excepcionales de fuerza y dominio... es preciso añadir tres cualidades políticas maestras: la sagacidad, el desdoblamiento gradual y la aparente negli-

gencia del diplomático que negociaba con los rebeldes, por intermedio de las potencias, el acuerdo del desarme, para, á la sombra de él, levantar fortificaciones en la ciudad; que, salvado por la intervención europea, hacía creer á los Estados Unidos que la Europa procuraba intervenir contra él en favor de la restauración; que, sostenido y defendido por la escuadra extranjera, esparcía, para despertar el amor propio nacional y amenazar á la población extranjera, acusada de simpatía por la revolución, que aquella escuadra era el auxiliar eficaz con que ésta contaba. Este libro mismo no es sino la historia de la duplicidad, de la astucia y de las adaptaciones de esa diplomacia dilatoria á la que, principalmente, debió el triunfo».

La misma penetración de espíritu, la misma seguridad de vistas, la misma fuerza de observación campea en todo el curso del libro sobre *La intervención extranjera* y en los estudios posteriores en que, como en el titulado *El deber de los monárquicos*, y que apareció primitivamente con el título de *Carta al Almirante Jaceguay*, el brillante escritor analiza el estado político de su patria y manifiesta sus ideas sobre la forma de gobierno que más se adapta á la índole histórica del pueblo brasileño. Cualesquiera que sean las opiniones de los lectores del señor Nabuco y aunque ellas estén en completo desacuerdo con su manera de juzgar los accidentes de que es teatro el Brasil desde la caída del antiguo régimen, ninguno de los que recorren sus libros con buena fe dejará de sacar de ellos una lección provechosa de patriotismo y adhesión al bien público. No tengo autoridad para dar consejos á la juventud de la joven república; pero si el sentimiento de simpatía que ella me inspira me autorizara para ello, yo diría sin vacilar á los representantes de las nuevas generaciones: «recorred con respeto y con cariño la obra elocuente de vuestro eminente compatriota, por lejano que esté el ideal político que seguís del que él enaltece con sinceridad y con altura. Hacedle sentir, á falta de un sentimiento de adhesión incompatible con vuestras convicciones, el calor de simpatía por su talento, de vues-

tra atención por su persona. Su inteligencia brillante y poderosa es un patrimonio común, es una gloria que á todos os pertenece. No os dejéis arrebatados por el ardor de pasiones que perturban el corazón y lo rebajan, hasta negar sus cualidades y cerrar los ojos á la luz de las grandes verdades que encierran sus escritos. Buscad en ellos al moralista, al literato cultivado, al estilista brillante, y escoged entre los frutos de su verjel los que mejor convengan á vuestro paladar y más halaguen vuestra predilección individual. De todo encontraréis en él: flores y frutas tropicales al lado de esas plantas frágiles y graciosas de los climas del norte; nunca tropezaréis allí con un cuadro vil, con un espectáculo vergonzoso y rastrero. Y, si rindiendo culto á preocupaciones ó á sentimientos que os alejen de su lado, os creéis autorizados á refutar sus doctrinas, tratad de elevar vuestro espíritu hasta la altura del suyo y no de rebajar el suyo hasta el terreno de la procacidad y de la diatriba que infama al agresor y exalta al agredido... » Mucho más añadiría, si no fuera una de las cosas más inútiles de la vida el dar consejos á quien no los solicita, y si no supiese de antemano que en sociedades de cultura rudimentaria, la voz de la templanza y de la moderación clama en el desierto. Las pasiones vibrantes que conmueven todavía al mundo político brasileño no parecen por el momento manifestar tendencias á entrar en un período de calma y normalidad. Las corrientes que agitan á aquel mar alborotado son difíciles de diseñar á la distancia. Pero de cuando en cuando aparece un síntoma doloroso é inesperado y se ve que la lava aún está hirviendo y circula en ondas inflamadas bajo la superficie de un terreno aparentemente tranquilo!...

¿Cuál es la causa de la prolongación de este malestar que hace tiempo debía haber desaparecido? ¿No habrá en su fondo una cuestión de carácter social más que de carácter político? ¿Debemos creer con Assis Brasil que, después de todo, el duelo trabado en su patria es entre el *parlamentarismo* y el *presidencialismo* y que el triunfo del segundo sería el principio de la redención? ¿Ó supondremos más bien que la enfermedad es otra y radica en fuentes más hondas del orga-

nismo? En uno de los capítulos anteriores hemos expuesto lealmente esa primera explicación del arduo problema. Para acercarnos más pronto á la verdad, veamos la explicación social que, como uno de los elementos principales de la aparente anarquía mental, nos ofrece el señor Nabuco, y que ella sirva para cerrar con llave de oro el boceto del escritor, sin pretender arrojar sobre este punto una luz definitiva.

«¿De qué sufrimos principalmente?—pregunta el autor del ensayo sobre *Balmaceda*, en el opúsculo sobre *El deber de los monárquicos*, dirigiéndose al almirante Yaceguay. ¿No es observación suya que sufrimos de un ilimitado individualismo, que se convierte en verdadera irresponsabilidad porque está acompañado de la falta de toda y cualquier reacción social? ¿No es exacto que el individuo no se siente solicitado, restringido, dominado por la sociedad en ninguna de sus voluntades, que es tan absoluto señor de sus acciones, de su vida, como si viviese en el desierto? ¿No es cierto que cada uno puede hacer lo que quiera, vivir como entienda, sin preocuparse de la opinión que lo rodea? ¿Y no querrá esto decir que no existe fiscalización, presión, gobierno de la sociedad sobre el individuo? Además de este rasgo hay otro igualmente importante. Somos la única sociedad existente en el mundo á quien se pueda dar el nombre de *neocracia*, en todos sentidos: no sólo en el de ser gobernados de preferencia por las nuevas generaciones, en oposición al gobierno de los más viejos, que se encuentra en el comienzo de casi todas las civilizaciones. Ya antes de los cuarenta años, el brasileño empieza á inclinar su opinión delante de la de los jóvenes de quince á veinticinco. La abdicación de los padres en los hijos, de la edad madura en la adolescencia es un fenómeno exclusivamente nuestro. Imagínese la Francia entregada enteramente, como gran potencia europea, á la dirección del Barrio Latino. En menor escala, ese es nuestro caso. El resultado es una precocidad abortiva en todo el campo de la inteligencia, por lo cual el talento nacional, que es incontestable, pronto, brillante é imaginativo, está condenado á producir obras sin fondo y, por lo tanto, también sin forma, porque lo bello en litera-

tura, como en las artes, no es otra cosa sino la fuerza. Será difícil á uno de nuestros estudiantes de mérito servirse del microscopio sin descubrir luego un nuevo organismo que los sabios estén buscando en vano hace años en los diversos laboratorios de Europa. El apresuramiento es una incapacidad para la ciencia como para el arte. El emperador tuvo una correspondencia con Renan y otras autoridades en lenguas semíticas, sobre una inscripción fenicia, que se decía haber sido descubierta en el Parahiba y que un curioso brasileño, hombre de ciencia, que la tradujo, pretendía ser auténtica. Cualquiera joven oficial que mandemos á los astilleros de Europa siéntese con la capacidad de resolver una duda entre dos grandes arquitectos navales. Todo eso revela por cierto una cualidad, la iniciativa, que, corregida y completada por la reflexión, es la primera de las cualidades del espíritu, pero que movida por la imaginación solamente, es casi infantil. Los mismos positivistas, que se definen como los reorganizadores de la coherencia espiritual en nuestro país, son otro ejemplo de irresponsabilidad nacional. Antes de deponer al emperador del trono del Brasil ¿acaso no depusieron ellos al señor Laffite de la sucesión de Augusto Comte? Esto quiere decir que en uno de los menores círculos de la humanidad, como es el Comtismo, entró en los brasileños el espíritu de indisciplina y luego se produjo el cisma. Temo mucho al día que tengamos un cardenal nuestro. El representante en el Sacro Colegio de nuestra impulsiva mentalidad, si el Cónclave no cediera á sus vistas superiores, amenazará con ir á la prensa á relatar las irregularidades del escrutinio de las cédulas, perturbando la elección que hace dos mil años se hace tranquilamente del sucesor de San Pedro. Si por acaso un compatriota nuestro recibiere un día la tiara, entonces, sin blasfemia, ni el Espíritu Santo conseguiría contenerlo en la reforma general de la Iglesia. Ciertamente, con papas brasileños, la infalibilidad no habría pasado tantos siglos antes de ser proclamada como dogma. »

MARTÍN GARCÍA MÉROU.



## LO QUE SE AMA <sup>(1)</sup>

---

No temas, no, sabemos las mujeres  
Guardar nuestra pasión aquí escondida,  
Velando con sonrisas de placeres  
Los quejidos del alma estremecida...

(CAMPRODÓN, *Flor de un día.*)

### I

Decían los griegos — y los modernos han repetido — que *entre la copa y los labios hay mucho espacio*. Esa fragilidad del humano destino debiera ser el fondo de nuestra filosofía, pues basta cada experiencia individual para atestiguar la verdad amarga del adagio que ha cruzado los siglos. Pero la golondrina no se acuerda del invierno cuando llega el verano; y cada criatura, á su vez, saborea su trago de instantánea felicidad, con la ilusión de que ella ha de ser eterna. Por eso la desgracia nos halla siempre desprevenidos, como si aquella ley fatal no fuera más que un accidente.

(1) Con su firma seudónima, su título y epígrafe ultra-románticos, que casi equivalen á un estado civil, hemos aceptado esta novelita sin desconocer las inexperiencias de fondo y forma que deslustran su laudable sencillez — siquiera un poco anticuada. Creemos conocer á la persona que nos la remite por correo, pudiendo afirmar que no es escribano de número; pero respetaremos su incógnito, y, desde luego, prevenimos al lector que la « noticia biográfica » correspondiente no tiene por esta vez más valor que el de una conjetura.

Cuanto veían pasar, algunos años ha, por las aceras de la calle Florida ó las avenidas de Palermo, á Berta Lemos en su esplendor y frescura primaverales, y, además de contemplarla bella, la sabían inteligente y rica, difícilmente dejaban de envidiar el hado excepcional que había bendecido su cuna. Hija única de amorosos padres, que vivían prosternados ante sus perfecciones, había crecido en una atmósfera de cariño universal, y por un último favor de su suerte, había quedado buena á pesar de criarse tan mimada, y humilde, aunque nunca tuviera á quien rogar.

Era Berta un delicioso ejemplar de ese tipo de belleza andaluza y casi árabe, antes tan frecuente y ahora tan raro en Buenos Aires. Sus ojos y cabello de negro terciopelo realzaban la blanca matidez del cutis de alabastro; la boca purpurina remedaba una entreabierta granada; y la curva de la belleza irreprochable ondulaba por su cuerpo escultural, descendiendo desde la frente angosta hasta la comba del diminuto pie. Pero un círculo atezado rodeaba sus párpados, como una sombra impresa por las largas pestañas, prestando á la mirada de aquella niña feliz el mórbido atractivo de la tristeza. ¿Tenía, acaso, en medio de las promesas de la vida, el obscuro presentimiento de su destino?

Desde su primer baile no hay que decir si Berta fué asediada por la « flor y nata » de la juventud porteña. Recibía, al parecer, los homenajes con la serenidad de una joven diosa acostumbrada al culto de los mortales. Pero muy pronto el hada se revelaba bajo la diosa, y le bastaban dos minutos de conversación para consumir inconscientemente, con su gracia ingenua y dulce, la conquista iniciada por su hermosura.

En el grupo compacto de los adoradores de Berta, nadie consideraba como rival posible al joven Fernando Ruíz, pobre ingeniero recientemente recibido, que debía á su lejano parentesco con Berta el privilegio de cierta intimidad. Así en las tertulias caseras de familia como en otras reuniones mundanas, Fernando desempeñaba con perfecta conformidad su papel de amigo de infancia y

pariente pobre de Berta. Si rara vez bailaba con su prima, estaba siempre pronto para hacerle servicios familiares, aceptando con una modestia que no carecía de altivez, su deslucida situación de cuasi hermano de crianza : era un partiquino en aquella ópera mundana. Por lo demás, nunca se permitía una atención que trascendiera á galantería ó revelase pretensión alguna.

Fernando vivía con su madre, viuda de un jefe del ejército, quien con sólo su pensión modesta, economizando sobre el hambre y la sed, había conseguido que su hijo concluyera su carrera. El muchacho, por otra parte, apenas llegara á hombre se había ayudado eficazmente. Cada examen anual era para él ocasión de un nuevo triunfo; y como á una inteligencia absolutamente superior reuniera una nobleza de corazón y una energía de carácter poco comunes, encontró el apoyo de todos sus profesores y compañeros cuando hubo de solicitar un empleo profesional.

Á los veintitres años alcanzó su diploma con una tesis ó proyecto decididamente notable, y que formaba tal contraste con las pequeñas compilaciones anodinas que, por desquite de conciencia, suelen los candidatos borrar en el término del curso, que el ilustre ingeniero inglés W., á la sazón ocupado en los estudios de su grande obra de salubridad urbana, llamó á Fernando y lo colocó á su lado. Desde entonces el joven, más desahogado, volvió á frecuentar la casa de Berta, adquiriendo fácil y prontamente los hábitos mundanos y las relaciones que allanan el camino de la fortuna. Los padres de Berta le habían tratado siempre con cariño, pero sin sospechar que el pobrecito mereciera importancia. Por otra parte, Fernando no la reclamaba : era siempre el mismo muchacho cordial y sencillo de otro tiempo, sólo que con la familia parecía menos alegre y confiado que antes.

Habían transcurrido un par de años; Berta llegaba á los veinte sin haber manifestado aún la menor veleidad de elección entre sus ocho ó diez suspirantes. Continuaba tranquilamente aquella su existencia monótona y feliz, pasando con tan regia indiferencia por en-

tre los rendidos homenajes, que nunca había encontrado de qué asirse el chisme social. Ningún pretendiente había merecido, siquiera durante un día, la efímera gloria de un triunfo aparente.

La familia de Lemos solía dar tertulias semanales, en su hermosa casa de la calle Florida. Después de la comida de íntimos, se improvisaba un baile familiar. Una noche de mayo, se encontraba allí el ingeniero W.; en el intervalo entre la comida y la tertulia, la conversación se hizo general. El padre de Berta, dirigiéndose al inglés seriote y tieso, se informó de Fernando, que no comía allí y no había llegado aún. La reunión era poco numerosa, y como la pregunta fuera dirigida en alta voz, se produjo un silencio para esperar la respuesta.

Mr. W. estaba en pie, jugando con su lente; dejó caer lentamente estas palabras, cuya importancia parecía reforzada por la pausa y el mismo acento extranjero del interpelado:

« Fernando está en camino de ser el primer ingeniero de su país. Lo mando á Inglaterra el mes que viene: sólo él puede reemplazarme allí. Esperaré aquí su vuelta para embarcarme, y entonces quedará como representante mío en Buenos Aires...

Cuando un inglés critica á un hombre de otra nacionalidad, es lícito dudar de su exacta justicia, pero si emite una opinión favorable, puede aceptársela á ojos cerrados.

Berta estaba aspirando el ramo de violetas que tenía en la mano, y nadie notó la oleada de sangre que súbitamente ruborizó sus pálidas mejillas. El incidente se perdió entre otras conversaciones indiferentes; á poco el pianista estrenó sus escalas de preludio y algunas parejas comenzaron á girar por el salón.

Cuando llegó Fernando, poco antes de las once, la tertulia se había formalizado. El joven dió la mano á su prima, y pasó al pequeño cuarto vecino, donde conversaban y fumaban los hombres maduros. El señor Lemos — el padre de Berta — se adelantó hacia él con una cordialidad casi ceremoniosa que le sorprendió. Después de corroborar lo que anunciara su jefe, acerca de su próximo viaje, y reci-

bir las felicitaciones generales con su buena sombra habitual, Fernando penetró nuevamente en el salón de baile.

En estas circunstancias, él se consideraba como miembro de la familia, y cumplía concienzudamente con sus deberes, invitando á bailar sucesivamente á las infelices que esperaban sentadas al prometido Mesías. ¿Cómo no tener prestigio social con tales rasgos de heroísmo? No había desheredada soltera que no agradeciera á ese joven elegante y distinguido sus exquisitos modales. Y tenía una manera tan simplemente varonil de interesarse en los pequeños asuntos de cada compañera, fijaba en ella su mirada inteligente y honrada con tan natural simpatía, que ninguna dejaba de concebir una vaga y remota esperanza...

Dos ó tres veces Fernando se cruzó con Berta, que contestaba á la inclinación de su primo con una sonrisa. Vestía con deliciosa sencillez, sin una joya ni un adorno vistoso, como cuadra á una dueña de casa, y su esbelta silueta se deslizaba armoniosamente sobre la alfombra, dejando al pasar una como invisible estela de seducción.

En un intermedio del baile, Berta quedó sentada para descansar; á los pocos minutos, dirigió á Fernando un llamamiento imperceptible y éste que comprendió su mirada, se apresuró á invitar á su prima. Después de algunas vueltas de vals, empezaron á caminar siguiendo el ritmo del piano, y entonces Berta, con cierta vacilación que hacía contraste con su acostumbrada confianza, díjole á media voz:

— Esta noche, Mr. W. ha hecho grandes elogios tuyos...

— Sí, me quiere mucho, contestó tranquilamente Fernando.

— Yo era muy feliz al escucharle, prosiguió la niña; pero mi alegría ha sido corta: nos anunció que te marchabas á Europa...

— Es cierto, Berta; es una suerte inesperada en mi situación... Fuera de las ventajas profesionales, que no son pocas, siento que me conviene una ausencia prolongada. Esta atmósfera empieza á ser malsana para mí... No tengo secretos para mi madre, y ella misma aprueba mi resolución...

Hubo un momento de silencio entre los jóvenes; estaban en el segundo salón casi desierto, y la música del baile llegaba debilitada y como entristecida por el murmullo de la concurrencia y la distancia. Entonces, la niña se detuvo y alzando hacia él sus grandes ojos negros llenos de púdica franqueza, murmuró:

— Y bien ¿y yo?...

Fernando tuvo un brusco estremecimiento; pálido como un agonizante, buscó la luz suprema en la mirada de la que había amado durante tantos años, desde que tuvo corazón, sin atreverse á dejar viva una esperanza. Entonces se detuvo, cerró los ojos por un segundo y respirando profundamente, á largos intervalos, como el cautivo que después de meses escapa á la atmósfera malsana de su prisión y dilata deliciosamente sus pulmones al aire libre, balbuceó repetidas veces con el acento extraviado de un sonámbulo:

— ¡Ah! santo Dios! qué es lo que me pasa!...

Fueron sus esponsales, espontáneos y sencillos como sus castos amores.

Dos días después, Fernando se presentó en la casa: fué recibido por el padre de Berta, y como el conmovido joven, después de un penoso exordio, se cortara repitiendo: *mi tío... mi tío...* sin poder dar un paso más, el viejo se levantó con los brazos abiertos, exclamando alegremente:

— Pero ¡ven acá, muchacho... puesto que ella quiere, no hay más que hablar!...

Berta y sus padres hubieran deseado que este gran acontecimiento hiciera abandonar el proyectado viaje. Pero Fernando había dado su palabra; además, no podía su altivez aceptar la idea de abandonar una posición honrosa é independiente que le permitía prescindir de la fortuna de Berta. Con todo, limitó á seis meses su ausencia, y el casamiento quedó arreglado para su vuelta. ¡Seis meses! ¡ay! ¡no necesita tanto el inflexible destino para marchitar y arrojar al viento todas las esperanzas de felicidad!

## II

La noticia del compromiso de Berta fué, durante una semana, el tema poco variado de todas las conversaciones. Como la niña no negara el suceso con indignados aspavientos, pronto el alboroto se disipó por sí solo. Ella no se creyó obligada á modificar su existencia mundana ; si raleó un tanto el círculo de sus admiradores, fué porque aquí, como en todas partes, el talento es aún más escaso que la fortuna. Por otra parte, ella seguía irreprochablemente el consejo que dirige el Apóstol á los corintios — y corintias — de todos los tiempos : *usaba del mundo como si no usase de él* ; la dirección de su vida estaba toda fija en Fernando, como la de la aguja imantada en el norte magnético.

En el grupo de los que aceptaron esta amistad segura en cambio de esperanzas ya imposibles, descollaba por su constancia el rubicundo Ceferino Méndez, modelo y prez de los platónicos galanes. Bonito mozo, á pesar de su obesidad precoz, esmeradamente vestido, pulido, bruñado ; de una locuacidad tal que era envidia de las mismas solteronas, el irreprochable Ceferino parecía el trasunto porteño del inolvidable Sir Charles Grandisson. Lleno de gracias y recursos, profundo conocedor del código mundano: todas sus prendas morales y físicas, hasta su voz meliflua y sus sonrisas encantadoras, sólo le servían para ser el *patito* resignado de dos ó tres bellidades porteñas, que se lo enviaban y devolvían como elástico volante. Ceferino era generalmente considerado como *imposible* en razón de esas mismas excelencias, más femeninas que varoniles, — probablemente en virtud de la ley física que hace que se repelan los fluidos de un mismo nombre. Desde el principio de los tiempos, las más dulces Galateas son las que se avienen mejor con la rudeza masculina de los Polifemos.

Berta trataba á Ceferino con la misma bondad risueña de otros

tiempos, y ello bastaba para alimentar en aquel poco exigente corazón, una pasión razonable y exenta de peligros.

Habían ya transcurrido algunos meses de la pesada ausencia. Á principios de octubre, Berta insistió para que la familia, adelantándose á la estación veraniega, se instalara en su casa de campo, en la villa de S... Allí pudo la muchacha vivir más cerca del ausente amado. Á pesar de su aparente conformidad, experimentaba un sentimiento de angustia al calcular el espacio inmenso, lleno de peligros y acechanzas, que mediaba entre ella y Fernando. Contaba febrilmente las semanas y los días que la separaban de la felicidad. Pero tenía confianza absoluta en el que había elegido, y sabía que él también sufría por la separación y pondría todo por obra para que terminara pronto y, si posible fuera, antes del plazo fijado.

Por lo demás, la vida de Berta era quieta y sencilla. No habían llegado aún las numerosas familias que transforman en centro elegante y bullicioso la pacífica villa. Después de sus ratos de lectura y música, solía recorrer los alrededores en carruaje ó á pie, según el tiempo y el humor. Algunas veces, con una sirvienta, visitaba los ranchos del camino, vertiendo en limosnas el derrame de su hinchado corazón; y era tan bondadosa con la gente pobre, tan consoladora la sonrisa de su rostro primaveral, que sus palabras parecían más caritativas que sus limosnas.

Una tarde de noviembre, volvía de contemplar desde la barranca el ancho río cruzado por velas pescadoras; había visto asomar al horizonte, allá enfrente de Buenos Aires, los grandes buques ultramarinos que tal vez Fernando viera zarpar desde Glasgow ó Southampton: y caminaba hacia la casa, más triste y pensativa que otras veces, sin saber por qué. Experimentaba una marcada sensación de lasitud, y parecióle á la vuelta que se hubieran triplicado las ocho ó diez cuadras que hubo de andar á pie.

Estaban ya instaladas en sus quintas las primeras familias que inauguraban el veraneo, y esa misma noche tenía lugar una tertulia promovida por la incansable iniciativa de Ceferino Méndez. Berta



procuró sacudir su malestar, durante la comida; hizo esfuerzos para conversar y reír como de costumbre, pero no pudo probar alimento. Se levantó de la mesa con un gran suspiro de satisfacción. y pasó al jardín para respirar la brisa fresca de la noche. Estaba sentada en un banco desde hacía algunos minutos, entre su madre y una amiga de la vecindad, cuando un largo escalofrío le sacudió todo el cuerpo. La madre le tomó la mano, que estaba ardiendo, en tanto que Berta se quejaba por el fresco de la tarde y tiritaba convulsivamente. La acompañaron á su cuarto, y luego la muchacha, levantándose en un esfuerzo enérgico, quiso vestirse para ir á la reunión. Pero el estremecimiento, intermitente y cada vez más fuerte, la obligó á caer inerte en un sofá.

El padre, que acudía alarmado, se serenó ante la alegría ficticia de Berta, atribuyendo á un pasmo de frío la repentina indisposición. La pusieron en cama y le prodigaron los remedios caseros. El estremecimiento desapareció; pero la fiebre crecía por momentos y también una sed ardiente que nada podía aplacar, al tiempo que se acentuaban los dolores en la cabeza y la *courbature* en el resto del cuerpo. Se llamó á un médico de la localidad que sospechó al pronto un ataque de pneumonia; pero no quiso aventurar diagnóstico hasta esperar la tos y el dolor local que habrían de aparecer al día siguiente. Aunque al retirarse, para volver por la mañana, asegurase que no había peligro alguno, el señor Lemos telegrafió al médico de la familia, y la madre quedó á la cabecera de la enferma, asistiendo á la aparición de síntomas sucesivos que la llenaban de terror. Después del dolor de cabeza que doblaba el cuello de Berta como un tallo de lirio marchito, los ojos inyectados tomaron el aspecto extraviado del delirio, y las hinchadas arterias del cuello latían cual si estuvieran á punto de romperse... En medio del gran silencio nocturno, en que se percibían los sonidos del piano que acompañaba la danza alegre en la vecindad, de repente Berta despertaba de su letargo para lanzar un grito desgarrador; abrazada á su madre, fijaba en ella los dilatados ojos de la alucinación, y repetía febrilmente jiro-

nes de frases en que el nombre de Fernando volvía sin cesar...

Así pasó la angustiosa noche, hasta que, al amanecer, la fiebre declinó y Berta cedió á un sueño menos agitado. El célebre médico H. V., que llegó por el primer tren, tuvo un fruncimiento de cejas imperceptible al notar los estragos que una sola noche había producido en el organismo de Berta. Sin despertarla, la auscultó largamente después de tomarle el pulso, y quiso tener una conferencia con su colega local. Éste parecía aferrado á su primer diagnóstico, y como extrañara la tardanza de la puntada que debía desvanecer todas las dudas, el doctor H. V. le preguntó bruscamente si había viruela en la localidad.

— ¡Viruela, doctor! exclamó el galeno como herido en su amor propio: no se conoce por aquí hace dos años. ¿Cómo puede Vd. creer en una dermatitis variolosa sin contagio?

El doctor H. V. quedó pensativo y volvió á la cabecera de la enferma, que permanecía en el mismo estado, aunque con una marcada exacerbación febril. El médico indicó algunas precauciones caseras, prescribió bebidas refrescantes, y después de preguntar si Berta no había salido de la población en las dos semanas anteriores, se retiró para volver á la tarde.

Durante el día, la fiebre pareció calmarse y desapareció el delirio; pero á la tarde recrudeció el ataque sin que se hubieran manifestado otros síntomas particulares. El doctor H. V., después de comprobar con el termómetro esta tercera exacerbación febril, y asegurarse de que no existían tos ni dolores en el costado, apoyó sus dedos en el estómago de Berta, que lanzó un quejido agudo. « ¡Por supuesto! » — murmuró el médico, como hablando consigo mismo. Y llamando al salón al señor Lemos le pidió hiciera comparecer á la sirvienta que solía acompañar á Berta en sus paseos. Después de un prolijo interrogatorio, quedó establecido que habían visitado ocho ó diez días antes á una pobre mujer cuyo hijo estaba sanando de un ataque de viruela. El padre de Berta había palidecido.

— ¿Cómo es posible, doctor, exclamó con voz angustiada, si usted mismo la ha vacunado hace quince años?...

Cuando entró el médico en el cuarto, á la mañana siguiente, hizo descorrer las cortinas para que entraran el aire y la plena luz, y examinó á Berta que ya no tenía traza de delirio y respiraba con más facilidad. Toda la cara estaba colorada y lustrosa, con infinidad de puntitos más rojos y adheridos; la erupción se multiplicaba extraordinariamente en la frente y en los párpados, que ya no se abrían sino con gran esfuerzo.

Entonces la pobre madre comprendió, y, tomando la mano del médico entre las suyas, con una mirada que dejaba traslucir las lágrimas prontas á desbordar, exclamó :

— ¡No la abandone Vd., amigo mío! ¡En nombre de Dios, no me la entregue disfigurada : su belleza es la mitad de mi vida!...

El doctor H. V. meneó lentamente la cabeza, y desasiéndose con suavidad, pasó á la habitación vecina para concertar con el segundo médico el tratamiento indicado durante su corta ausencia, pues tenía que volver á la ciudad. Allí murmuró como si contestara á la súplica de la madre que no le podía oír :

— ¡ Su belleza ! ¡ Pobre Berta ! ¡ Lo que se trata de salvar por ahora es su vida !

Se quedó todavía dos horas, para darse cuenta cabal de la erupción, cuya forma coherente en la cara le hacía temer un caso maligno : felizmente las manchas del cuerpo, espaciadas, revelaban el carácter discreto del ataque; y ese hombre que había visto nacer á Berta y casi la quería como á hija, ese viejo médico que permanecía impassible ante los sufrimientos y la muerte, lanzó un gran suspiro de alivio.

La vida estaba á salvo : pero la abundancia de vesículas en la entumecida cara, que parecía cubierta con una máscara de pergamino, hacía presagiar una horrible é indeleble desfiguración. El ataque prosiguió su curso normal sin más complicación que una oftalmía rebelde, la cual persistió todavía un mes después de las dos semanas del desarrollo y la completa terminación de la enfermedad.

Entonces comenzó la convalecencia. Berta, ciega todavía, preguntaba á su madre, diez veces al día.

— Quiero que me digas la verdad ¿he quedado horrorosa, verdad?

Y la madre afligida tenía que ahogar los sollozos que sacudían su pecho siempre que contemplaba á su hija, para contestar con heroica jovialidad:

— ¡No seas loca criatura!... No han quedado sino algunas manchas que desaparecerán antes de dos meses. Pregunta á tu padre...

— Sí, sí, murmuraba el pobre viejo, que salía á desahogarse á solas en el salón...

En realidad eran espantosos los extragos de la viruela. Á pesar de las precauciones tomadas por el médico, toda la cara ofrecía horribles costuras blancas ó rojizas que deformaban las facciones como las mordeduras corrosivas del vitriolo. Las pústulas sobrepuestas habían roído y surcado hasta el dermis arrancando las pestañas y parte de las cejas. Las comisuras de los labios se retorcían desigualmente como en un *rictus* de indecible amargura; y la descamación casi completa del cutis revelaba desapiadamente las cicatrices de la indeleble fealdad. Parecía como que la enfermedad cruel se hubiera encarnizado contra aquella belleza delicada y angelical. Y todo el rostro, antes adorable, ahora labrado de surcos y magulladuras, remedaba una rota máscara de alabastro cuyos fragmentos se hubieran soldado groseramente.

Por momentos, los padres llegaban á bendecir esa ceguera accidental que aplazaba la hora de la revelación terrible. Pero un día el médico declaró que Berta estaba sana y le sacó el aparato que protegía los ojos. La enferma se sentó en la cama, reconoció á sus padres que la miraban con ansiedad, y, obedeciendo al instinto femenino, que quizá respondía en ella á una preocupación más profunda, pidió que le trajeran un espejo. Todos quedaron inmóviles, paralizados por el terror... Pero era imposible resistir por más tiempo á sus instancias, y una sirvienta le alcanzó un espejito de mano, en tanto que los padres desviaban la cara con indecible angustia.

Berta lanzó un grito estridente, desgarrador, y, soltando el espejo, que se rompió en el suelo, cayó demayada en brazos de su madre.

### III

Á mediados de diciembre, la salud de Berta estaba completamente restablecida; pero su humor había sufrido un cambio radical, que parecía acentuarse más y más con el tiempo que transcurría. Una tristeza amarga se revelaba en cada una de sus palabras y acciones; parecía muerta en ella toda coquetería de mujer. Demostraba por el contrario una repugnancia creciente hacia su persona, hasta el punto de mandar sacar de su cuarto todos los espejos que pudieran reflejarle su detestada imagen. Una sirvienta la peinaba y arreglaba á su antojo, sin que ella hiciera otra observación que reprocharle agriamente su demora en componerla. Desde ese tiempo, vistió siempre de luto, cubriendo para salir su cara vergonzante con un tupido velo negro. Á tal grado llevaba ahora el sentimiento y el como pudor de su decadencia física, que no quiso admitir visitas de amigas; y cuando insistiera su madre alguna vez, respondía con un acento de resolución sombría:

—Madre mía, el mundo ha concluído para mí. No entro en un convento por no causarte pena. Pero no quiero ver sino á mis padres.

El médico de la familia aconsejó no contrariarla y dejar que poco á poco obrase en ella la energía renaciente de la juventud. Entretanto pasaba el tiempo, arrastrándose en la monótona senda anual, con los mismos incidentes, siempre idénticos y repetidos. Berta pasaba toda la mañana engolfada en esas lecturas místicas donde se predica el desprecio del mundo y el odio de la vida terrenal; á la tarde solía dar un paseo en coche ó á pie, como en los tiempos feli-

ces. De todas sus pasadas inclinaciones, no le había quedado sino la beneficencia: derramaba dinero en los hogares pobres, pero ya no cual antes con palabras cariñosas y enternecidas, sino con cierta indiferencia silenciosa y huraña, y ahora sus limosnas secas no iban envueltas en la sonrisa de la verdadera caridad.

¡Fea! Esta sola palabra encierra para la mujer toda una psicología, una concepción especial de la existencia entera. Todos los argumentos de la razón y los vanos consuelos de la filosofía se estrellan ante la implacable realidad. La belleza no es sólo el adorno de la mujer: es su esencia misma, la condición necesaria de su vida normal, como la inteligencia y la fuerza para el hombre. Lo que es, según la canción griega, el ala para el pájaro y el aguijón para la abeja, eso es la belleza para la mujer: su arma y su tesoro.

Aquella, empero, que desde su niñez se ha familiarizado con su física desgracia, llega á la juventud resignada para el papel secundario y obscuro que la espera. Pero ¡haber sido durante veinte años un centro de luz y poesía, haber despertado la admiración con sólo presentarse y sonreír, haber poseído ese tesoro inagotable que compra la felicidad de cada instante y conquista los corazones — y sentirse en un día despojada, humillada, envilecida, tornarse para siempre objeto de compasión ó repugnancia!

La catástrofe que hirió á Berta era infinitamente más angustiosa que la pérdida de la fortuna ó del rango social; era el desastre supremo, la ruina incurable y total, la sentencia de eterna humillación indeleblemente impresa en la frente y que sólo podría compararse con la muerte de la razón para un hombre de genio.

Al correr de los días, todas las relaciones de la familia se acostumbraron á las « rarezas » de Berta. Nadie extrañaba ya que la muchacha permaneciera encerrada en su cuarto, mientras sus padres recibían en el salón; y como, por otra parte, la casa entristecida como por una muerte reciente ofrecía muy pocos atractivos, las visitas de vecindad se tornaron cada vez menos frecuentes, hasta limitarse á las estrictas prescripciones del código mundano. En cuanto á los

antiguos admiradores, después de cumplir decentemente con las fórmulas del pésame, se ausentaron uno por uno, como que ya no tenían allí nada que admirar. El único que permaneció fiel á la desgracia, como el último caballero de María Estuardo, fué el dulce Ceferino: no dejaba de ofrecer á la enlutada madre sus consuelos semanales y hasta porfiaba en el tema de enviar periódicamente á la sombra querida é invisible sendos ramos de flores que Berta hacía llevar al vestíbulo.

En los primeros días del Año Nuevo, la señora de Lemos recibió una carta de Fernando. Eran puras efusiones y gritos de esperanza: un himno del corazón enamorado que cayó en la casa entenebrecida, como un rayo de sol en un sepulcro. El confiado novio anunciaba su vuelta para el mes de febrero; y el padre consultado no creyó que fuera inconveniente enseñar á Berta esta carta de una ironía tan cruel, pero que quizá produjera una crisis salvadora.

Berta tomó la carta y la leyó con atención delante de su madre, que seguía con avidez las impresiones de la lectura en su pobre cara magullada. Cuando hubo terminado, dos gruesas lágrimas bajaron lentamente por sus mejillas, y entonces, dirigiéndose á su madre, le preguntó:

— Mamita: el sufrimiento me ha dado valor para saber la verdad de la vida. ¿Crees tú que yo pueda ser amada ya?

— ¿Por qué no te ha de amar ahora el que siempre te adoró? contestó la madre: dime, hija mía ¿has sentido en nuestros corazones la menor vacilación ó tibieza después de tu desgracia? Y bien, sí: han pasado los días de inútil engaño; no eres ya la linda Berta que antes fuiste. Tu cara está afeada y marchita; pero ¿por qué desesperar tan pronto del porvenir y de la felicidad? Yo te veo adorable como siempre te conocí; los que queremos con el alma miramos con los ojos del alma. Á veces rechazo el testimonio de mi vista como una mentida pesadilla, para contemplarte encantadora y fresca como cuando jugabas en mis rodillas. Fernando te quiere desde que dabas tus primeros pasos al lado

suyo ¿por qué dudas que su amor haga también el mismo milagro que el nuestro realiza con tanta facilidad...?

La madre y la hija confundieron sus besos y sus lágrimas; pero Berta, meneando tristemente la cabeza, no quería ser consolada ni quedaba convencida. No obstante, después de un largo silencio en que pareció meditar una resolución, agregó estas palabras:

— Pues bien, déjame el tiempo de acostumbrarme á esta idea de esperanza. Tal vez tengas razón; ya no quiero tenerme miedo á mí misma. Me miraré en el espejo, me vestiré y arreglaré ¿por qué no he de luchar yo también como todas las feas? ¿Quieres que haga una prueba? El primer día que venga ese buen Ceferino, yo le recibiré... Así sabré á qué atenerme...

Y como si se produjera ya en su tristeza un principio de reacción, los labios de Berta dibujaron una pálida sonrisa.

Desde ese día, en efecto, mostróse dispuesta á cumplir su promesa; empezó á «luchar», como decía; se esmeró en el vestir, recobrando su exquisita elegancia de otros tiempos, como que su cuerpo divino era siempre una maravilla de gracia y perfección; parecía como si, poco á poco, se habituara á contemplar sin horror su rostro descompuesto, y encontró desde el primer momento el arreglo de su magnífico cabello que disimulaba mejor su deforme perfil. Por fin, volvió á abrir su piano, y sus padres, al escuchar las conocidas melodías, tuvieron la ilusión de la pasada felicidad...

Así la encontró una tarde el solícito Ceferino. Berta se hallaba sola, y dijo á la sirvienta que hiciera entrar á la visita; había quedado preludiando en el piano, y sólo ella tenía el secreto de la emoción que hacía latir su pecho y temblar sus manos súbitamente heladas. Al oír los pasos de Méndez giró lentamente en su taburete y alargó su mano hacia el recién venido. Aunque la sombra crepuscular comenzaba á fundir los objetos, ella distinguía perfectamente las facciones del joven y hasta la expresión algo inmutada



de su fisonomía. Se dieron cordialmente la mano; y Berta, que estudiaba con avidez los indicios de la emoción que se reflejaba en aquel rostro sincero y jovial, experimentaba un sentimiento de asombro que se tornaba gradualmente en júbilo indecible.

Ceferino se había sentado en el sofá y la miraba con cierta curiosidad simpática y como vacilante, cual si procurara distinguir esas facciones conocidas. Berta no sabía que la brusca transición de la luz exterior á la sombra creciente la envolvía en una obscuridad casi completa para su visita, que no alcanzaba todavía á percibir sino el blanco conjunto de la cara y el contorno ondulante del perfil.

No hay que decir si Ceferino, ya repuesto de su pasajera emoción, ejecutó brillantemente el obligado tema sobre las inquietudes generales y particulares que inspirara la *indisposición* de Berta: «¡Jesús! Dios mío! ¡no se hablaba de otra cosa en Buenos Aires! Figúrese Vd. mi aflicción... Me daba un temblor general cada vez que interrogaba al doctor H. V... Y él, con su conocida amabilidad, me contestaba invariablemente: «No es nada ¿qué quiere usted que le diga?» ¡Excelente hombre! Ya se ve: para no aflijirme más... Y yo corría de casa en casa repitiendo á todos nuestros amigos: Bertita no está grave, ni rastro dejará la enfermedad; el doctor me acaba de dar los más minuciosos detalles...

Y así continuaba Ceferino su charla de agua corriente, sin reparar en el silencio preocupado de su amiga. Al fin, ésta murmuró:

—Le estoy á Vd. muy agradecida, Méndez; pero sus votos no se han realizado del todo: he quedado horriblemente desfigurada. He envejecido treinta años en un mes... Tengo miedo de asustar á mis mejores amigos...

Y él con un tonito de deliciosa zalamería:

— ¡Ah! ¡siempre mimosa! Si le repito á Vd. que no se conoce. Pero ¡qué tengo que decirle! Ya estará muy satisfecha de que es siempre la más encantadora de las criaturas... ¿Permite Vd. que le hable

con franqueza, Bertita? Y bien, yo desearía que estuviera Vd. no desfigurada — que eso nunca podría ser — pero sí algo desmejorada, para que viera así la verdad de mis sentimientos. ¿Acaso lo que se quiere es sólo la belleza? ¡Ah! Bertita : sepáselo, aún afeada por la viruela, habría quien recibiera su mano de rodillas...

Por supuesto que nunca el cumplido Ceferino se había arriesgado á tanto : acostumbrado á ver contenidos con tiempo sus arrebatos, tenía por norma ir siempre hasta dar con la frente en la pared. Berta, sentada al lado suyo en el sofá, parecía absorta en un pensamiento lejano y delicioso, y Ceferino tomaba por su cuenta este arrobamiento, recordando en sus adentros la conocida vulgaridad sobre aquel famoso *cuarto de hora*...

El hecho es que se deslizó en cuerpo y alma á los pies de Bertita, mientras ella abandonándole su mano, repetía como extrañada :

— ¡Será cierto, Dios mío! ¡Ah! ¡qué felicidad!

— Sí, es cierto, Berta mía, repetía el otro enajenado y resistiendo heroicamente á la incomodidad de la postura para su corpulencia.

Pero una luz que no era la aurora interrumpió al improvisado Romeo. Una sirvienta traía una lámpara encendida y cubierta por una pantalla que no dejaba pasar sino un círculo de luz horizontal. Colocada la lámpara en una mesa detrás de Berta, no aumentaba sensiblemente la claridad general, pues la línea de luz no se elevaba sino hasta el pecho de la muchacha. En cuanto hubo salido la mucama, Ceferino quiso continuar la conversación en el punto mismo donde la dejara; pero Berta, al parecer muy conmovida, retiró su mano, y le dijo con voz breve y algo ronca :

— No se ve nada aquí : hágame el servicio de subir la luz y quitar la pantalla...

— Á sus órdenes como siempre, hermosa Bertita, contestó el complaciente enamorado; y mientras ejecutaba la operación indicada, repetía apasionadamente dando vueltas al tornillo de la lámpara : al fin voy á verla á Vd. mejor, mi Bertita ado...

El resplandor de la lámpara de petróleo cayó de lleno y crudamente en la cara de Berta, iluminando los espantosos estigmas de la enfermedad en su estragado cutis. Ceferino, que se había vuelto para verla mejor, quedó petrificado, con los ojos dilatados por el estupor, cual delante de una cabeza de Medusa, dejando á medio concluir la comenzada frase.

La joven cerró los ojos como si recibiera una puñalada en el corazón; pero se había avezado al dolor durante un mes de torturas, y encontrando valor en su mismo orgullo herido, tuvo fuerza para sonreirse amargamente y preguntar al joven que quedaba en pie, anonadado.

—¿Cómo decía, pues, señor Méndez?...

—Voy á decirle á Vd., Berta, balbuceaba el pobre diablo sin acertar á reponerse aún, y desviando instintivamente la mirada: le explicaré á Vd... tal vez, la haya ofendido... creo que me he propasado... Le pido á Vd. mil perdones...

Y á cada instante lanzaba una rápida mirada hacia Berta, bajando al punto los ojos como los niños asustados ante una efigie del diablo.

Entonces ella se levantó terrible, bajo el furor concentrado de su última esperanza muerta, y fulminó al instrumento inconsciente de su decepción con la palabra y el ademán:

—¡Creo que se atrevía Vd. á hablarme de amor! ¿Cómo ha podido Vd. pensar, ridículo muñeco, que aun desfigurada y herida por la desgracia, pero guardando mi alma intacta, descendería hasta Vd... ¡Lleve á quien las merezca sus grotescas protestas! ¡Retírese de aquí..!

— No se exalte Vd., señorita Berta, murmuró apresuradamente Ceferino, que ya tenía su sombrero en la mano: ha sido un error, se lo garantizo. Nunca volverá á suceder. ¡Jesus, Dios mío! Á los pies de Vd., Bertita. ¡Mis respetos á su mamá!...

Y salió caminando para atrás, con despavoridos saludos á diestra y siniestra.

Berta se dejó caer en un sofá, y hundiendo las uñas en su rostro maldecido, rompió á sollozar convulsivamente, mientras repetía con voz sorda y entrecortada:

— Es la última humillación. No esperaré la que me mataría. ¡Estoy perdida!

#### IV

Como la enfermedad de Berta coincidiera con la ausencia de la madre de Fernando, que había salido á pasar una temporada en el campo, ella no supo lo ocurrido sino despues de la curación. Apenas llegada á Buenos Aires, se apresuró á visitar á la familia; pero esto pasaba en las primeras semanas que siguieron el ataque, cuando la joven, presa aún de su horror profundo por el mundo, se negaba á recibir á cuantos la visitaban. Á pesar, pues, de las súplicas de la familia, no quiso hacer excepción para la que poco antes llamara su segunda madre. Esta respetó ese dolor inmenso, y como era tarde ya para prevenir á Fernando, que estaba á punto de embarcarse, se limitó á esperar la llegada de su hijo, cuya presencia resolvería la dolorosa situación. Ella quería entrañablemente á Berta; y no pudiendo apreciar exactamente los estragos del ataque, á pesar de las veladas confidencias de la familia, atribuía á escrúpulos excesivos y coquetería mujeril la huraña desesperación de la muchacha.

Al día siguiente de la escena que hemos referido, Berta declaró á sus padres que estaba resuelta á devolver su palabra á Fernando, y pedía que se llamara á la madre para comunicarle ella misma su irrevocable resolución. Todas las observaciones y súplicas fueron inútiles, y el señor Lemos, que temía una resolución desesperada, hubo de ceder á la exigencia de su hija. Fué personalmente á traer á su prima.

Berta la recibió sola en el salón, cubierto el rostro por un velo

negro que disimulaba sus facciones. Después de las dolorosas efusiones del principio, repitió á la señora lo que anunciara á sus padres la víspera: no podía ser esposa de Fernando; le amaba demasiado para imponerle este sacrificio. Y como la madre le pintara la pasión de su hijo, que nada era capaz de mudar, la joven, en un brusco ademán de resolución trágica, levantó el velo que cubría su cabeza. La señora no tuvo tiempo para preparar su actitud, y retrocediendo á pesar suyo ante el horror del descubrimiento, dió un grito agudo, desesperante, inexorable para la víctima, que cayó en un sofá.

Después de un angustioso silencio, la madre de Fernando se acercó á ella, y tomándole una mano entre las suyas, la miró largamente con infinita ternura, murmurando: ¡Pobre hija mía! Luego apoyó sus labios en la frente de Berta, que lloraba desesperadamente. Al fin ésta enjugó sus lágrimas y dijo con resignación desgarradora:

— Ya ve Vd., mi tía, que eso es imposible.

— No, replicó la madre; ha sido un momento de sorpresa, y te pido perdón. Ya me acostumbraré, como tu madre. Y él también, después de los primeros instantes, no recordará sino á la que siempre adoró.

— No es lo mismo, contestó Berta, moviendo la cabeza; conozco la nobleza de Fernando, sé que aceptaría el sacrificio, pero no se lo quiero imponer. Quiero ser la única desgraciada. Comprendo que va á sufrir un golpe terrible. Pero es joven, tiene un gran porvenir y se consolará. Además, mi tía, debo velar también por el honor de Fernando: yo soy rica y él es pobre. Antes, él podía decir con fundado orgullo que mi fortuna no era sino el último incentivo de mi persona: hoy es el único— y el hombre que diera su nombre á este espantajo cubierto de oro, quedaría deshonorado. No insista Vd., se lo suplico en nombre de su hijo. Cuando llegue le dará Vd. esta carta.

Berta enseñó á la señora una carta abierta, que ésta tomó maquinalmente.

— Y ahora, agregó la joven, Vd. me ha comprendido, y creo que más tarde aprobará mi resolución. No quiero sufrir ante él la

tortura de mi decadencia. ¡Que él no intente verme, por caridad! Cualquiera tentativa que hiciera precipitaría una decisión que aplazo para no desesperar á mi madre. El convento será mi único refugio. Aquí doy á Fernando el último adiós...

## V

Ese año, el baile que tuvo lugar en el Club del Progreso, el martes de Carnaval, ofreció el rasgo original de parecerse á todas las tertulias de disfraz allí habidas y por haber. Á las doce, el inmenso salón pintado de blanco y oro rebosaba de parejas ruidosamente picoteras ó misteriosamente cuchicheadoras, que se mecían al compás de la Habanera de Bizet, haciendo un gasto extraordinario de chistes muy espirituales y generalmente inéditos. La monotonía de los disfraces femeninos armonizaba con la rigurosa uniformidad de las corbatas y fracs masculinos. Apenas si una docena de trajes de escasa fantasía se destacaban sobre el fondo de los dominós tradicionales, como un puñado de amapolas en campo obscuro. *Domino Deo nostro*: tal es y será todavía por mucho tiempo la sagrada divisa de la alta sociedad porteña, que parece no quiere abdicar sus creencias ni aun durante el Carnaval. Entraban, pues, y salían á cada instante, en perpetuo vaivén, los dominós negros, abriéndose paso por los grupos de hombres parados en los umbrales de las puertas, en los pasadizos adornados con plantas y flores; — y los más vecinos á la escalera designaban por sus nombres á las máscaras que subían lentamente, apoyadas en el pasamano de terciopelo carmesí, mirando con fingido atrevimiento á sus escrutadores y creyéndose desconocidas. Algunas lo eran efectivamente, pero esas, al entrar en el pasadizo, doblaban instintivamente hacia el salón de baile, en lugar de dirigirse hacia el tocador de la derecha, y este primer tropiezo de la forastera señalaba la pista á los mirones.

En uno de esos grupos de jóvenes se encontraba Fernando, llega-

do de Europa un par de meses antes y que hacía esa noche su primera aparición en el Club. Á pesar de estar algo pálido y como envejecido prematuramente, se reía el también junto con los otros, que de vez en cuando lanzaban una alusión á su reciente *viudez*. Todos sus amigos conocían el triste desenlace de sus amores. Algunos habían comprendido y hasta compartido su tristeza durante las primeras semanas. Pero ¡ qué diablos! la cosa no tenía remedio, y era mejor buscar el olvido en la distracción. Era sabida de todo Buenos Aires la resolución de Berta, que debía retirarse á un convento, y tan sabida, que ya no se hablaba de ella. El honor estaba á salvo: la muchacha se había negado tenazmente á recibir á Fernando, que ya no creyó que fuera delicado insistir. Á lo hecho, pecho; y, como decía graciosamente Ceferino, que hacía revolotear su bartola por allí cerca: « era tiempo ya de buscar el segundo clavo que debía sacar al primero ». Y Fernando se reía también, con cierta risa nerviosa que hacía crugir bajo el guante sus crispados dedos.

Comenzaban á derramarse por el salón del ambigú y el jardin-cito de invierno las parejas amigas del silencio y de la relativa soledad. En el gran salón se conocía que el baile llegaba á su apogeo, por la imposibilidad absoluta de bailar sin estrellarse contra un escollo humano. La concurrencia enorme se desalojaba lenta y penosamente como una masa líquida á punto de coagularse. El murmullo de las conversaciones á media voz cubría los acordes de la orquesta. Las parejas empezaban á olvidarse del mundo en esa pública al par que secreta intimidad; los jóvenes no tenían que ostentar esa sonrisa satisfecha y estereotipada que proclama á diez pasos una intriga interesante y misteriosa; y algunas mujeres, bajo su antifaz transparente, alzaban ya para uno solo sus lánguidas miradas, abandonando la eterna vocecita chillona que tutea en falsete, por el velado acento de la confidencia trémula...

Fernando había quedado solo, de pie en el umbral de una puerta, y paseando en la oleada humana que bullía en el salón, su mirada distraída y como ajena al espectáculo. Ahora que no tenía que fin-

gir delante de sus burlones compañeros, su fisonomía había vuelto insensiblemente á su natural expresión de cansancio y amargura. Él era enemigo de tomar actitudes de anticuada y romántica melancolía; en ese momento no tenía conciencia de su situación, y no reparaba por cierto en la ávida mirada que tenía fija en él una máscara sentada en el ángulo vecino. El traje de raso negro descubría su cuello y sus brazos de forma admirable; una delgada media luna de oro, incrustada de brillantes, resplandecía en la nube negra de su cabellera, y bajo el antifaz de seda que le cubría la cara, los ojos de obscuro diamante vibraban sobre el joven tan intensa y magnética mirada, que la de Fernando, como atraída por fuerza oculta, giró lentamente hasta clavarse en ella. Tuvo un ligero estremecimiento. Entonces ella se levantó, desplegando su regia estatura y esa elegancia soberana que la revelaban, como á la diosa de Virgilio; pero aun antes de haberse acercado para pedir el brazo de Fernando, éste la había reconocido.

Se alejaron paso á paso, perdiéndose en el tumulto de la concurrencia, como para dar un pretexto á su prolongado silencio. Ella sentía el temblor nervioso del brazo en que se apoyaba, y él podía escuchar el jadeo rápido de su respiración, cual después de precipitada carrera. Al fin, ella rompió el silencio, pero aunque hablaba en su voz natural, ésta salía como disfrazada por el velo que cubría sus labios ó la emoción de su acento.

—¿ En qué pensaba Vd. don Fernando? murmuró con fingida jovialidad; tan triste ó preocupado le ví, que me dió lástima...

— Ya era tiempo, repuso él con amargura.

— Tiempo ¿de qué? ¿de tenerle lástima? Veo que usted está dispuesto á pedir consuelos á quien no se los debe. Siento el chasco por mi amiga Berta, y se lo he de contar...

— Sí: cuéntele Vd. también que desde mi vuelta, no ha transcurrido una hora sin que maldijera su memoria, y pidiera á Dios la gracia de aborrecerla, ya que no la podía olvidar. Dígale que me ha visto en el baile, tan contento y divertido, que meditaba el medio



menos cruel de anunciar á mi madre mi próxima partida para el ejército del Perú; y agregue, Vd., si gusta, que ella es quien me va á matar con más certeza que las balas chilenas...

— ¡ Fernando ! exclamó la joven con acento suplicante ¿ es posible que Vd. haya dudado de mí ? ¡ Ah ! ¡ este sufrimiento faltaba á mi desgracia ! No he querido que me viera Vd., para no leer en su cara la sentencia de una repugnancia invencible ; he venido esta noche para darle el adiós supremo, y llevar á mi eterna soledad el último rayo de sus ojos amados...

Habían llegado al extremo del salón, cerca de la orquesta, y doblaron á la izquierda para refugiarse en el pasadizo lleno de cactus y palmeras. Se sentaron en el sofá del ángulo más desierto, y el vasto rumor de la orquesta, fundiendo las mil conversaciones que se escapaban del salón y del ambigú vecino, cubría con su irónico acompañamiento de fiesta la queja trémula de sus angustias. Fernando recorría con apasionada mirada el cuerpo de Berta, su seno de alabastro que emergía del negro vestido, su frente pura y su cuello de estatua ; la veía bella, irresistible, como antes, no pareciéndole posible que aquella voz de cristal se escapara de una máscara deforme. La amaba siempre, más que nunca ; se embriagaba al aspirar el perfume de aquella carne deslumbrante, y hundiendo su mirada ardiente en los oscuros vacíos de la careta, donde brillaban dos negras pupilas misteriosas, repetía sordamente :

— ¡ Berta, Berta : nada podrá arrancarte de mi alma ! Mi amor es más fuerte que las traiciones de la vida, sería más invencible que la muerte. ¿ Qué cambio funesto puede haber en tí, que no se me haga visible en este instante ? Oigo tu voz amada, contemplo tu cuerpo, tu adorado perfil : dame esa mano que es mía y vale por sí sola un tesoro sin cuento. Sí, mi madre me decía que tu belleza estaba marchita : pero ¡ qué saben de la belleza los que no aman ! Lo que veo de tí en este momento basta para mi eterna felicidad. Te quiero, ¿ entiendes ? te quiero y desafío al cielo á que me arranque del pecho este amor...

— ¡ Oh ! mi Fernando, murmuró la desgraciada con voz desfalle-

ciente, y contemplando con desesperación al que amaba más que á todo en la tierra: quisiera que se incrustara en mi carne esta máscara que oculta mi fealdad y me permite escucharte, verte á mi lado sin causarte horror. Comprende mi tortura: te amo como nunca se ha amado. Viviría dichosa con estar á tu lado, como una humilde esclava, con tal de no ver tu mirada desviarse de mí con aversión. Pero, escucha, Fernando. Esa expresión de insuperable repugnancia, la he leído en los ojos de un hombre que me juraba amor antes de verme desfigurada. Sí, he tenido por causa tuya este valor sobrehumano: he tenido con otro el anticipado experimento de la repulsión que había de inspirarte. Y he jurado entonces que no me expondría á sufrirla en tu presencia, porque tu desvío me había de matar. ¡Ah! nunca hubo martirio igual al mío! Veo tus ojos llenos de pasión, oigo tus palabras ardientes y sé que van dirigidas á otra que sueñas viva bajo esta careta. Tengo celos morales de esa Berta de ayer que ha muerto para siempre...

Y al tiempo que concluía estas palabras con entrecortada voz, la pobre muchacha dejó escapar dos lágrimas que se perdieron tras de su máscara de seda. Pero esta confesión, lejos de convencer á Fernando, pareció que exaltaba más aún la pasión que le enardecía la sangre. Berta estaba realmente irresistible, con ese misterioso atractivo del antifaz, que nadie ha podido hasta ahora desconocer ni explicar. Traía el recuerdo de esos fatales amores de sortilegio, obtenidos por la magia de un encantamiento, en que el iniciado aprecio de su alma vendida á Satanás, evocaba del sepulcro por una noche á la amante difunta, bajo el juramento de no pronunciar una palabra santa que destruiría súbitamente el hechizo, no dejando sino un monstruo helado en brazos del amante sacrílego...

Fernando, fuera de sí, recorrió el retrete con una rápida mirada; estaba desierto, tomó entonces la mano de Berta en la suya, y, pasando alrededor de su talle el otro brazo, atrajo á sus labios aquella perfumada cabeza. Ella no le rechazó, pero se alzó en un ademán de púdica sorpresa, y dijo con un suspiro:

— Fernando, volvamos al salón te lo suplico...

Pero su vehemente deseo se exasperó por la actitud de Berta : arrostró como un torrente impetuoso todos los miramientos y respetos mundanos, y, bruscamente, en un raptó de fiebre y delirio, arrancó la careta. Aquello duró un segundo y fué terrible. Durante ese segundo, á la luz de un relámpago, la joven percibió el espanto súbito é implacable que se pintaba en el rostro de su amante, vió su brazo bruscamente tendido como para rechazar una visión tremenda, y ese instintivo ademán la hirió más hondamente que un puñal clavado en su pecho. Dió un grito degarrador y cayó rígida en la alfombra...

Fernando huyó despavorido, como un criminal que deja un cadáver en su camino.

DELIO MIRANDA.

## LA CASA DEL SOL

---

Los incas del Perú constituyeron poderosas dinastías y gobernaron un imperio dotado de grandes recursos mineros y agrícolas cuyas fronteras se dilataron hacia el norte hasta el Ecuador, y con rumbo al mediodía tocaron el sud de la actual provincia argentina de Córdoba.

Ese pueblo, que tan extraordinaria expansión territorial pudo alcanzar, no era una raza bárbara ó simplemente guerrera; en pos del influjo de la fuerza, llevaba el poder de una civilización y una cultura avanzada que había adquirido como su más digno mérito. Los quichuas tenían capacidad para colonizar territorios incultos, y atributos de sociabilidad y de gobierno con que superar y asimilar las razas indómitas que sus armas sometían. Les hacían conocer la industria de las telas, la agricultura, las postas, la irrigación, y les enseñaban su religión nacional, fundada en el culto del Sol.

Á su vez, la conquista española dominó territorios y sometió tribus indígenas que habían experimentado un desgaste de su barbarie primitiva en contacto con esa otra civilización: habían recibido el influjo de la cultura indiana desde Jujuy hasta Córdoba y la zona de Cuyo, en la forma demostrada con pluma magistral por el eminente historiador nacional doctor Vicente Fidel López, en el tomo I de su *Historia Argentina*.

El señor López, para seguir las huellas de la conquista incásica y examinar la transcendencia y el valor político de sus planes, no ha ido á recoger leyendas fabulosas que al través de un brumoso pasado transparentan las glorias épicas de aquel pueblo, que tuvo la desdicha de ver destruídos sus archivos por la ceguedad del conquistador, sino que ha reconstruído—en vastos lineamientos,— el cuadro donde se engrandeci6, buscando sus fuentes más perdurables: ha investigado la nomenclatura geográfica del suelo argentino, relacionada con sus accidentes físicos, los ríos, los valles, los cerros, hasta aclarar la etnología lingüística de cada nombre.

De esta manera una multitud de denominaciones quichuas descubrirían el itinerario exacto que debieron realizar los ejércitos de los incas. Desde el norte de Jujuy hasta el sud de Córdoba, el señor López encontraba designaciones geográficas bautizadas con vocablos pertenecientes á la lengua quichua, mientras que de allí á Buenos Aires, los nombres de lugares pertenecían á idiomas de razas bárbaras.

En la provincia de Córdoba, en la pintoresca zona de las serranías que se extienden de norte á sud, en el occidente de su territorio, se habla generalmente de un lugar que todos llaman *Inti Huasi*, término quichua cuya significación castellana es *Casa del Sol*.

El señor López menciona esta *Casa del Sol* en el capítulo segundo del primer tomo de su *Historia Argentina*, é incurre en una inexactitud de detalle, muy explicable, puesto que la escribió después de muchos años, fundado en los recuerdos de su juventud, con las impresiones ligeras de un viaje precipitado, tan susceptible de confusión.

La *Casa del Sol* no se encuentra á ocho leguas al norte de Córdoba, como lo afirma, sino á 47 ó 49, y se levanta entre serranías cuyo acceso hay que hacerlo salvando cuestas y pendientes fragosas.

La indicación del lugar que en la provincia de Córdoba denominan *Casa del Sol* está hecha por el naturalista Brackebusch en la latitud  $30^{\circ}8'$ , longitud  $63^{\circ}48'$  y figura en el libro de *Alturas de*

*la República Argentina*, por Arturo Seelstrang, con 450 metros de elevación sobre el nivel del mar.

Se habla de la *Casa del Sol* con tan evidente exageración, que á la distancia maravillosos detalles le imprimen prestigios atrayentes para el viajero, y tiene influencia sugestiva para que, con un curioso interés, se salven las dificultades que presentan para el acceso los parajes desamparados en que se encuentra.

Desde lejos el nombre de ese lugar hace pensar que es una huella permanente que ha dejado una raza de grande influjo en los remotos tiempos precolombinos, y á la que no es ajena la civilización argentina. El recuerdo del viajero vuelve seiscientos años hacia el pasado y restablece la acción y la historia de una raza casi olvidada, que ya no existe ni domina.

Una nación que disfrutó de los halagos de la gloria y de la supremacía política; que fué grande, absorbente, civilizadora y famosa para caer al fin exánime, en contacto violento con extraños elementos étnicos, constituye algo sobre lo cual la imaginación jamás puede pasar con indiferencia y sin dejar de formular la eterna reflexión filosófica de la inconsistencia humana.

Los quichuas imperaron bajo el influjo de la conquista y á su vez cayeron sometidos á la dura ley de la fuerza. La escena que ellos llenaron fué ocupada con estrépito por otros actores, y de su obra fecunda, en gestación, se les arrebató los beneficios para que fueran en el porvenir á formar el timbre de otra raza; y los hijos del Sol se entremezclaron entre los muertos del pasado.

Veintiocho leguas al norte de la ciudad de Córdoba, se encuentra una población pequeña llamada *San José de la Dormida*. En otro tiempo era estación obligada en el itinerario hacia Santiago y Tucumán; pero hoy los ferrocarriles han alterado las rutas, y aquel pueblo ha quedado sepultado en su insignificancia, entre el silencio de los montes de algarrobos que lo circundan.

De este punto, avanzando ocho leguas, se encuentra un pequeño valle donde existe una pobrealdea formada por una docena de ranchos

que se denominan *Charqui Cañada*; lugar que si nada debe al esfuerzo humano, en cambio no le han faltado favores de la naturaleza para ser hermoso, sano y tranquilo como para una mansión patriarcal.

El anochecer, en este punto, es digno de interés: allí se produce el bello fenómeno de la refracción atmosférica. El crepúsculo, prolongado por largo tiempo, al cerrar la noche, deja el valle inundado de claridad. Poco después, la diafanidad del cielo muestra la vislumbre de las estrellas con perfecta nitidez, en un círculo trazado por los picos de los cerros que lo circundan á manera de un vasto anfiteatro de piedra.

El trayecto se hace recorriendo en su mayor parte valles y quebradas, salvando la cuenca arenosa de dos ríos llamados *Guayascate* y *Pisko Huasi*, — este último vocablo quichua significa *casa del pájaro*.

En aquel paraje no existe ferrocarril ni telégrafos, y la poca gente que lo habita vegeta tristemente en el cuidado de un escaso número de vacas y cabras.

Á tres leguas de *Charqui Cañada*, en el departamento de Tulumba, se halla lo que los moradores de aquellas zonas de la provincia conocen por *Casa del Sol* ó *Inti Huasi*, nombre tradicional cuyo origen arranca desde tiempos remotos.

La *Casa del Sol* se encuentra en el extremo de un cerro de poca elevación y de un aspecto singular. La entrada es embarazosa y hay que hacerla por el norte, pues la parte más accesible está en un pequeño valle al cual da frente el cerro, valle cubierto totalmente por un monte espeso de garabatos y malezas, incluso el charqui, que es un arbusto espinoso.

Después de flanquear el valle por una senda estrecha y semi-obstruída, se presenta una masa compacta de rocas rojizas, con el aspecto de una techumbre de edificio arruinado, cuyas paredes estuvieran sepultadas. Á la distancia se asemeja á una edificación de material con sus techos enmohecidos, pero todo es obra de la na-

turaleza : por allí no es creíble que haya pasado la mano del hombre. Ellas, en realidad, forman una amplia é irregular plataforma de piedra, con una rampa desigual y de suave declive al sudoeste. El aspecto de semejante plataforma sugiere analogías comparables con los detalles consignados en la obra del historiador Pí y Margall—*Historia general de América*—al describir los monumentos del Perú, en la serie de pequeños círculos inclinados los unos á los otros, que bordan la totalidad de su superficie.

Inmediatamente de franquear aquella portada singular, haciendo la marcha por el círculo del valle, se encuentra á los pocos pasos el cerro que sustenta la que propiamente se llama *Casa del Sol*, y consiste en una amplia galería labrada por las aguas en la falda de aquel cerro, mirando hacia el N.N.E.

El río, que probablemente ha escavado esta bóveda, tiene su cuenca casi borrada al pie de la masa de rocas que le sirve de portada. Además, á espaldas del cerro, desliza su corriente un arroyuelo.

El extremo derecho de la gruta ó corredor se interna como tres metros formando una cavidad estrecha, y al terminar muestra un orificio que se pierde en las paredes del cerro hacia la izquierda, y es la entrada de una cueva muy apropiada para fieras, pero de ningún modo para que penetren seres humanos. Un hombre que intentara introducirse por aquella abertura podría hacerlo en el caso que el poco volumen de su cuerpo se lo permitiera; pero si tratara de retroceder le sería imposible girar.

En resumen, esta cavidad es el resultado de la estratificación de tres grandes rocas : dos masas laterales que se estrechan tendiendo á formar el vértice de un ángulo muy agudo, y una tercera que le sirve de techumbre.

En conjunto, la parte del cerro que contiene la galería, afecta, principalmente en la cima, la figura de un óvalo, y la extremidad es muy curiosa : tiene la forma que le ha impreso el desgaste de los torrentes que la sacudieron en otras épocas, semejando con gran parecido la popa de un buque suspenso sobre las aguas.



En la parte opuesta á la gruta, el cerro muestra dos cavidades como auriculares: la una abraza una gran curva de corte regular, circunstancia que hace no del todo desechable la idea de que por allí pudiera haber andado la mano del hombre. La primera de estas aberturas muestra la entrada de tres intersticios que se internan desde su fondo á la izquierda, á la derecha y al frente, comunicando probablemente con la gruta del lado opuesto. Siguiendo hacia la derecha, se encuentra otra abertura más pequeña que tiene igualmente un intersticio redondo que se hunde en las rocas hacia la izquierda y comunica con la anterior.

La cima del cerro no pasa de ocho metros de elevación; su acceso se hace por una especie de escalinata y presenta el mismo aspecto singular que las rocas de la plataforma, en lo que se refiere al color y á los circulillos desiguales que lo revisten y le dan una débil analogía con los tejados de un edificio colonial.

He ahí descrita con todos sus detalles insignificantes la *Casa del Sol*, en su totalidad obra de la naturaleza; corrientes violentas de agua, techos de grava que azotaron las paredes y cubrieron de líquido disolvente la fisonomía pulimentada que hoy muestra.

Esta elaboración natural es indudable que tiene algo que ver con los quichuas. Refiere la gente del lugar que, á la salida del sol, el primer punto que éste hiere con sus rayos es el fondo de la galería, donde se enfocan en un instante rapidísimo.

El más ilustrado de los cronistas de las cosas del Perú, el Padre José Acosta, en su *Historia Natural y Civil de las Indias*, explica cómo *Puchacamac*, ídolo de Isol burilado en oro, estaba siempre colocado hacia el oriente en tal forma que, al presentarse el astro en el horizonte, lo bañaba con sus rayos y parecía otro sol.

Observa Pí y Margall que los templos y monumentos religiosos de los incas no están contruídos bajo una regla fija é invariable; á veces levantaban un pequeño cerro artificial de adobe y tierra, ó hacían construcciones megalíticas ó monolíticas, con grandes masas de piedra de un solo trozo.

En el presente caso hay que renunciar á buscarle analogías con obras congéneres. La explicación de lugares que tuvieron destino religioso, la da Pedro de Cieza de León, en *La Crónica del Perú*, cuando al describir el suntuoso templo de *Puchacamac*, dice que los incas mandaban que en las tierras conquistadas se erigieran templos y *adoratorios* al sol.

Y lo que parece indudable, lo que confirma el nombre tradicional de *Casa del Sol* que lleva, es que fué un lugar de oración, un sitio apropiado para efectuar las solemnidades del culto. Brindado por la naturaleza, mediante algunas modificaciones artificiales, lo consagraron como sitio para venerar su divinidad.

No es, seguramente, ni ha podido ser un templo, sino un simple local de oración, el más apropiado tal vez para la consagración religiosa que las circunstancias les proporcionaron.

Para unas tribus bárbaras, cuyo sometimiento absoluto no pudo obtenerse en un largo período, no podría exigirse ni es lógico esperar un gran movimiento religioso, de esos que revelan con medida exacta el arte de una nación.

Para la enseñanza del culto á unas tribus salvajes pobladoras de agrestes y lejanos territorios, bastaba un modesto adoratorio, en un local improvisado para satisfacer las necesidades más imperiosas, y es lo que hicieron los aventajados quichuas en la *Casa del Sol*.

DAMIÁN MENÉNDEZ.

## JACINTO GALLINA

---

Italia, preocupada entonces por los prisioneros que no tornaban, por la cuestión de Oriente y más todavía por las nuevas elecciones, no ha llorado bastante á uno de sus hijos ilustres, recientemente desaparecido en la flor de los años, Jacinto Gallina, artista verdadero, de corazón y de cerebro, quizá el único comediógrafo digno de ser llamado discípulo de Goldoni.

El teatro italiano que con Goldoni abre y cierra una faz espléndida de su historia, había iniciado con Gallina una era fecunda, llenando una laguna en este ramo de la literatura, en verdad inexplicable, en una nación tan rica en todo tiempo de genios y de tradiciones literarias.

Entre Goldoni y Gallina hay un siglo rico de tentativas, pero pobre de resultados para la comedia. Los nombres de Ceroni, Botto, Uda, Coppola, Montecorboli, A., son recordados como los de Plauto y de Menandro, sin tener por otra parte la aureola del clasicismo. Mucho es ya que en los teatros se den de vez en cuando *La muerte Civil* de Giacometti ó *Goldoni y sus dieciseis comedias*, de Ferrari, ó alguna otra comedia de Gherardi del Testa. Los demás duermen el sueño de los justos.

No es, por lo tanto, exagerado considerar una desgracia nacional

para Italia la desaparición de la escena del mundo de este escritor, que sabía reproducir tan bien en el teatro esa escena misma. Es la segunda desgracia que acaece al teatro italiano, después de aquella producida por Victor Bersezio, retirándose del arte, en seguida de un verdadero é indiscutido triunfo con las *Desgracias del señor Travetti*.

Gallina murió pobre, como vivió; sucedíale en cierto modo lo que su padre le pronosticaba. Cuando le referían alguna escapada del hijo, profetizaba con estas palabras: « ¡Acabará mal, acabará mal ! » En los últimos tiempos, á propuesta del Consejo Selvático, la municipalidad de Venecia le había asignado una pensión en vida como guardador de los manuscritos que los comediógrafos donaban á la biblioteca de la ciudad. Al mismo tiempo se le erigía un busto de bronce en el atrio del teatro Goldoni. Pequeñas compensaciones para quien aspiraba á un renacimiento verdadero del arte italiano; interesados anticipos de quienes debían negar más tarde al amigo la asistencia de una religión que es consuelo de los moribundos y única que podía tranquilizar á la compañera del pobre artista que en su lecho de muerte y delante del oficial de estado civil declaró por su mujer.

Su vida se cuenta pronto, porque es breve y simple como su alma. Imaginad un hombre concienzudo y de genio, pero sin dinero, que deseoso de seguir las huellas del gran padre Goldoni y falto de un público dispuesto á secundarle y de una compañía que le aliente, se ve obligado, contra su ideal de vida patriarcal y contra los intereses del arte difícil hacia el que tiende, á constituirse en director de una compañía de comediantes, sufriendo la vida vagabunda, las inseguridades financieras, los engaños y las bancarrotas inevitables. Os habéis imaginado las eternas batallas de la vida.

La parte íntima de esta vida es una observación continua, una lucha tremenda contra sí mismo y por su arte, una crítica despiadada á las producciones de su propio ingenio, á su juicio siempre deficientes é imperfectas.

El nombre de Gallina comienza á adquirir notoriedad después

del 70. Antes de esta fecha había pasado los años fortificando su débil constitución física con medicinas y maltratando el violoncello, que su padre quería aprendiese.

Por fortuna, á los 18 años le acometió la fiebre de escribir para el teatro, y dió á luz, una tras otra, las comedias *La Hipocresía* (1870) y *La ambición de un obrero*. Representadas en el teatro Goldoni de Venecia, no gustaron, pero alguien vió en ellas la *unguis leonis*. El comediógrafo no había hallado todavía su senda; se la indicó Anzolo Moro, aconsejándole leyese alguna comedia de Goldoni. Fué aquella una revelación para su genio. Un año después (1872) escribía *Disputas en familia*, calcada en la de Goldoni. La empresa del teatro Armonía, de Trieste, se empeña en ponerla en escena. Llega la noche de la primera representación; Gallina hallábase en Venecia, como profesor de violoncello en la orquesta del teatro Rossini. Pide permiso para ausentarse por aquella noche; el maestro de orquesta se lo niega; entonces deja plantados al maestro, orquesta y violoncello y atraviesa el Adriático. Así Jacinto pasaba el Rubicón del arte. Desde ese día, Italia contó un mal músico menos y un gran comediógrafo más.

Llegó la época del reclutamiento, y escogió á Milán para cumplir su plazo. Fué un mal soldado, como había sido un mal violoncellista, pero también aquí sin perjuicio para él, al contrario. En Milán conoció á León Fortis y á Pablo Fambri; en el cuartel escribió *Le serve al pozzo*, *El moroso de la nona* (1873), *Oci del cor* (1878), *Guente di novo*, *Amor in paruca*, *Così va il mondo bimba mia*, (1882), *Esmeralda* y la inmortal *Serenísima*.

Muy largo y fuera de lugar sería dar una idea de todas sus comedias; baste decir que están hechas en el molde de las de Goldoni, y que las mejores son aquellas que retratan la Venecia de nuestros días (*Serenísima*, *Disputas en familia*, *Base de todo*).

*Base de todo* fué la última. Para ponerla en escena fué á Milán en 1894 al Filodramático, y obtuvo en aquella ocasión aplausos más vivos y unánimes que los de veintidos años antes. Se enfermó

allí de fiebre tifoidea. Ganó el lecho el 5 de diciembre, y se levantó á principios de enero de 1895. Hablaba de todo menos de su enfermedad, y no estaba bien persuadido de haber vuelto á la vida; recordaba solamente el fenómeno del « desdoblamiento ». Le parecía siempre ser doble. Cuando le daban de beber preguntaba: « ¿Y al otro no le dais nada? » Le ponían hielo en la cabeza, le acomodaban las almohadas y preguntaba de nuevo: « ¿Y al otro no le hacéis nada? » Y sonriente, concluía diciendo: — « Me parece haberme convertido en gallina con dos cabezas ».

Costetti, en *El libro de las confesiones* (1888) publicó las respuestas de los mejores comediógrafos italianos á propósito de los procedimientos que usaban para dar á luz una comedia. No sé por qué entre los interrogados no estuviese también Gallina. De todos modos, me place hacer notar que esta negligencia, bastante criticable, no fué perjudicial en sus efectos, ya que él, como casi todos los interrogados, después de haber agotado el tema, habría contestado: « Ni yo mismo lo sé ». Escribía cuando había elaborado mucho en la mente la materia prima de la comedia: el asunto, esto es, el enredo; y aun entonces escribir le resultaba fastidioso y difícil. Tenía un alto concepto del arte y sobre todo el culto de la verdad. Á este respecto, Bocardi narra la siguiente anédocta: Moro Lin, en Trieste, después de haber anunciado por muchas noches consecutivas la nueva comedia de Gallina, y no habiendo podido obtener más que dos de los tres actos, cansado de esperar en vano se dirigió furioso al alojamiento del escritor y se hizo dar la palabra de honor de que no saldría más de su casa sin terminar el trabajo. Á la noche mandó un colega á casa del amigo y cuando aquel volvió: « ¿Y bien, le hallaste? » — « ¡Seguro que le hallé! Estaba jugando á la lotería con los niños de la patrona ». Pero terminado el juego sentóse en el escritorio, y antes del día la comedia estaba concluída.

Su ideal en el arte, he dicho ya al principio cuál era; así lo resume el conspicuo crítico G. A. Monari: « En 25 años de labor, Jacinto Gallina no ha hecho nunca una afrenta á su ideal estético: el arte

noble y digno, el cual no sólo refleja la vida real sino que le infunde esa parte de poesía y de individualidad, que deleitando y conmoviendo, instruye. La fantasía no le ofuscó el criterio, y el criterio le mantuvo siempre alejado de lo triste y de lo trivial ».

Y de veras que era una necesidad sentida la de un arte sereno, real, inteligible. « Entre tanto verismo — dice Leo Castelnovo — que corrompe el espíritu y envenena el paladar, él sólo quizás en toda la Italia y fuera de ella supo conservar en la escena, pura, inmaculada, esa escuela que hace bien al corazón, alegra el espíritu y vuelve bueno al que escucha. Un arte así concebido, así ejecutado, requiere mucho trabajo y mucha lima. Gallina, en efecto, trabajaba mucho y pulía mucho; si el diálogo hacía una arruga, la comedia iba al canasto ó al cajón del escritorio, y no había medios de persuadirle á que la diera; hasta que un buen día las pequeñas faltas desaparecían con la corrección, y entonces la comedia se representaba y era aplaudida en todas partes. Las principales comedias de Gallina han pasado á la historia literaria italiana como obras clásicas, y como las de Goldoni tendrán siempre el honor de la escena. »

Este deseo, esta sed de lo verdadero y de lo humano llegaba hasta la exageración. El principio y el fin de una comedia constituían para Gallina dificultades y molestias inmensas. Para ponerse á escribir necesitaba paz y alegría de espíritu, y al llegar á la dificultad final decía: « Este es el problema... cómo se termina », y agregaba después: « ensayaremos lo que tengo hecho, el resto vendrá por sí ».

Lo cierto es que poseeríamos perfecta su última comedia si hubiese tenido menos escrúpulos. Manifestaba á cuantos iban á visitarle « que le habrían bastado quince días, dos *semanitas*, para acabarla: el primer acto está terminado, los otros dos están esbozados, pero los tengo también escritos aquí dentro ». Y se tocaba la frente caldeada por la fiebre.

La base de este arte escrupuloso y difícilísimo, además de lo real y lo humano, era lo moral y lo religioso.

La moral. Como su maestro, quería que el teatro fuese escuela : escuela eficaz. Leed todas sus comedias, aun las más juveniles : no hallaréis la más mínima ofensa á los principios sacrosantos de la moral ; á sus comedias podemos conducir sin temor á nuestras esposas, á nuestras hermanas y amigas. En 25 años de vida intelectual no traicionó jamás su verdadera hombría de bien artística. Hombría de bien que iba unida á una modestia sin par. Ermete Novelli cuenta á propósito de él, que llamado á la escena después de la ejecución del *Paso* se expresaba con estas palabras en su profunda humildad :

« Me quieren bien... son buenos... no merezco tanto... pero ¿ sabe Vd. ? ha sido la memoria de Goldoni lo que los ha conmovido... el mérito verdadero lo tiene él, el *papá*... y lo tienen Vds. que han recitado como ángeles ». Decía y repetía estas cosas á todos los amigos que lo besaban y lo abrazaban hasta sofocarle.

Tal era el hombre por el cual cada uno sentía la necesidad de dirigirle aquella frase de Pablo Lioy : « ¡ Bendito seas, crea y escribe ! »

Ultimamente había sufrido una evolución lógica y natural en el sentido de armonizar la moral de su teatro con un fin de actualidad, si así puedo explicarme.

Gallina era un hombre moderno y como tal había comprendido que si es deber de un artista educar el corazón y la mente de los hombres como individuos, lo es también dirigir prácticamente su ingenio al punto que más preocupa á la colectividad humana en este último resto de siglo : la cuestión social. Rozó este punto en *Serenísima*. La crítica juzgó inverosímil el rechazo que el viejo aldeano hace de los 20.000 francos ofrecidos en recompensa de la deshonra llevada á su casa.

Este juicio, que hería al artista en su amor por lo bueno y noble, más que irritarle le desalentó. ¡ Ah ! ¡ con que es cierto ! pensó el artista ¿ en nuestro mundo un acto elevado es cosa tan singular que cuando se lleva á la escena parece tan inverosímil ? ¿ Con que mi vie-



jo aldeano (*Serenísima*) que tiene en el corazón la antigua honestidad, representa el convencionalismo y la excepción olvidada en nuestros tiempos? Pero entonces ya que lo bueno en el mundo burgués es falso, pondré en escena lo malo, esto es, lo verdadero. E hizo la *Base de todo* — el dinero.

Á partir de allí, su ánimo bueno fué concentrándose siempre más en la idea de la humanidad que sufre y en los medios más eficaces para amenguar sus sufrimientos.

Era una nueva vía para el teatro, quizá después de la historia, la sola vía de los tiempos modernos y más aún del porvenir. ¿Y cuáles eran los medios para llegar á aquella relativa felicidad entrevista por este poeta del corazón? Nos lo dice él mismo. Un día, un amigo, viéndole titubeando sobre el éxito de una comedia, exclamó — «¡Un fiasco tú! Es imposible». Y Gallina contestó: — «No, por cierto, he aprendido á conocer el sabor y á beberlos más de una vez. Quisiera que de mi comedia surgiese por medio del desarrollo de los caracteres y de los hechos la necesidad de constituir la ayuda recíproca entre todos los hombres, de socorrerse unos á otros, de amarse en paz ».

Así resolvía Gallina la cuestión social. Hija primogénita, y diré única, de esta nueva vía abierta por él fué la comedia *Base de todo*, representada en Roma en marzo de 1895. Los socialistas vieron en ella el grito de su fe sectaria. Gallina, no obstante permanecer fiel á sus principios conservadores, no protestó de estas interpretaciones, al contrario; á un crítico que había elogiado su comedia como la expresión artística de sus teorías sociales, le respondió: «Gracias, tú has comprendido perfectamente mi comedia, porque eres socialista. No sé si vuestras conclusiones me considerarán burgués, pero el hecho es que la filosofía que he tratado de transfundir en mis viejas comedias fué desbaratada por una simple observación hecha por mí sobre el público después de *Serenísima*». Y le narró el hecho que ya conocemos, por el cual se ve cuán justamente comprendía los tiempos. Las utopías del socialismo no

hallaron, pues, cabida un solo instante en la mente de este escritor.

Gallina, hombre pasional, entendía con el corazón; todas sus comedias están inspiradas en un alto sentimiento humanitario, desligado de toda retórica. Especialmente las últimas, son verdaderas obras sociales, aun conservando la modesta apariencia de la fina comedia goldoniana.

La Religión. Un hombre de corazón no puede dejar de ser piadoso. El *pius* Eneas, el héroe pagano más simpático después del Héctor homérico, es un hombre de corazón y no podía ser de otro modo. Sentir amor quiere decir querer bien á las cosas que nos son útiles y á los hombres; á estos últimos protegerlos, ayudarlos, consolarlos. Todo lo cual es culto de por sí, porque no se ama sino con la fe en una fraternidad, la cual es base de la creencia en Dios sumo.

Y Gallina creía en Dios. En sus comedias no existe una palabra que pueda resultar áspera al más severo de los servidores eclesiásticos, como bien dijo un publicista veneciano. Á él, que escribía en dialecto y tenía tan pronta y segura la vena del humorismo, le habría sido fácil arrancar las risas y los aplausos de la platea satirizando los episodios, las frases ó las palabras de los creyentes. Pero se guardó siempre escrupulosamente de ello; y su obra viva, verdadera y atrayente se mantiene lejos de todo contacto con las cosas sagradas. Sus viejos aman y creen y enseñan á creer y á amar; sus viejos se inclinan delante de la Cruz y llevan impresa esa imagen en el cerebro y en el corazón. El gondolero Panetti bendice á su hijo, que parte para la regata. Serenísima ofrece un cirio á María afligida; y en uno y otro episodio flota un sentimiento de poesía que hechiza y conquista.

En *Senza bussola*, la comedia que quedó interrumpida por la muerte, aparece un fraile, el único fraile que Gallina haya puesto en su repertorio. Este sacerdote, un viejo, es el prototipo del hombre del evangelio, sublime en la bondad, en la caridad, en el sacrifi-

cio ; un hombre que antes de obrar ó de hablar mira á Cristo para imitarle. Este dulce fraile no subirá jamás á la escena, no aparecerá tampoco en los funerales del artista ; porque este poeta, que debía morir con la cruz sobre el pecho, murió sin consuelos religiosos, y la cruz que él adoró no precedió á su féretro. Su lecho de agonía estaba rodeado por dos mujeres desoladas, la madre y la esposa, por amigos que entendieron mal la amistad. Los moribundos tienen necesidad de creer en el más allá, mucho más que los sobrevivientes ; y los llantos no consiguieron sino redoblar los tormentos. Gallina debió sentir esta necesidad y debió sentir angustiosamente por sí y por sus mujeres. Pero hay en el mundo una secta anticivil, antijurídica, inhumana, un verdadero anacronismo social, que en pleno siglo décimonono vive de conjuraciones y favoritismos y se sostiene y obra con engaños y señales caba-lísticas, hasta el extremo de invadir el sagrario de las conciencias para encadenarlas á despecho de todo derecho y de toda libertad individual. Esta secta — la Masonería — alejó del escritor creyente al fraile de quien el artista había hecho la más espléndida apo-teosis, y no permitió que el dolor de la cruz encadenase las angustias amarguísimas de quien á los 45 años debía dejar para siempre la vida y la gloria y esas mujeres tan amadas. El cadáver fué cubierto de violetas y camelias; todo buen veneciano quiso mirar por última vez el rostro del gran artista. La procesión fué larga, con-movedora. De noche, el féretro, llevado en una góndola, fué acom-pañado por otras numerosas, llenas de amigos y de pueblo. Era triste ese cortejo en medio de la laguna veneciana, en una noche serena, espléndida. Y ese silencio doloroso, imponente, interrumpi-do sólo por el latir cadencioso y sordo de los remos sobre el agua estancada de la laguna, helaba el alma, porque no era dulcificado, ni santificado por el murmullo de las salmodias rituales. Faltaba la Cruz.

Goldoni no murió así, no fué así como se condujo su féretro á la morada postrera. Una sola cosa los une y los perpetúa : la gloria.

Los dos grandes comediógrafos que sólo el tiempo separaba, ahora están unidos.

¡Y, sin embargo, pocos hombres se asemejaron tanto en vida! En las memorias de Carlos Goldoni figurarían sin desentonar muchos capítulos de la vida de Jacinto Gallina. Como se ha observado, los ingenios de estos dos escritores tenían muchos puntos de contacto. La visión precisa y neta de los caracteres, la agilidad fresquísima del diálogo, el aire de familia, que á distancia de un siglo todavía se reconoce, encuentra en las figuras y en los tipos tomados del natural y llevados á la escena, ese no sé qué de familiar y suave que iba al corazón por sendas fáciles y llanas, ya buscarse el llamar de nuevo á los labios una sonrisa, ya se propusiera arrancar una lágrima. Todas estas notas comunes establecen indiscutiblemente similitudes de parentesco artístico entre ambos escritores. Pero no en vano ha pasado un siglo de luchas políticas, de luchas y de conquistas, que han convulsionado el mundo. Si los nietos se asemejan en los rasgos exteriores á los abuelos, no es menos cierto que otra conciencia, otro rasgo psíquico diferencia á los jóvenes de los viejos. Los caracteres llevados á la escena por Goldoni acusan la negligente fatuidad de su época, época de servidumbre y de opresiones civiles; están vivos, fragantes de verdad; se mueven con encantadora soltura, pero en el fondo, esos tipos, esas figuras revelan la vanidad charlatanesca de los ociosos, — caprichos, disputas, amoríos, murmuraciones, — avarientos malhumorados, caballeros de abanico, Lelios, Florindos y Rosauros que encantaban con su charla festiva; todo un mundo que vive y se agita, pero sin movimientos interiores, sin alma; un mundo de papamoscas que toma la vida á la ligera y no conoce los sufrimientos, ni las pasiones que surcan los corazones y muerden las conciencias. Tal era entonces Venecia, la ciudad de las máscaras, de los carnavales locos, de las intrigas galantes y de todas las despreocupaciones que preceden á la ruina de un pueblo.

La inepta y torpe oligarquía que mantenía el gobierno de la república no tenía ya ni un rayo de la vetusta dignidad; las señorías y

las excelencias dormían un sueño plomizo y muerto como las aguas estancadas de la laguna; merodeaban en las pequeñas tiendas, dormitaban en los palcos de los teatros, escupían sin contenerse sobre las cabezas del buen pueblo sentado en la platea; y el resto era vulgo en todo sentido, vulgo de mercaderes avaros, tacaños, formados en la obscuridad de los bajos fondos, caballeros de industria, ladrones, usureros, cortesanos y un conjunto de *buontemponi* festivos, que vivían al día. Goldoni por su parte tomó á puñados sus creaciones en esta pulpa viva, las arrojó á la escena, disipando con la luz de la verdad las fábulas, las banalidades grotescas y las chanzas de los bufones que encanallaban el teatro.

Jacinto Gallina, á pesar de la consanguinidad goldoniana, es igualmente hijo de su tiempo: sus comedias y sus cuadros sienten y reflejan el ambiente ético de su época.

He aquí la primera analogía entre los dos comediógrafos. La otra es la del rumbo dado respectivamente á la comedia. Goldoni es grande por la atrevida revolución que llevó á la escena. Triunfaban entonces las comedias del arte, las farsas, las pantomimas: la comedia erudita se disipaba en la fantasmagoría de la fábula; Arlequín y Pulcinella hacían la delicia de las plateas. Goldoni se impuso la misión de desembarazar el arte de esas pedanterías y de esos andrajos; y la victoria fué suya, tanto que mereció estas palabras de Voltaire: « Quisiera intitular vuestras comedias: La Italia libertada de los Godos ».

Las condiciones nuevas, las nuevas aspiraciones humanas, determinaron á Gallina á encauzar su arte hacia la cuestión social. Comprendió que el naturalismo había llegado á su ocaso y que el *verismo* no sería jamás arte, pues entendía el arte real embellecido por la poesía del alma.

Frente al prerafaelismo, que volviendo atrás seis siglos, descoyunta los cuerpos para convertirlos en la expresión del alma moderna de los decadentes; frente al simbolismo, que idealiza demasiado la vida y la historia caminando en el vacío y haciéndose á menudo ininteligible;

frente al psiquiatrismo, digamos así, de Ibsen, que es un género de la escuela noruega, comprendió la necesidad de retornar á Goldoni para encontrar, por decirlo lógicamente, una base de operaciones, y de ahí partir con el objeto de infundir en el alma de los hombres la necesidad extrema que tienen de amarse mucho para vivir bien. De ahí el echarse á la espalda los cánones del arte, de ahí ese carácter absolutamente democrático de sus comedias: dos actitudes gemelas en que vuelven á encontrarse, como se ha observado, las fisonomías artísticas de los dos escritores.

Pero Gallina era pensador, pensador profundo, y es aquí donde manifiesta su originalidad frente á Goldoni.

Goldoni, si no es todo sátira, es todo alegría, y aun al desflorar situaciones dramáticas las desenvuelve con garbo, con elegancia y con acentos que tienen el sabor melodramático de las estrofas de Metastasio.

Gallina, en cambio, puede sostener el paralelo en la lírica, siente el estremecimiento de la pasión, cava en el corazón y en la conciencia de sus criaturas y exprime lágrimas y gemidos; traduciéndolas con la inefable sonrisa melancólica que domina en todos sus trabajos.

Lírica también es esa, pero lírica parisiense, que sonríe entre lágrimas.— Desde el *Primer paso*, á *Fuera del mundo*, á la *Base de todo*, su teatro es una conquista de la ciencia humana, lanzada contra las bufonerías, las necedades y los juegos de prestigio que hacen de la comedia un arte industrial ó una palestra de histriones hábiles y grotescos. Para sacudir el cinismo del tiempo están las santas rebeliones del *Nobiluomo Vidal*.

Goldoni posee como nota característica lo cómico; se detiene en traer los personajes á la superficie, no profundiza nunca el estudio de los caracteres. Observa la sociedad y rie y hace reir con sus tipos ingenuos ó maliciosos, enamorados ó escépticos. Gallina, al contrario, es observador agudo, en sus producciones dramáticas se sirve del llanto y de la risa, tratados con admirable maestría, con raro equilibrio mental, con la exuberancia de un corazón apasionado.

En Goldoni vemos el hombre de sentido; en Gallina el hombre espiritual, idealista alguna vez. Uno escribe después de haber observado y sentido; el otro, después de haber observado, sentido y meditado. Los dos son verdaderos.

Goldoni, como Plauto, es más fotográfico; Gallina, como Molière, es más psicólogo. Ambos son grandes.

¿Quién continuará sus tradiciones? Responderé con frases hechas. La comedia — según Petrocchi, — es una producción de los tiempos maduros: casi el último género que una literatura perfecciona. Italia, con su unidad política, ha cerrado un período de historia literaria que comenzó con Goldoni; él es principio y término de toda la literatura vulgar dramática italiana que le precede, como Dante es principio de los siglos modernos y término de la Edad Media. Desde entonces todo un mundo se ha preocupado en la tentativa de reformar la civilización italiana y llegar á la reconstrucción íntima y civil de la nación: Parini, Alfieri, Monti, Fóscolo, Manzoni, Leopardi, Giusti; literatura activa demasiado épica y lírica para que sea dramática.

Sólo con el desarrollo mayor de la vida nueva se prepara el terreno al drama. Gallina ha demostrado con su obra que hay suficiente vida nueva para trabajar comedias; más aún, ha probado que la comedia puede ser la vanguardia de las producciones artísticas venideras.

Si me atreviera á hacer una indicación, apuntaría con el índice hacia el autor del *Principio del siglo*. Con esta pieza, Rovetta ha vuelto á trasladar á la escena, después de tanto olvido, el género histórico. Es otra senda nueva paralela á la social de Gallina; pero ambas tienen un punto de contacto que es también su base: la realidad humana.

Como la senda trazada por Gallina es síntoma de los tiempos y ojeada al porvenir, así el rumbo marcado por Rovetta es el designio de la crítica investigadora del siglo que muere y la ojeada á un pasado que debe revivir ante nuestros ojos, como una prevención en los peligros de las luchas futuras.

RÓMULO E. MARTINI.

# ALPHONSE DAUDET

## IMPRESIONES PERSONALES

---

### I

Durante mi última estancia en París, á principios del año 94, tuve ocasión (como que frecuentaba mucho más la ribera izquierda que los grandes bulevares) de enfilear algunas veces la calle de Bellechasse; pero nunca me resolví á entrar en esa casa del número 31, donde Alfonso Daudet ya vivía entonces y acaba de morir. Siempre pasé de largo después de una breve vacilación; y, al seguir camino hacia la Sorbona ó el Luxemburgo, procuraba analizar el estado de alma que me hacía aplazar indefinidamente una visita anunciada desde Buenos Aires, impidiéndome realizar un acto tan sencillo y natural. Por cierto que no me detenía la aprensión de ser recibido como un simple *rastaquouère*, visitador de monumentos y celebridades. Constábame que el tiempo y la distancia no habían alterado la benevolencia del maestro por su entusiasta admirador de antaño; sabía que el *brave Ebner*, el fiel y abnegado secretario, estaba siempre allí, inamovible, pronto á abrirme sus grandes brazos amigos y guiarme al sillón de paralítico, desde



cuyo fondo me gritaría el « patrón », exagerando el acento de nuestro mediodía : ¡ *Té!* Groussac... ¡ también á V. le ha nevado encima !... »

Y entonces me tocaría contemplar de cerca la dolorosa ruina de aquel sér privilegiado que conocí once años antes, en la avenida del Observatorio, ágil, movedizo, elástico, con su belleza casi femenina, aún intacta después de la cuarentena, su larga melena oscura y su dorada palidez de arlesiana: todo vibrante de su gloria temprana que no era sino una faz de su felicidad, exuberante de talento y simpatía. Me tendería ahora con esfuerzo la exangüe y flácida mano de marfil viejo que no me atrevería á apretar — y sería la misma que entonces manejaba nerviosamente el florete de esgrima, en la salita familiar del Luxemburgo, la víspera de enviar tan bonita estocada á Delpit, en el Vésinet...

Yo evocaba la escena ; de antemano sentía el primer choque de estupefacción involuntaria (que no escaparía á su mirada de zahorí, aguzada aun por la neurosis), ante el original de aquella tétrica pintura de Carrière, incolora, esfumada, *blafarde*, como diluída en médula espinal — exacta hasta la atrocidad: la cabeza macilenta y dormida bajo su lacia cabellera que se ha amortiguado sin encanecer, la mirada sin vida en el rostro sin carne: todo el cuerpo exhausto y consumido, desplomado en el vago sofá, y cuyas ropas casi vacías remedan un espolio de humanidad evanescente. ¡ Rasgo de indecible melancolía: el brazo extenuado circunda el talle de una niñita de seis años, delicado botón de rosa que palidece al reflejo de la agonía paterna! Y se recuerda invenciblemente que, durante días y semanas, la inconsciente criatura ha debido tomar esa actitud invariable, componer su postura, volver á hallar su expresión convencionalmente entristecida, ante el pintor decadente, sólo preocupado de su éxito en el Salón y del hallazgo mórbido que arrancará un estremecimiento á la muchedumbre... ¡ Oh! túnica de Neso del efectismo artístico, que nada arranca de las carnes y, ayer alegre y llamativa, hoy lúgubrementemente macabra, sobrevive al de-

rrumbamiento físico, al descalabro, al fúnebre presagio de la disolución! *Alas! poor Yorick!...*

Así, por adelantado, la imaginación reconstruía la escena real con los elementos de la ficticia, y no es dudoso que el «antegusto» de la sensación que me esperaba fuera la causa inicial de mi resistencia. Parecíame que guardaba mi boca el amargo resabio de otras decepciones más íntimas. Ante los mismos seres de mi sangre — y no fulminados como este por una primera muerte parcial — había sufrido la angustia de contemplar, deformados y marchitos, desvencijados por la vida cual un trasto por el uso, surcados de esas hondas arrugas que son las cicatrices del incesante y rudo batallar, á tantos rostros familiares, ahora casi desconocidos, y que reproducían irónicamente, como en espejo de aumento (al menos así lo creía mi debilidad egoísta) el trasunto caricatural de mi propia decadencia.

Con todo, no era solamente esta aprensión enfermiza, esta como necrofobia irrazonada — análoga á las inhibiciones de ciertos enfermos de la voluntad — la que alzaba para mí en el umbral de mi maestro y amigo una barrera invisible, tan alta que finalmente resultó insuperable. Prosiguiendo mi examen «peripatético» llegué á convencerme de que mi desgano de visitar á Daudet valetudinario, á saberle sano, no hubiera sido quizá mucho menor: era la misma que me retraía de renovar trato con otras celebridades literarias. Había perdido la fe; sentíame muy viejo para criar nuevos entusiasmos, muy escéptico para recalentar los antiguos que se apagaron ya. Estaba de vuelta de un viaje ideal mucho más largo y vasto que el otro. Encontraba mezquina, y por momentos ridícula, la importancia atribuída por nuestra civilización bizantina á esos juegos malabares de la frase, á esa literatura de palabras nuevas é ideas viejas: esa perpetua escultura de cáscaras de nueces por mandarines encerrados en su horizonte de teatros y bulevares, sólo atentos á aderezar la misma novela ó crónica burguesa; eternamente afanados en vaciar en el molde del día, con destreza chinesca, los rancios ingre-

dientes de la «comedia humana». Juzgaba pueril la observación mundana de los unos, repugnante la fotografía basurera de los otros, igualmente estéril la obra superficial de todos ellos, naturalistas, parnasianos, psicólogos y decadentes, «niños que se chupan el dedo», según la expresión de Renan (1)—por lo demás, tan extraños á toda ciencia real, á la evolución histórica ó presente del mundo; tan ignorantes de la fisonomía del planeta y de la labor fecunda y universal que la viene transformando, que algunos de ellos reducen el arte moderno á una suerte de fakirismo occidental (más estrecho que el otro, pues proscribía el ensueño), parodia del arte antiguo, que era fuente y compendio de la sabiduría contemporánea. Casi todos rematan en el periodismo maquinal; cubren sendas columnas de papel con palabreo pululante y efímero que representa las colonias bacterias del pensamiento; los restantes aceptan el parasitismo burocrático y acaban de momificarse en alguna covachuela de ministerio. Veía á los más independientes, á los más «ilustres», someterse á los caprichos tiránicos de la moda, adorar el ídolo de la popularidad y agotarse, como los otros, en un inquieto eretismo de vanidad exhibicionista. Y todos ellos, consumidos de envidia mutua, sólo dejaban de denigrarse pública ó secretamente, para juntar sus impotencias contra los tres ó cuatro artistas excepcionales de su generación: Leconte de Lisle era un «bibliotecario pastor de elefantes»; Maupassant, un cuentista para horteras; Flaubert, un erudito extraviado en la novela; en cuanto á Daudet: *au-dessous de tout, le pompier de Champrosay*... Los que así se desahogaban en pequeñas revistas eran por lo general autores de una *plaque* en *préparation*.

Me encontraba con que Renan y Taine habían desaparecido: un año antes, el primero; el segundo, en los días de mi cabotaje en el Pacífico,—y es muy cierto que esta noticia me enlutó el alma como un último duelo de familia, mostrándome al pronto tan despoblada

(1) «*Ce sont des enfants qui se sucent le pouce*».

la patria del espíritu, que súbitamente miré casi con indiferencia la perspectiva de mi vuelta á Europa. Esta impresión sobrevivió á todos los incidentes ulteriores; y cuando más tarde llegué á París, sentíme tan extraño y desterrado como en ese Nuevo Mundo que acababa de recorrer. Las cosas me interesaron mucho más que las gentes; vi á muy pocos hombres, y siempre se realizó para mí la máxima de la *Imitación*: « salí de su compañía menos hombre de lo que entré » (1). Yo, que ignoraba el asunto del día y desdeñaba todo lo que pasa; ¿ con quién podía hablar de lo que queda? ¿ De qué maestro ejemplar recibiría ahora la palabra que alienta y fortalece, la contraseña augusta que habría de traer conmigo á esta soledad?

Pasé, pues, delante de la casa de Alfonso Daudet enfermo y entristecido, sin llamar á su puerta; y ahora que me toca dirigirle de tan lejos las *novissima verba* del admirador afectuoso y agradecido, prefiero no haberle visto en su decadencia física y mental, —piadosamente disimulada al público literario por la colaboración anónima de su fiel compañera, —para no guardar de él sino el antiguo recuerdo, alegre y radiante como nuestras mañanas de Provenza, seductor y perfumado de ensueño como las horas juveniles en que le comencé á querer, ha veinte años, á la sombra de los naranjos de Tucumán. Transcribiré sin orden algunas impresiones personales. No es momento este para ensayar el juicio sintético y definitivo de su obra, tantas veces analizada de paso, en Europa y aquí mismo (2). En pocos días más nos llegarán los ecos de sus funerales; y sin duda oradores y cronistas abundarán en clichés tan gastados y triviales como las pompas del entierro. ¿ Nos será dado escuchar un acento más vibrante que el de ese grueso Zola—el hombre más extraño á la

(1) *Quoties inter homines fui, minor homo redii.* (*Imit. Christi*, I, XX). El autor atribuye estas palabras á Séneca, sin citar el lugar. Refiérese (de memoria sin duda) á la Epístola VII, pero la máxima de la *Imitación* es mucho más precisa y fuerte que la de Séneca.

(2) Por mi sola parte tengo publicados cinco ó seis artículos sobre otras tantas obras de Daudet, en *El Diario*, *Sud-América* y *Le Figaro*.

pasión y á la gracia risueña ó conmovida,—más sincero que el de ese afectado Bourget, que ha encontrado la fortuna y el éxito en el culto del snobismo odioso á Daudet, y que hace quince años viene cortándose *smokings* elegantes en las viejas levitas de Taine? Ante esa tumba abierta ¿pronunciarán France y Lemaître, sin reserva inoportuna ni oculta ironía, el adiós supremo, digno del que se ha ido y de lo que se va con él? Esperémoslo, para honra y aliento de las letras francesas, que tan pobre figura vienen haciendo en la evolución ó crisis presente. Entretanto, procuraré resumir algunas de las sensaciones lejanas que en mí produjeron las dos ó tres obras maestras del admirable novelista, en la hora misma ó poco después de su aparición; recordaré, sobre todo, la impresión viva y simpática que me dejara el hombre, generalmente mal conocido y no pocas veces calumniado, durante aquellas horas inolvidables en que recorría con él el barrio de las Escuelas ó me sentaba á su mesa de familia. Espero que el lector querrá disculpar una vez más la frecuencia del «yo odioso», teniendo en cuenta mi obligación de sustentar como testigo verídico ciertas afirmaciones, tendentes á destruir las leyendas, que acerca del carácter de Daudet y de sus mismos procedimientos literarios, han circulado en la prensa francesa.

## II

Después de haber devorado, en mis años de colegio, la provisión romancesca de uno ó dos gabinetes de lectura, tocóme en la Argentina un período de juventud menos grato y propicio para tales devaneos. Entre el trabajar *pane lucrando* y el estudiar para aprender algo de lo ignorado ó no olvidar del todo lo aprendido, pasé diez años en Buenos Aires y las provincias sin mucho contacto con la literatura de imaginación. Tenía yo veintitres cuando me establecí en Tucumán, donde á la sazón no había más librería que la del Colegio nacional. Esta biblioteca era interesante, pero severa; no esca-

seaban, fuera de los textos escolares, las buenas obras de ciencia é historia, pero en punto á literatura novelesca sólo había naturalmente algunas españolas, y no de las mejores. Antes me había faltado el conocimiento de la lengua para hincar el diente en Fernández González y Pérez Escrich; sentí, más tarde, que el entenderlos me impediría saborearlos... En suma, no leí diez novelas modernas, francesas ó extranjeras, en esos primeros años dichosos de Tucumán. Confieso que, para un futuro literato y bibliotecario, mis « años de aprendizaje » dejaban algo que desear; aproveché algo mejor los posteriores, mis *Wanderjahre*. Pasé viajando los cuatro años de 1874-78, desempeñando alternativa y agradablemente las funciones de Inspector nacional de educación y las de arriero de mulas en las provincias argentinas y bolivianas: y fué entonces — sobre todo en mi segundo cargo — ó carga — cuando volví á tomar el contacto con la literatura amena. No escribiendo aquí mis *Memorias*, no es momento y lugar para contar al lector en qué circunstancias conocí algunas de las más bellas obras contemporáneas. Era curioso, algunas veces, el contraste del cuadro ficticio y de su marco real; recuerdo, por ejemplo, que en una mañana estival del 75, yendo yo á caballo de Tucumán á Salta, la diligencia me alcanzó en la posta del río de las Piedras; el conductor me entregó un paquete de libros, envió de Buenos Aires que acomodé en mis alforjas; seguí viaje hacia Chilca, y fué allí, después del churrasco en lo espeso del monte, donde saboreé á la siesta, debajo de un umbroso mistol, el exquisito y artificioso *Esfinge*, de Feuillet, triunfo reciente de Croizette en la Comedia Francesa, y de cuya interpretación por Sarah Bernhardt había de escribir diez años más tarde. Tales encuentros no eran raros; transmitía mis instrucciones al corresponsal de Buenos Aires, calculando las fechas y las direcciones con una precisión de matemático y un refinamiento de sibarita intelectual, para recibir las « novedades » más flamantes en una aldea de Cuyo ó un tambo de Bolivia. Había, además, hallazgos casuales. La erupción educativa de Sarmiento había derramado á millares los cajones de libros de

toda laya é índole por el territorio argentino ; cualquier lugarejo provincial tenía su « biblioteca popular », contigua á la escuela, y ocurría que el celo mercantil de los proveedores porteños suministrara á los campesinos una alimentación un tanto imprevista. Por lo demás esa mercadería sin dueño se dispersaba acá y allá, quedando en poder de quien la pedía ; las obras, en español, francés, inglés, algunas valiosísimas, se encontraban tiradas en las pulperías. En una escuela de Jujuy, se me fueron los ojos tras una edición de Platón que no he vuelto á hallar en el país ; y fué un poco más arriba de Abra Pampa, cerca de Yavi, donde por cuatro chirolas bolivianas adquirí en el mismo rancho un excelente cordero mamón y un tomo descabalado del *Théâtre complet*, de Dumas hijo ! — No es dudoso que esta iniciación trashumante ha contribuído á dar cierto carácter incoherente y pintoresco á mí cultura literaria ; después de tantos años transcurridos quedan en mi paladar no pocos resabios del antiguo lector de chiripa ; conservo preferencias singulares y hasta debilidades inconfesables. De la primera lectura, ciertos libros guardan para mí un perfume sutil é indeleble, tan extraño y á las veces contrario á su substancia propia, que desconcierta mi sentido crítico : es la impregnación del primer medio ambiente. Pero eso — os lo confío con rubor — producciones tan entecas y subalternas como ciertas rapsodias de Claretie, inferiores á las del mismo Delpit, me traen aún, á despecho del tiempo y del criterio más seguro, un vago efluvio de la fresca poesía que dos almas juveniles infundieron en sus páginas vulgares ; é inversamente no puedo ahora mismo abrir el sano y magistral *Middlemarch*, de George Eliot, sin experimentar de nuevo la acre sensación del ambiente sulfuroso é irritante que de noche respiraba en la fundición de Pilciao, donde recorrí esa obra por vez primera, hará unos veinte años.

En 1878 retorné á la vida sedentaria. Dirigía la Escuela Normal de Tucumán, enseñaba, aprendía, formaba una biblioteca, recibía de Buenos Aires y Europa cajones de libros y periódicos. Con

mi salud impermeable á cualquier miasma ó agente mórbido y el poder de absorción indefinida de la juventud, fué aquello el paraíso de la inteligencia. Me sumergí durante años en inmensas y variadas lecturas ; fué mi período de noviciado y verdadera iniciación, en que sólo existí para el espíritu, tan despreocupado de la fortuna, del éxito, de la gloria, de cualquier otra vanidad, como el monje en su claustro. Y nunca evocaré sin emoción agradecida aquel gimnasio de disciplina severa y desinteresada labor, que vino á ser también mi hogar modesto y feliz, donde vivía tranquilo y obscuro, de umbrales adentro, sin más divisa que *Trabajo y Saber*: compartiendo los días largos entre la enseñanza y el estudio, igualmente fervorosos y sinceros, ya trazando á mis alumnos el surco á flor de suelo que les tocaba fecundar, ya cavando á solas el pozo profundo que, si daba al fin con el agua cristalina, no la vería nunca surgir espontáneamente á la superficie en chorro artesiano, y quedaría siempre ignorado y sin provecho para el vecindario.

Era joven, con todo, y reía la juventud á mi alrededor: solía abrir paréntesis amenos en aquel austero y huraño estudiar. Un día del tibio y perfumado invierno de Tucumán, que es su real primavera, en julio del 81, nos llegó *L'Illustration* con los primeros capítulos del *Numa Roumestan*, de Daudet; encabezaba la novela un gran dibujo de Bayard: las arenas de Nîmes pululantes de abigarrada muchedumbre que desarrollaba la loca *farandole* tras los tamboriles y agudos pífanos, bajo el sol crepitante de Provenza, y allí, en primer término, sobre el estrado, embriagado y teatral, el héroe del día y de todos los días para su pueblo idólatra, abriendo su ademán exuberante, entusiasta, capaz de fundir á su calor de volcán todos los témpanos polares... Quedé deslumbrado: *Flamme et vent du Midi, vous êtes irrésistibles!*...

No conocía de Daudet sino algunos cuentos y fragmentos de *Jack*; los primeros me habían parecido encantadores, los segundos, algo monócromos y renovados de *David Copperfield*. Hice traer y absorbí la obra entera, prosa, versos, novelas, cuentos, teatro ; extraje de la



*Galería contemporánea* y puse en un marco elegante, bien á la vista, la gran fotografía de Goupil, en que aparece Daudet, joven, elegante, hermoso y apuesto como el trovador favorito de la reina Juana, —tal como lo soñaba entonces y casi lo encontré en París, pocos años después. Me conquistó é hizo suyo desde la primera hora y por mucho tiempo — por todo el período de influencia y tutelaje que para otros abarca la vida entera. Por cierto que en mí no fué tan largo el avasallamiento : ha tiempo que se consumó mi emancipación absoluta, no sólo de Daudet, sino de otras autoridades más altas y legítimas. Y si compruebo satisfecho que la admiración y el afecto han sobrevivido á los entusiasmos juveniles, me siento libre para juzgar el prestigioso talento y, en sus obras de valor desigual y múltiples aspectos, separar netamente las partes caducas de las sólidas y duraderas.

### III

En aquella hora feliz de *Numan Roumestan*, Daudet no tenía dada á luz sino la primera mitad de su progenie literaria (1), si bien en este grupo figuran algunas de las producciones que mayor éxito han alcanzado y son consideradas por ciertos lectores como sus obras maestras ; así *Risler*, *Jack*, *Les Rois en exil*, sobre todo el *Nabab*.

(1) *Les Amoureuses*, *Le Petit Chose*, *Lettres de mon moulin*, TARTARIN DE TARASCON, CONTES DU LUNDI, *Femmes d'artistes*, FROMONT JEUNE ET RISLER AÎNÉ, *Robert Helmont*, JACK, LE NABAB, LES ROIS EN EXIL, *Théâtre*; sin tomar en cuenta los volúmenes primitivos más tarde refundidos en alguno de los mencionados. La segunda « época » de la producción comprende: NUMA ROUMESTAN, L'ÉVANGÉLISTE, SAPHO, TARTARIN SUR LES ALPES, *La Belle Nivernaise*, *Trente ans de Paris*, L'IMMORTEL, *Souvenirs d'un homme de lettres*, *Port-Tarascon*, *Rose et Ninette*, LA PETITE PAROISSE, *Théâtre* (2ª serie), *Soutien de famille* (póstuma). Se ve que la obra total (fuera de agrupaciones artificiales y colecciones de artículos conocidos bajo otros nombres, como *Lettres à un absent*, *La Fédor*, etc.), comprende unos 25 volúmenes, ocupando *Numa* exactamente el punto medio. Los títulos en versalita corresponden á las obras de real importancia, y se ve que también se subdividen por igual entre los dos grupos.

Acaso por las circunstancias que de paso he mencionado, ninguna de aquellas obras me pareció tan perfecta como *Numa*; y no temo agregar que, aun después de *Sapho*, que sin disputa domina el segundo grupo, generalmente inferior al primero, aquella impresión no ha variado y queda para mí definitiva. Por lo demás, no ignoro que casi nadie comparte mi opinión — ó casi nadie, pues creo recordar que el autor me expresó alguna vez la misma preferencia.

No es dudoso que se hallan en *Risler* y *Jack*, no sólo cuadros de emoción y ternura que no han sido aventajados, sino algunos de los tipos más vivos y característicos de Daudet: Tartarin, el inefable Delobelle, el mulato Moronval, el poetastro d'Argenson y su secuela de *ratés*. También es innegable que ciertos capítulos del *Nabab* y de *los Reyes en el destierro* — así en el primero, la muerte y los funerales de Mora, el debate en la Cámara, las aguadas fiestas al bey; en el segundo, la abdicación y la velada de las armas — alcanzan á la trágica grandeza shakespeariana, á la pasmosa realidad histórica de Tácito ó Saint-Simón. En cuanto al segundo, fuera de aquella sorprendente *Sapho*, cuya perfección plástica queda incomparable, está demás recordar que abundan en *La Evangelista*, el segundo *Tartarin*; — ¡ tan superior al primero! — y en el *Inmortal*, los cuadros y tipos sociales, las creaciones artísticas no inferiores á las más celebradas, — debiendo agregarse que aquí es donde el estilo, con su concisión atrevida y brusca, su impresionismo arrebatado y agudo, ostenta hallazgos más imprevistos, bordados más originales y brillantes sobre una trama quizá menos sólida que en la primera manera.

Suele acaecer que la composición más significativa é importante de un autor — si se atiende al valor único de algunos fragmentos — no sea su obra maestra, en el sentido de perfección y plenitud que á la palabra atribuimos. Para citar el ejemplo clásico: nadie niega que se encuentren en la *Eneida* las páginas más bellas y vehementes de Virgilio, pero tampoco que sean las *Geórgicas*, y no la epopeya, la producción excelsa del poeta mantuano y de la Musa latina.

Hase definido la dicha humana: «la armonía del temperamento y de las circunstancias». Se podría decir, en términos parecidos, que la felicidad artística, generadora de la obra maestra, reside en la cabal adecuación del asunto á la idiosincrasia del artista. Así como la mediocridad de los hombres procede en gran parte de un error de vocación, también el malogro de muchas tentativas literarias proviene de una discordancia entre el escritor y su materia. Á pesar de su fino y avisado criterio, Alfonso Daudet no ha hecho excepción á la regla; casi en la misma hora de fuerza y completo desarrollo, cuando pisaba la cumbre estrecha que termina la subida y precede el descenso, publicó sucesivamente y en breve intervalo *Numa Roumestan* y *La Evangelista*, las dos faces opuestas de su obra; pues si en la primera novela se consuma el más feliz maridaje del artista con su tema, en cambio la materia de la segunda era la más contraria á los gustos y aptitudes del escritor. Y ocurre que, con haberse invertido una suma de talento sensiblemente igual en una y otra, con ser probablemente mayor el esfuerzo gastado en *La Evangelista*, ésta resulta desmedrada y triste, pasando casi desapercibida, como la hija fea de la familia, en tanto que su estrepitoso hermano, radiante de salud y alegría, conduce bajo el cielo azul y el sol de Provenza su triunfo farandulesco, irresistible como las ráfagas del mistral.

Es, pues, la obra maestra de un artista aquella en cuya realización él ha podido juntar en haz compacto todas sus cualidades nativas y adventicias, manteniendo alejados y sin empleo sus defectos habituales, ó mejor aún, haciéndolos concurrir como elementos útiles al glorioso fin, — á manera de esas victorias históricas, ganadas con el auxilio de los presidios. Todas las excelencias literarias de Daudet: brillo y nitidez descriptiva, arrebató pasional, gracia conmovedora y fantasía cómica, podían desplegarse á sus anchas en el escenario familiar de su provincia; y, por otra parte, acaecía que sus espumosas exuberancias, su incoercible y exagerado efectismo meridional — ¡pues él también es de Tarascón! — todos los defectos que forman el reverso de sus cualidades, se encontraban esta

vez en situación y contribuían á la vida y belleza del conjunto. Así nació, vino y venció *Numa Roumestan*, obra relativamente perfecta y en cierto modo clásica, con su vuelo endiablado, sus paisajes ofuscadores, su atmósfera de polvo dorado por el sol, sus cigarras y tamboriles que parecen cantar música de Bizet, sus caricaturas enormes y desbordantes de esa realidad gesticuladora y bullanguera, que es la exactitud tartarinesca, sus figuras impagables de Bompard, Valmajour, la tía Duportal, la admirable Audiberte, hasta los comparsas más fugitivos, esbozados de un solo rasgo inolvidable para formar digno séquito al héroe triunfante, — tenor fenomenal de la tribuna, capaz de llenar y estremecer las arenas de Nîmes, alma infantil y cabeza de pájaro canoro en una corpulencia rabelesiana, que sólo piensa cuando comienza á hablar, perorando como otros respiran: compendio idealizado y genial de toda una raza, en quien Gambetta, Baragnon, diez virtuosos eximios de la frase, han creído reconocerse; creación tan sugeridora y filosófica, que se ha incorporado á los documentos de la psicología y que el más profundo filólogo del siglo ha completado con ella su teoría del lenguaje y la cerebración (1).

Sea cual fuere, lo repito, el alto valor fragmentario de otras novelas de Daudet, acaso más esparcidas y populares que *Numa Roumestan*, ninguna se iguala á ésta en rica y sana espontaneidad, fácil invención de variados caracteres, viva pintura de paisajes rutilantes y cuadros íntimos, gallardía y frescura del estilo y, finalmente, en armoniosa adecuación del escritor fecundo á su creación

(1) MAX MULLER. *Science of Thought*.— A propósito de la creación de tipos, nada más anticuado é ignorante del proceso artístico que las « adivinanzas » de la crítica corriente. Los que buscaban un retrato en Roumestan — como en Mora, Jansoulet y otros tipos compuestos — se escandalizaban porque los hechos de la novela no correspondían á los de la historia: así el pobre Pontmartin. El artista no es una hormiga, sino una abeja: no allega materiales intactos sino que los funde y transforma. Nadie ha dicho, por ejemplo, que la graciosa escena de Numa, cantando el duo de *Mireille* con la chica Bachellery, en el gran salón del ministerio, es un recuerdo de Morny. Y si alguien lo dijera la crónica ininteligente se lanzaría sobre esa pista ¡procurando reconocer al helado Morny en el hirviente Numa!

luminosa y feliz. Si es cierto, como parece indudable, que la contribución propia de Daudet á la literatura contemporánea no sea la energía grandiosa, la intensa melancolía, el sarcasmo áspero y sombrío ó el vigor de colorido que accidentalmente aparecen en *El Nabab*, *La Evangelista* ó *Los Reyes en el destierro*; y sí la pasión vibrante y nerviosa, la fina sátira, el doble y preciso dón de las lágrimas y de la risa, la paleta de oro y luz que basta á transportar al lienzo los transparentes horizontes y el claro cielo de Provenza: entonces no se vacilará en saludar á *Numa Noumestan* como la obra maestra del artista, la que mejor reproduce su fisonomía simpática y da la medida de su talento, compendiando todos los méritos esparcidos en sus otras obras, anteriores ó futuras, desde la emoción contagiosa de *Risler* y *Jack* hasta la prolongada carcajada de *Tartarin* — caricatura un tanto vulgar y superficial, que hace florecer y desplegar (*épanouir*) la imaginación de don Quijote en un alma de Sancho Panza.

## IV

Me he referido ligeramente á *La Evangelista*, la Cenicienta de la casa, y sin duda la novela de Daudet que menos profundamente ha penetrado en las muchedumbres. Más que un error de su talento, muestra una ilusión de su punto de vista; por lo demás, mal podría yo tratar con desdén esta obra angustiosa, cuando le debo mis relaciones personales con el maestro, habiendo escrito de ella, con admiración y complacencia, en *El Diario* de Buenos Aires y *Le Figaro* de París (1).

(1) Todo lo que se publica en el *Figaro* cobra cierta resonancia: mi batalla de *La Evangelista* en Buenos Aires ha sido traída muchas veces á colación, con agregados fantásticos y, por supuesto, sin nombrarme; Hugues Le Roux también alude á ella en sus *Portraits de cire*, y la fragilidad de su memoria es tanto más curiosa, cuanto que fué él mismo quien leyó el artículo en casa de Daudet y con comentarios que, lo confieso, halagaban mi vanidad juvenil.

Sabido es que fué aquí publicada simultáneamente en folletín por los dos diarios de la tarde, empeñándose una lucha cuyos incidentes tragicómicos había yo de referir poco después. En vísperas de mi viaje á Europa publiqué en *El Diario* una crítica en francés, que yo creía ingenuamente admirativa y lisonjera, á pesar de ciertas reservas respecto al asunto; apenas llegado á París, con mi candor exótico, me apresuré á enviar mi artículo á Daudet. Me contestó cortesmente — una cortesía de diez grados bajo cero — « mi artículo era bueno, *un peu province...* » Parece que logré despojarme prestamente de mi provincialismo: á los pocos días el *Figaro* publicaba mi *Evangelista en Buenos Aires*, con un encabezamiento elogioso, y Daudet me invitaba á comer en su casa para presentarme á Goncourt.

Goncourt no me deslumbró, ni entonces ni después; pero Daudet tomó posesión inmediata de mi sér intelectual, con una suerte de violencia simpática que más de una vez me trajo á la memoria el dicho del gran Flaubert: « *Celui-là, on l'aime comme une maîtresse!* » — No creo ser víctima de una ilusión al pensar que él también me quiso un poco, correspondiendo sinceramente á mi pasión admirativa. Por lo menos me dió de ello pruebas más positivas que todas las fórmulas afectuosas: llegó hasta á sacrificarme parte de su tiempo, entreabriendo para mí su puerta de trabajador, severamente condenada, fuera de los domingos por la mañana. Yo solía recibir entre semana, en mi cuarto de la rue de l'Arcade, una esquila de su letra menuda, y al día siguiente acudía á la avenida del Observatorio como á una cita amorosa. Allí la deliciosa charla se prolongaba hasta el almuerzo; otras veces ¡escándalo inaudito que sorprendía á Madame Daudet y hacía asomar á su cara inteligente y buena el airecito *refréjon* de Rosalía Roumestán ante los meridionales! — salíamos á recorrer el Barrio Latino, me llevaba á las tabernas que frecuentara en los días alegres de bohemia y juventud, contándome anécdotas del Imperio y la Comuna... Se interrumpía de repente para mirar la hora y exclamar con un voto en patuá langue-

dociano (1): « ¡Basta de callejeo! tengo la sensación del tiempo perdido... » Y volvíamos hacia el Luxemburgo.

Daudet estaba entonces (1883) escribiendo *Sapho*, que, lo repito, sería su obra maestra, si la áurea densidad del estilo y la eficacia profunda de la observación se aplicaran á un asunto menos especial y estrechamente mórbido. Sabido es que se describe allí el peligro de las uniones libres — del *collage*, para emplear el término crudo que se repite mucho en el libro y era su título primitivo (2). Para que el estudio de un achaque ó perversión moral signifique una contribución valiosa á la ética y psicología humana, es necesario que se trate de una enfermedad bastante frecuente y generalizada para que sus consecuencias puedan influir sobre el proceso social. Con ser el caso de *Sapho* eminentemente parisiense, debe añadirse que allí mismo es esporádico en la juventud artística y literaria, y sólo por excepción reviste carácter de gravedad. Al atribuir tan excesiva importancia á una variedad erótica de la abulia, Daudet se parece al profesor de patología que consagrara un curso entero á la rara y casi problemática enfermedad bronceada de Addison. Era natural que Goncourt se extasiara ante « lo completo, humano y bello de la obra maestra », acaso concebida bajo su influencia de literato japonizante y autor convencido de *La Faustin* (3).

Por lo demás, la ejecución de la obra merecía todas las alabanzas; era la perfección de la factura, malgastada en una materia vulgar — algo así como la *frine* de Praxíteles vaciada en cartón-piedra. El autor tocaba aquí el punto culminante de su segunda manera, in-

(1) Daudet no era propiamente provenzal; nació en Nîmes, que pertenecía al antiguo condado de Tolosa y posteriormente á la provincia de Languedoc, cuya capital era Toulouse. Tengo mi puntito de vanidad lugareña en reivindicar á Daudet como gloria de mi provincia.

(2) La novela debía traer como epígrafe el famoso verso de Lucrecio: *Et quasi cursores vitii (por vitai) lampada trodunt*. El fino gusto crítico hizo abandonar la cita con su retruécano, que sólo aparece al final del capítulo IV.

(3) GONCOURT, *Journal*, VI: « *La SAPHO* de Daudet est le livre le plus complet, le plus humain, le plus beau qu'il ait fait... le livre méritant le nom de chef-d'œuvre. »

augurada en *La Evangelista*, y que, como casi siempre sucede, había de exagerarse defectuosamente en *El Inmortal*—para no mencionar las publicaciones posteriores que, decididamente, no le pertenecen por entero. Su novela, ahora, no se compone únicamente de una sucesión de cuadros admirables, pero apenas vinculados entre sí y casi independientes, como en *Jack ó El Nabab*; la forma el desarrollo lógico de una idea maestra. *Sapho* tiene columna vertebral; revela en sus detalles la unidad de composición de un organismo. Por eso también se acabaron las efusiones personales y las prosopopeyas enternecidas, á lo Dickens, que amaneraban y afeminaban un tanto las producciones de la primera época. El escritor maduro, más y más convertido á la estética de Flaubert,—de quien procede toda la escuela contemporánea,—se desprendía de su creación: la dominaba de arriba para seguir su desarrollo lógico, revelando como aquel maestro la fuerza impersonal y tranquila que, después de erigir en pie los personajes, deja que el drama surja únicamente del choque de los caracteres y de la fatalidad de los medios ambientes. En sus proporciones menores y limitado vuelo, aquella novela de Daudet casi alcanza la realidad pasmosa de *Madame Bovary*, sin duda con menos relieve escultural y plasticidad impecable, pero también sin la tensión envarada que revela el esfuerzo titánico de Atlas soportando un mundo, y transmite al lector algo de su fatiga. Á ratos Flaubert—sobre todo el de *Salammbó*—nos hace recordar al *Hércules Farnesio* de Nápoles, rendido al peso mismo de su formidable musculatura, y que necesita apoyarse en su clava como en una muleta colosal. La energía de Daudet queda siempre más nerviosa que muscular; aun en las luchas del gimnasio, la silueta conserva su esbeltez de efebo; y es tan innata su gracia de artista meridional, que imprime un sello de suprema elegancia en su triste heroína: entre *Nana* y *Sapho* hay la distancia que va de la *grue* á la *hetaira*.

Por otra parte, no se encuentra en *Sapho* ni en *L'Immortel* un solo retrato de cuerpo entero: esos minuciosos é interminables re-



tratos de Balzac que pretenden vanamente enseñarnos á los actores ; pero sí, en un momento dado, el relieve de un detalle físico, el rasgo esencial y el ademán revelador que caracterizan al personaje y no se borran más. ¡Qué lamentable y completa psicología, en esa pintura de Fanny dormida, tan consumada cómica en la vida real que ha logrado forjarse artificialmente una belleza y una juventud, y á quien su amante necesita sorprender en el abandono del sueño y el relajamiento inconsciente de la armadura, para conocerla de veras y adivinar su pasado espantoso ! (1) ¡Cuánto croquis inolvidable, lapizado en tres rasgos rápidos, con negligencia aparente, y que son más sugeridores y profundos que un cuadro completo ! El tío Cesáreo, « con sus ojos claros de cabra loca, su gran nariz conquistadora y un rostro que quedaba aniñado á pesar de la tostadura del sol, de su cráneo calvo y su barba de *liquero* » (2); el matrimonio Hattéma, gordo, peludo, sentimental, en perpetuo plenilunio de miel, « cuyos besos retumbaban como palmadas » ; y veinte ejemplos más que podría citar. Lo propio en *El Inmortal*; hemos visto circular á madame Astier, elegante y de aspecto joven aún ; de repente miramos « en su cuello largo las grietitas (como de porcelana) que marcan la edad de la mujer ». Luego, en momentos de entrar en lucha de astucia la madre y el hijo : « El mismo talle flexible, el ojo gris impenetrable, y, en una y otra cara, una ligera tacha, apenas visible, la nariz fina, un poco desviada, dando una expresión marrullera, un no sé qué de poca confianza... » Etc., etc. La filiación física y moral se completa con cuatro ó cinco palabras precisas, y es definitiva. El mismo procedimiento es el que se emplea en todo el curso de la novela : es el de la vida real, sugerido por la experiencia y el hábito de la observación. No vemos á los indi-

(1) « ... et le pli de dégoût affaissant la lèvre inférieure, usée, fatiguée comme une margelle où tout le communal est venu boire... »

(2) Cuente el lector el número y la variedad de las evocaciones en tres renglones ; los extraños ojos estañados del animal que ha dado su nombre al *capricho* ; el perfil aguileño de Francisco Primero ó Condé ; los coristas barbudos de los *Hugonotes*, etc

viduos más familiares sino por fragmentos sucesivos, á medida que una circunstancia decisiva ó una emoción repentina hace resaltar en brusco relieve el rasgo demostrativo. Por eso, los más fugaces comparsas de *Numa Roumestan*, *Sapho* y *L'Immortel* cobran un aspecto de vida y naturalidad incomparables.

Pero el triunfo de la ejecución está sobre todo en el estilo, más suelto y colorido en *Numa*, más recogido y forjado en *Sapho*, ya excesivo y algo entrechocado en *L'Immortel*; casi igualmente eficaz y denso en las tres obras, siendo así que la segunda toda entera ostenta la plenitud magistral del talento en su apogeo. Siempre tuvo Daudet el dón innato de la imagen nueva y de la expresión creada, que constituyó el rasgo genial de Flaubert y la deficiencia incurable de Balzac (1); pero antes se exhibía con exuberancia; aparecía á ratos el *aria di bravura*, la página efectista en que verbos y adjetivos vistosos se alineaban en la frase, como los coristas á uno y otro lado del escenario en un final de ópera. Nada de eso hay en las obras maestras de la segunda época; todo parece motivado y necesario como en la misma naturaleza. Un paisaje exquisito y profundo se despacha en tres plumadas atrevidas, con una pasmosa seguridad de mano. Los breves diálogos, por momentos un poco jadeantes, saltan del alma de los personajes, sin que nada revele el esfuerzo, el artificio, el dicho cortante y teatral á lo Dumas hijo, acuñado para el público. Me falta el espacio para citar, pues sería necesario multiplicar los ejemplos. Á cada instante, en cada página de *Sapho*, se destacan de la trama los hallazgos de forma y observación, las sentencias breves, recogidas, de una *détente* interior prodigiosa, semejantes á la ecuación algebraica que contiene el desarrollo de la curva infinita. Y al lado de eso, estallan de repente los cohetes de cómica alegría, surgen á la vista encantada las perspectivas de gracia y

(1) En las primeras obras de Daudet abundan las reminiscencias de Flaubert; más tarde desaparecen, y en *Sapho* apenas si se señalarían algunos encuentros de epítetos, probablemente inconscientes; v. gr.: (última página del capítulo IV) «*l'éclair d'un rire libertin*» es un eco de *Madame Bovary* (tercera parte, V).

frescura, los cuadros familiares de penetrante suavidad; y el lector saborea las emociones rejuvenecedoras y virginales de la más sana, de la más santa poesía.

Por lo demás, estas últimas novelas están ejecutadas por entero en escorzo; la concisión fragmentaria es sistemática. Pero no es seguramente este sistema el de la *mancha* impresionista, sino un procedimiento literario que trae el recuerdo de Velázquez, en sus cuadros de *manera abreviada*, según la expresión de Palomino. Del fondo y de los personajes no están pintados de veras sino las partes esenciales, pero éstas, con un vigor y una realidad insuperables; el resto se esfuma apenas indicado, cuando no fundido en el ambiente neutro y obscuro, como en el cuadro de las *Meninas*, del museo de Madrid (1). Conserváis de tal ó cual fragmento de la novela una sensación profunda ó grandiosa, vuestra memoria cree guardar la fiel imagen de un vasto cuadro, que ella ha elaborado ó completado; volvéis á abrir el libro: la escena ocupa diez líneas y la forman cuatro frases potentes y originales, henchidas de savia psicológica. Ese procedimiento de arte, que Daudet volvió á encontrar y practicar en el corto período de su fecunda madurez, es propiamente el de los grandes maestros clásicos, desde Tácito hasta Merimée, y bajo este aspecto de la ejecución artística se separa de Chateaubriand y Flaubert.

## V

Ignoro si la temprana desaparición de Alfonso Daudet provocará un movimiento de reacción favorable á su personalidad artística; es muy difícil, en todo caso, que éste sea duradero y profundo. Está muy á la vista que, durante estos últimos años, su importancia exterior ha perdido terreno, no sólo por el lado de la masa burguesa y

(1) Cuando indiqué por vez primera este carácter del estilo de *Sapho* (en 1884) podía parecer extraña la evocación de Velázquez, el gran realista; desde entonces Lemaitre ha popularizado la noción de que entre Zola y Daudet, éste es el verdadero y único naturalista, en el sano y limpio sentido de la expresión.

filistea que prefiere las crudas violencias de Zola, sino también ante el grupo de los innovadores: no queda ya para apreciarle — fuera de las mujeres que saborean ante todo su refinado sentimentalismo — más que el reducido cenáculo de los artistas puros, extraños á toda secta y preocupación. Este reflujo del entusiasmo público encierra sin duda un fondo de injusticia é ignorancia. Sin embargo, si es cantidad despreciable, estéticamente hablando, el voto de la mayoría democrática ó cosmopolita, existe otro indicio más significativo: este es el crecimiento incesante de la gloria de Flaubert, irresistible y lento como el desarrollo secular de un roble, en la selva que su copa domina más y más. En vez de instituir entre el maestro y el ex-discípulo (quien naturalmente, apenas llegado á la emancipación, acentuó la divergencia (1) para afirmar su personalidad) un paralelo en que, sin duda, yo presentaría como buenas razones mis secretas preferencias, juzgo más útil esbozar el método de trabajo que empleaba Daudet en aquella época. — El de Flaubert era muy conocido, aun antes de exhibirse en la plena luz de su *Correspondencia*: es el método severo de los clásicos y de los maestros cinceladores del Renacimiento; algo que podría llamarse el «misticismo de lo Bello»: el genio templado en la voluntad, que persigue con tenaz é incansable anhelo la dolorosa realización de su alto ideal. La literatura moderna no conoce igual ejemplo de invencible energía y conciencia escrupulosa, unidas á tan soberana potencia plástica. Ahora bien: con sus dotes excelsas dominadas por un juicio crítico impecable, en cuarenta años de reclusión absoluta, de exclusiva y porfiada labor literaria, Flaubert ha escrito la materia de cinco ó seis volúmenes: la quinta parte del *bagaje* de Daudet, la décima

(1) Artística, se entiende; las relaciones personales fueron siempre cordialísimas. — Con Daudet los rasgos más sinceramente sentidos suelen sazonarse con un grano de sal tartarinesca; recuerdo que un día, en su cuarto de trabajo, su hijo (entonces colegial y examinando mio en Louis-le-Grand) tomó por juguete una de las numerosas pipas de amigos que se alineaban en el armero de la pared; inmediatamente, el padre, con un tono de doloroso reproche en que retozaba interiormente la *galejada* provenzal: *Voyons, Léon, à quoi penses-tu? La pipe de Flaubert!...*

del de Zola ó Goncourt, — para no mencionar la fecundidad pululante de Balzac ó Jorge Sand. Por otra parte, aquel método de Flaubert no se parecía remotamente á la tarea de jornalero tranquilo, que, invariablemente, « llueva ó truene » ejecuta Zola, escribiendo cuatro horas al día, de ocho á doce, á razón de una página por hora, sin haber sospechado jamás la angustia creadora ni la fiebre extenuante de la inspiración. Flaubert era un entusiasta, un agitado, un neurópata, al igual que Daudet; pero era tal su religión estética, su desdén soberbio del lucro y del vulgar aplauso, que, semejante á Benvenuto Cellini fundiendo el *Perseo*, hubiera arrojado á la hoguera su lecho y su mesa de comer antes que tolerar un desperfecto en la obra sublime. Es muy sabido que en su soledad de Croisset, cerca de Rouen, á raíz de absorber sendos volúmenes para acertar con el único rasgo exacto y significativo, entraba en el infierno de la composición, rehaciendo durante días y noches la comenzada página, que siempre consideraba inferior á su lúcida visión, y consumiendo semanas y meses en la redacción definitiva de un capítulo. Y así ha resultado lo que sabéis, lo que se admirará eternamente mientras exista una literatura francesa y no se haya perdido el sentimiento de la realización estética. (Porque aquél era un sabio ingerido en un poeta, como bien lo mostró cuando el arqueólogo alemán Frœhner quiso criticar temerariamente la erudición de *Salammbô*, saliendo avergonzado y corrido de la empresa.) El arte supremo de Flaubert era la flor tardía y magnífica del árbol de la ciencia; y en el ambiente de credulidad é ignorancia en que viven generalmente los escritores naturalistas (1), el contraste de aquel saber variado y profundo, rematando en la creación imaginativa más perfecta del siglo, contiene una preciosa enseñanza y un saludable ejemplo.

Todo ello es más conocido que el *modus operandi* de Alfonso Daudet, á pesar de cuanto se ha referido al tanteo por *reporters* y cronis-

(1) FLAUBERT, *Correspondance*, IV: « *L'aplomb de Zola s'explique par son inconcevable ignorance* ».

tas. Ni el crítico Lemaître ni el psicólogo Binet han tenido ocasión ó tiempo para seguir de cerca, durante varios meses, la curiosa elaboración de la obra de arte en el autor de *Sapho*. Es precisamente lo que he logrado; hame tocado asistir, como testigo interesado y simpático, á la incubación y alumbramiento de la mencionada novela, y considero que esta larguísima observación, consignada en mis apuntes, merecería ser referida, al menos compendiada, pues constituye un capítulo de retórica viva y de valiosa psicología artística.

Cuando el ilustre novelista me hizo el honor de admitirme en su intimidad estaba casi concluído el plan de *Sapho* y, *mutatis mutandis*, recogidos los datos relativos á las escenas y personajes; estos apuntes ocupaban dos ó tres cuadernos de letra microscópica. Daudet estaba lleno y poseído de su obra en germen; no veía más que ella en el mundo, veinte veces al día mentaba á Gaussin, Fanny, Divonne, como á personas reales; pero no tardé en notar que si en mi presencia, como delante de la familia y el secretario Ebner, refería episodios ó hallazgos repentinos de su libro futuro, se abstenía de cualquier confidencia circunstancial ante diaristas y literatos; me cuesta agregar que el mismo Goncourt no estaba al parecer excluído de la regla: una mañana que entró el autor de *Chérie*, mientras Daudet « ensayaba » un pasaje, él dió un giro nuevo á la conversación y no volvió sobre el asunto. No olvidaba el escamoteo del tema de *Numa Roumestan* por Claretie, que frangolló su rapsodia en pocas semanas, teniendo la bonita audacia de dedicarla al mismo Daudet; la mala pasada le había dejado rencor profundo y ¡era de oír cómo vestía en sus momentos de buen humor al futuro administrador de la Comedia y académico!

Durante la primavera de 1883, después de « poner en pie », como él decía, los primeros capítulos de la novela, se sintió fatigado; mejor dicho, hallábase alegre y dispuesto para contar su libro, pero experimentaba una especie de inhibición física para tomar la pluma y emprender la redacción definitiva. Prolongóse el *relâche* con gran provecho mío, pues fueron las semanas en que le ví más

á menudo fuera y dentro de su casa, y pude estudiarle mejor. Por su lado él me hojeaba como un libro, preguntándome de mi vida americana, prodigándome los consejos y estímulos. En mayo ó junio se puso á esbozar el capítulo del hotel intérlope y de la fiesta campestre en Enghien ; costábale gran trabajo, como que conocía mal á sus dos horribles españolas, Rosario y Pilar, cuyos nombres le suministré (¡ famosa colaboración !), amén de algunas palabrotas castellanas que, más ó menos estropeadas, salpican de crudo exotismo la disputa de las dos harpías.

Dos ó tres veces recibí en mi alojamiento (calle de l'Arcade, donde vivió Sapho!) esquelas de Daudet, dándome cita para la mañana siguiente. Me recibía solo y me anunciaba que me iba á leer el famoso capítulo... No lo leía, pues no estaba realmente escrito, pero sí lo contaba, lo cantaba, lo gesticulaba y representaba con un brío de improvisación y un desborde de talento inauditos. De vez en cuando, para observar el efecto de un rasgo atrevido y nuevo, se incrustaba el monóculo bajo la ceja y me examinaba al lanzar el cohete. Aquellas representaciones oratorias y dramáticas me causaban una sensación extraordinaria, que el estilo enfriado é impreso nunca logró reproducir íntegramente. Después de oírle, encontraba siempre que algo faltaba á su prosa tan intensa y viviente : y era su acento cualroso y su acción expresiva. Yo apreciaba debidamente el honor que para mí contenían estos « ensayos » á puerta cerrada de lo que él llamaba la *littérature debout* (1) ; y aunque parco de observaciones, tratándose de maestro y aprendiz, paréceme que lograba su objeto, pues repetía la invitación. Pero, apenas concluía el recitado, me abría la puerta y, dándome una palmada en el hombro : « Váyase al punto : voy á escribir todo esto, calentito!... »

Así esbozó en mi presencia dos ó tres capítulos más ; y cuando más tarde recibí la novela concluída, con una cariñosa dedicatoria,

(1) Alusión á la división de la magistratura francesa; los jueces forman la *magistrature assise*, los abogados generales, procuradores, etc., el *parquet* ó *magistrature debout*.

parecióme al pronto que era otra *Sapho*, más pálida y fría que la de marras. Y ciertamente que traía muchos cambios y no era del todo ilusoria mi sorpresa. ¿Ha sido siempre feliz la supresión? Recuerdo, por ejemplo, en el capítulo del Castelet, un cuadro conmovedor de la viña muerta, roída por la filoxera, y recorrida á la luz de la luna, como un cementerio cubierto de cruces negras que eran las cepas en esqueleto — la ruina de la familia y la inminente catástrofe. El fin del libro que escuché era una conferencia del médico Bouchereau, mortalmente herido por la traición de Juan y la desesperación de su hija — su sobrina en la novela — y desplomándose en su cátedra del Colegio de Francia, al pronunciar su lección sobre las enfermedades de la voluntad... Sin duda su conciencia de artista consumado y un concepto más alto de la obra severa le aconsejaron estas y otras mutilaciones — pero eran cuadros soberbios y patéticos, y sigo pensando que el autor ha suprimido algunas bellezas de primer orden.

Ahora bien : descartado todo lo que el procedimiento revela de potencia imaginativa é irradiación inspiradora ¿ debe aconsejarse tal manera de concebir y elaborar la obra de arte, que asimila lo que es para otros una lenta cristalización de la belleza, á una fogosa improvisación oratoria, gesticulada ante la visión trepidante de un cinematógrafo? ¿ Aparecen allí buscadas y halladas las verdaderas condiciones del monumento duradero y definitivo, *aere perennius*, que el otro gran escritor, modelo y maestro de toda la literatura contemporánea, tenía la conciencia de haber erigido para su gloria y la de su nación? La respuesta fluye de las reflexiones precedentes, y la sentencia más justiciera que respecto de Daudet pueda pronunciarse, es que su producción intermitente y admirable da la idea é inspira el sentimiento de la obra genial que podía hacer y no ha hecho : nos ha dado el polvo de diamante que hace reverberar al sol sus mil facetas microscópicas, en lugar del único brillante, tallado y valiosísimo, que la suma de aquellos cristales diminutos representa para la sola imaginación.



Tal conocí y amé al gran artista que acaba de extinguirse. á la edad que para otros representa la plena madurez y el apogeo del talento. Para mostrarle mejor, he tenido que ponerme en escena, refiriendo cómo me fué dado estudiarle en la intimidad. Pero no he hablado bastante de su aguda perspicacia intelectual, de su perpetua irradiación creadora, no he insistido en sus cualidades de hombre y amigo, tan negadas por la impotencia y la envidia; acaso debí referir algunos actos caritativos de que he sido único testigo, — como cierta visita desgarradora que hicimos juntos á una bohardilla del barrio Montparnasse, — y mostrar con qué generosidad espontánea ese irónico burlón tendía la mano á los infortunios que llaman diariamente á la puerta de los hombres célebres.

Temeroso de que se pudiera atribuir á satisfacción pueril la ingenua expresión de mi agradecimiento, tampoco he hablado de su bondad para conmigo, de su amabilidad inagotable para presentarme á los que entonces merecían ser vistos y escuchados, de su indulgencia por mis ensayos y, finalmente, de sus consejos alentadores que me mostraban todavía posible un porvenir más halagüeño, si no más feliz... Confieso que me dejé tentar por el gran seductor; y en la tarde triste de mi salida de París, cuando joven y lleno de anhelos de gloria, creía que pronto había de volver: al alejarme por la avenida de la Opera, me daba vuelta por momentos hacia el Apolo de Millet que erguía su lira de oro en el espacio, como un llamamiento falaz... Había de volver después de doce años, tan obscuro é ignorado como antes, con algunas ilusiones menos y algunas decepciones más, quizá por haber quedado fiel, como el Posa de Schiller, á los ensueños de mi juventud. Y acaso no haya osado confesarme á mí mismo que no quise entonces ver á Daudet ni á los otros, porque retornaba á mi patria, hijo pródigo cuádragenario á quien nadie podía ya recibir en el umbral paterno, sin haber realizado uno solo de mis anhelos ni cumplido una sola de mis promesas.

P. GROUSSAC.

## EL MONUMENTO DE LUCIO V. LÓPEZ

---

El 29 de este mes, tercer aniversario de la muerte, ha tenido lugar en el cementerio del Norte la dedicación del monumento erigido á la memoria de Lucio Vicente López por la solicitud piadosa de sus amigos. La ceremonia ha sido grave y «decente» — en el recto sentido latino — sin aparato facticio ni estrépito vulgar. La entrega del mausoleo por el presidente de la comisión, que en forma sencilla daba cuenta de su honroso encargo, el carácter exterior del acto, la enumeración de la asistencia; todo lo superficial y fugitivo de la triste función ha sido consignado en los papeles del día y no es misión nuestra reproducirlo. Aquello ha pasado: quedan ahora el monumento y el discurso. La estatua de Falguière reviste belleza alta y severa, desnuda del blando amaneramiento y fácil sentimentalismo que un gusto falso hubiera sugerido, y acaso preferido. Simboliza, cual era necesario para que la muda alegoría perpetuase una enseñanza y la obra de arte fuese también un documento histórico, el largo estremecimiento de la sociedad indignada y herida, en la trágica noche de angustia que ningún testigo olvidará; y aquel dolor inmenso tendido sobre la ciudad natal, formado de millares de lágrimas y suspiros dispersos, es el que se ha condensado ahora y como coagulado en la eterna protesta del mármol. Se alza para siempre en su sitio inviolable, donde la miraremos cada vez que la muerte nos imponga otro fúnebre peregrinaje, ensayo y anuncio del que no tiene vuelta; la contemplaremos pensativos, tanto más imponente y solemne cuanto mayor sea el silencio, más velado el reflejo

crepuscular que envuelva la blanca imagen — y acaso, investigadores inquietos del temeroso enigma, nos atrevamos algún día á descubrir aquí que el gran problema tiene su solución — en la disolución.

Ha de quedar este discurso, no tanto en un cuaderno, de hojas poco menos efímeras que los *ludibria ventis* de la Sibila, cuanto en el corazón de los que lo escucharon, viéndolo palpitar en labios que no fingían. Subsistirá como exvoto sagrado de todo un pueblo, el cual se ha sentido tan dignamente representado en esta voz vibrante y varonil, sincera y fuerte como él mismo, que después de ésta no ha querido oír á otra. Nadie se detendrá ante el sepulcro sin evocar mentalmente el epitafio, que allí no cabe por su justa amplitud, y ha sido grabado por la mano leal y querida que el mismo muerto hubiera designado.

Así, pues, vivirán, juntas en nuestra admiración agradecida como en el propósito, la oración y la escultura, ofrendas fraternales del talento y del afecto. Y — ¡ consolante ilusión que se exhala de este duelo, como de un túmulo griego el aroma balsámico! — hay una melancólica dulzura en pensar que la pérdida de este artista, sér de elegancia y selección, ha sido causa para que la belleza apareciera al fin en nuestra Vía Apia; y que, si su alma inmortal, Psiquis nostálgica de la tierra, volviese de noche á flotar en el mármol, vaporosa y sutil como un rayo de luna, se vería figurada y sentida como quisiera serlo.

## DISCURSO DEL DOCTOR CARLOS PELLEGRINI

Señores :

Pasado el dolor agudo que en el primer momento produjo el golpe inesperado y brutal, serenado el espíritu después de la sorpresa y confusión, y convertido el impulso primero de indignación y de ira en un sentimiento de pena tranquila y profunda, volvemos,

pasados tres años á pararnos descubiertos ante esta tumba, que encierra para nosotros despojos queridos, para la patria esperanzas é ilusiones perdidas.

El tiempo, al correr, ha confirmado la verdad del homenaje que brotó de labios amigos; ha justificado el profundo dolor que embargó los espíritus en la hora que sucedió á su muerte, y no ha amenguado las proporciones que el corazón emocionado dió á la inmensa pérdida.

Con esos mismos sentimientos y los mismos altísimos conceptos, venimos hoy á inaugurar el monumento con que el arte perpetuará en los tiempos lo que la muerte no debe destruir, lo que nosotros queremos que viva y resplandezca — lo único que nos queda de López: los nobles y grandes atributos de su alma inmortal.

Lucio López, de ilustre abolengo, fué un fruto seleccionado de nuestra cultura intelectual; desde sus primeros años, nutrió su inteligencia en el seno fecundo y robusto de su propia raza, y penetró en la vida formando parte de ese círculo elegido del talento y el saber, guía y consejo de las sociedades, que, en las épocas tranquilas como en las horas agitadas, realiza las conquistas pacíficas de la ciencia, ó alcanza las ruidosas victorias de la política ó la diplomacia.

Cuando la muerte hiere á estos hombres, hiere á la nación en su masa cerebral, y cuando los golpes son tan certeros y tan repetidos, puede el organismo resentirse de una parálisis parcial, que ya pende como una amenaza ante el porvenir de la República.

El ingenio de López reunía ese vasto cómputo de aptitudes que el medio y la necesidad imponen á los hombres llamados á actuar en nuestras nacientes escenas americanas, donde las exigencias son múltiples y los actores escasos.

Fué poeta y literato. Se reveló como tal desde niño, cuando nos sorprendió con elegías y cantares que denunciaron al juvenil artista. Como literato marcó su estilo desde el primer momento, y de pocos escritores podrá decirse con mayor verdad, que su estilo era

el reflejo exacto de su fisonomía intelectual y moral. Un fondo sólido de ciencia y de saber, una exposición metódica y sencilla, una dialéctica vigorosa, un sentimiento crítico y agudísimo, una imaginación viva, siempre inquieta y traviesa sin maldad : todo esto se encontraba en los escritos de Lucio López para darles ese atractivo general que tiene siempre lo que, á la vez, instruye y deleita.

Con envidiable talento descriptivo trazó y nos ha legado cuadros escritos que reproducen con fidelidad admirable y con verdaderas palpitaciones de vida, paisajes nacionales, recuerdos históricos, escenas de la colonia ó usos y costumbres, ya olvidados, de lo que fué nuestra « gran aldea ».

Como orador parlamentario, pertenecía á la misma escuela : sencillo, metódico, convincente, elegante en el vuelo tranquilo de la frase, sabía amenizar una exposición con pinceladas de luz, ó chispazos de espiritual ingenio, que hacían vacilar la convicción contraria cuando el argumento no había logrado conmoverla. Temible en la réplica, por la facilidad y elegancia con que esgrimía la ironía ó la sátira, sus adversarios lo atacaban con cautelosa desconfianza, temiendo siempre que en medio del relámpago de una frase, los alcanzase el dardo que hiere siempre, mortalmente á veces.

Al penetrar en la vida, entró de lleno en las altas esferas donde tanta brillante cualidad debía hallar espacio propicio para su vuelo poderoso, y su rápido paso por un ministerio nacional, en época borrascosa, bastó para mostrarlo dotado de las condiciones que se requieren para afrontar todas las situaciones y resolver cualquier problema. Donde las desplegó en toda su amplitud, fué cuando, como interventor nacional, aceptó la difícil misión de dirigir la reorganización política y administrativa de nuestra gran provincia, profundamente perturbada por extravíos pasados y sacudimientos revolucionarios.

Le fué necesario, para llenar esta ingrata pero honrosísima tarea, saber combinar una severa energía con una flexibilidad inteligente ; tener un profundo conocimiento de los hombres y de las cosas, para

que la reforma reparadora no se convirtiera en reacción vengativa, destructora y estéril, — pendiente en la que es tan fácil resbalar, cuando se llega al poder bajo la influencia de pasiones, enardecidas por reales ó falsos agravios pasados. Su acción administrativa inició la era de orden y prosperidad de que goza la provincia, y que, después de años tumultuosos, fué el punto de arranque de la pacificación nacional.

Con tranquila energía restableció la moral administrativa, y al castigar excesos ó abusos pasados, no se cuidó de los resentimientos que provocara; y las iras concentradas, que brotaron ante su acción benéfica, fundieron la bala que había de ser la injusta recompensa de su patriótica conducta.

Su figura social no ha sido ni será por mucho tiempo olvidada, porqueno ha sido ni sera fácilmente reemplazada. La siempre risueña vivacidad de su espíritu que, como su actividad física, parecía no necesitar del reposo; esa cabeza graciosamente modelada, inteligente y atrayente, la mirada de sus ojos vivísimos que al fijarse se contraían como para hacer más aguda la visual y penetrar más honda en el íntimo pensamiento ajeno; la línea casi imperceptible en la que asomaba una sonrisa que anunciaba el trabajo interno de la imaginación fecunda, ó la frase espiritual é intencionada próxima á brotar de sus labios: todo esto reunido formaba esa persona simpática cuyo recuerdo vivirá siempre con nosotros, porque supo grabarse profundamente en nuestras más caras afecciones.

Todo esto lo reunía ya Lucio López, en aquella edad en que empieza tan sólo á sazonzarse el fruto del estudio, del esfuerzo, de la propia é irreemplazable experiencia, y en que la vida descubre ante la mirada horizontes vastos y luminosos. Cuando era ya el brote robusto, que nacido de la raíz del tronco añoso, tiende sobre el hogar sus ramas verdes y poderosas, pronto á reemplazar en la honra y en la gloria al árbol secular, el día que el tiempo marcara para él la hora inevitable; cuando veía en torno suyo brotar una joven generación que en nuevo siglo perpetuará su nombre, continuando la hidalga

tradición; cuando su país posaba su mirada con cariño sobre su frente pensativa y severa, y meditaba tal vez confiarle en día no lejano sus propios destinos; cuando todo á su lado entonaba ya el himno del triunfo que corona los esfuerzos de la vida, — en día nefasto, levantó la venganza su brazo airado y de un golpe mortal tendió en este eterno lecho, al noble hijo, al buen padre, al amigo inolvidable, al gran ciudadano, y redujo á un puñado de polvo estéril ¡ tantas esperanzas, tantas ilusiones, tantas nobles y altas cualidades!

Grito de dolor é indignación se levantó ante el fatal anuncio, y un eximio artista de siempre feliz inspiración ha eternizado en este mármol el gesto airado de una sociedad que, hondamente herida, protesta aún contra el enorme atentado: *Vivit sub pectore vulnus!*

Nos prueba esta tumba que no es sólo el soldado, quien al poner su inteligencia y su brazo al servicio de su patria, le entrega á la vez su libertad y su vida, para que, pisando sobre ellas, pueda escalar las alturas de la gloria. Los que se entregan al servicio público se hacen también esclavos de su misión, y pronto se ven apresados por las terribles exigencias de la vida pública, á quien tienen que dedicar, no sólo todas las energías de su alma, su independencia, su libertad, sino hasta el reposo y la felicidad del hogar, y acaso la vida misma. Es grande la deuda de gratitud que un pueblo tiene para estos leales servidores, y ¡ felices los que al caer pueden como López presentar sus vestiduras desgarradas por la lucha, salpicadas sólo con su propia sangre, pero limpias y libres de toda mancha!

Señores:

Hemos rendido un justo y merecido tributo; y ahora sólo nos resta, templada el alma con tan noble ejemplo, cerrar las filas y seguir adelante en el avance perpetuo y mortal de la vida. Pero al alejarnos de aquí no abandonamos nuestros muertos queridos. Queda el arte que, como centinela eterna de su nombre y de su gloria, velará sobre ellos y los defenderá contra la voracidad de los años ó las injurias del olvido.

# DOCUMENTOS HISTÓRICOS

---

## DIARIO DE LA TOMA, POR LOS INGLESES, DE ESTA CIUDAD Y SU RECONQUISTA

El 21 de Junio vino Peña el Piloto á avisar q<sup>e</sup> se abisaban 10 Buques p<sup>r</sup> las inmed<sup>es</sup> de la Ensen<sup>da</sup>.

El 24 á la noche se presentaron en frente de B<sup>s</sup> Ay<sup>s</sup> en cuyo estado amanecieron el 25. Este dia al medio dia se fueron aproximando a los Quilmes en donde se desembarcaron. A las cinco y media de este mismo dia partió la gente con el tren al mando del Inspector D. Pedro Arce, y durmieron del otro lado del Puente de Galves.

26. La Batalla de los Quilmes p<sup>r</sup> la mañana y a la noche un choque, los del Puente con un trozo de Ingleses.

27. Combate á las 7 y media y a las 3 y media ó 4 de la tarde entraron al Fuerte. Esta noche quitaron el Relox al D<sup>r</sup> Molino Torres un Ingles que mando castigar el Ingles Berresford.

28. Esta noche hirieron á D<sup>na</sup> Nicolas del Campo unos Ingleses en el saguan de su casa. A las 9 de la mañana la Bandera en el Fuerte, y salva en el Fuerte y Barcos.

29. Se recibieron los Ingleses del Parque y Almacenes de Pól-  
vora.



*Julio*

Dia 5 hizo el juram<sup>to</sup> la ciudad de guardar fidelidad al Rey de la Gran Bretaña. En este mismo dia se paso oficio al Obispo, Cabildo Eccles<sup>co</sup> Coleg<sup>o</sup> y demas comunidades p<sup>r</sup> el conducto del Cavildo quien convocaba á dhos cuerpos al expresado fin. Esta noche se sacramento al D<sup>r</sup> Montero.

6. Este dia paso el Obp<sup>o</sup> al fuerte á hacerle presente los inconvenien<sup>tes</sup> que havia p<sup>a</sup> dha diligenc<sup>ia</sup>. Sobre este mismo asunto se hizo una junta á la tarde en casa del Obp<sup>o</sup> á q<sup>e</sup> concurrieron las cabezas de las comunidades y Curas de la ciudad. A las oraciones murio el D<sup>r</sup> Montero en la Recoleta á donde se acogio el dia de la toma de la Plaza. Llego la plata de Luxan y el tren que saco el Virrey y le havia abandonado en el Monte de Castro.

12. Prendieron a Sanginex cadete y otros p<sup>r</sup> que auxiliaban á los desertores Ingleses.

19. Este dia tbn tomaron un místico que entro en este puerto en la persuac<sup>on</sup> que estaba p<sup>r</sup> España : su principal cargam<sup>to</sup> constaba de Azeite.

20. Se hizo en el fuerte una salva g<sup>al</sup> pero se ignora su motivo.

26. Se entrega la corresp<sup>a</sup> del místico que venia para los particulares.

27. Me vino a convidar á comer Campbell.

29. En este dia salieron 600 Ingleses con la musica, de la Rancheria, bajaron formados por el Retiro, subieron p<sup>r</sup> la Recoleta y se pusieron á hacer ejercicio en los corrales de Miserere de donde se retiraron á las once del dia p<sup>a</sup> el Quartel.

Esa misma tarde hicieron la Parada en la plaza.

*Agosto*

Día 1. A las dos y media ó tres de la mañana salio Berresford con 700 hombres p<sup>a</sup> el campo de Perdriel y 6 piezas de tren. Amanecio el dho exercito en las inmediaciones y á las 7 ú ocho de la mañana se rompio el fuego que duro una hora : de cuyas resultas quedaron heridos tres ó quatro Ingleses y uno nro que no entro en la refriega pero le toco una bala p<sup>r</sup> casualidad. El exercito se retiro á la tarde con 6 ó 7 prisioneros y entre ellos un Aleman Artillero desert<sup>or</sup> que no se escapo p<sup>r</sup> estar algo tomado.

2. Cortaron la pierna al Español herido en la Pantorrilla p<sup>r</sup> la gangrena.

4. Llegaron los nros a las Conchas p<sup>r</sup> la mañana con Liniers.

5, 6, 7. Temporal de aguas en S<sup>n</sup> Isidro en el qual salieron a tierra dos cañoneras de los Ingleses.

8. Recogieron los cañones de dhos buques.

9. Caminó nro exercito desde S<sup>n</sup> Isidro á pié hta el potrero de la hacarita del Colegio a donde llegó á las orac<sup>nes</sup> en cuya hora disparó una pieza de artilleria.

10. Se dijo Missa en dho sitio y concluida esta se partieron p<sup>a</sup> los corrales del Miserere de donde expidieron a D<sup>n</sup> Hilarion Quintana con la Embajada al Fuerte a las doce y media a que no se contesto p<sup>r</sup> hallarse Berresford inculcando al Obpo p<sup>a</sup> que pusiese excomun<sup>on</sup> á los que tomasen las armas del pueblo. Luego al poco tpo volvio y se le contesto que la suerte de las armas decidiria la empresa. A las 4 y 1/2 de la tarde avanzaron al Retiro rindiendo la guardia y a Berresford que se puso en fuga p<sup>a</sup> el Fuerte q<sup>do</sup> venia á atacar al enemigo — luego se puso la bandera Española en la plaza de toros — Un oficial Ingles que había puesto el Gen<sup>l</sup> en la torre de la compañía le aviso que eran 3000 los del Retiro q<sup>do</sup> no eran ni mil y quinientos.

11. Prosiguieron las abanzadas de los nros. A las 8 de la mañana llegó Man. Gaona conduciendo en dos carretas dos cañones de a 18 reforzados que se montaron en dos cureñas del Parque p<sup>a</sup> las que formaron exes nuevos p<sup>r</sup> haberselos con precauc<sup>on</sup> acerrado los dias antes los Ingleses. A las once de la mañana empezaron á hacer fuego con uno de dhos cañones a una fragata inglesa que se hallaba en balizas, la cual contesto con balas de a doce y una de las cañoneras inglesas. Este dia p<sup>r</sup> la mañana se incorporo el trozo de Blandengues que venia al cargo de Martinez y un cuerpo de voluntarios con una bandera blanca y colorada, con cuyo matiz se componia la escarapela de dhos soldados llamados de la Union con sus armas correspond<sup>tes</sup>. Siguió el fuego del rio hta p<sup>r</sup> la tarde. Esta noche se empezaron á formar los sacos a tierra p<sup>a</sup> el abanze del Fuerte que quedaron formados el dia del asalto.

12. Se toco la generala a las 7 y a las 8 y media segunda vez que fue la del asalto. A las once la Bandera Parlamentaria; a la una de la tarde empezaron á rendir las armas en el Cavildo quedando Quartel de prisioneros.

13. Pasaron los Ingleses prisioneros, esto es la mitad al Retiro y la otra al corralon de la carcel. Se prendio á D<sup>n</sup> Vicente Capelo.

14. Se enterraron los dos oficiales ingleses muertos en el Retiro, en el Parque de artillería, se hizo la junta pública en Cabildo p<sup>a</sup> el Virrey y a la tarde se canto el *Te Deum* con salvas de todo el tren repartido en la plaza.

15. Misa de gracias en la Catedral.

23. El alboroto que se havian levantado los Ingleses en el Retiro, y entierro del Dean á la tarde. Este alboroto fue originado de las camaretas que se tiraron en el Socorro con una func<sup>on</sup> que se hizo en acc<sup>on</sup> de gracias las oyo un borracho y fue alborotando el pueblo.

# REDACTORES DE « LA BIBLIOTECA »

## TOMO SEXTO

**ALBERTO B. MARTÍNEZ.** (ACRECENTAMIENTO DE LOS GASTOS NACIONALES).

Nació en Buenos Aires el 24 de agosto de 1858. Desde muy joven reveló afición decidida á los estudios estadísticos. La amistad y el ejemplo del ilustre Rawson decidieron de su vocación. Allado del eminente orador y distinguido higienista, que consideraba justamente la estadística como la base de toda sociología, el señor Martínez escribió sus primeros trabajos. Como miembro de la comisión del censo de la Capital (1887) redactó la *Historia demográfica* y el *Estudio topográfico* de Buenos Aires. Director de la Estadística municipal en 1888, regularizó el servicio y la publicación del boletín mensual y del *Anuario*, en castellano y en francés. En 1892, fué nombrado sub-secretario de Hacienda, cargo que desempeñó durante varios años. Además de sus publicaciones oficiales, el señor Martínez es autor de las obras siguientes: *El presupuesto nacional* (1890); *Las Finanzas comunales de Buenos Aires* (1892); tiene en preparación un meditado estudio con este título: *Les Finances de la République Argentine*.

**RÓMULO E. MARTINI** (JACINTO GALLINA).

Nació en Buenos Aires el 20 de noviembre de 1873, de padres italianos, establecidos como comerciantes en esta ciudad. En mayo de 1886 fué á Italia é ingresó en el colegio « salesiano » de Alassio (provincia de Génova), cursando allí estudios secundarios hasta el bachillerato. En 1892 se matriculó en la universidad de Pisa y siguió los cursos de la facultad de Jurisprudencia hasta el doctorado en derecho (*laurea*), cuyo título alcanzó en 1896. Pasó de allí á la facultad de Florencia para seguir los cursos de Bellas Letras, cuya *laurea* acaba de recibir en noviembre próximo pasado; inmediatamente ha tomado inscripción en el departamento de Ciencias sociales para completar su alta educación literaria, y espera coronar su carrera en julio próximo con el doctorado correspondiente. Con su origen y educación italianos, el joven

doctor Martini es argentino de lengua y sentimientos; y ello por cierto no es parte á entibiar el amor que le inspiran la patria de sus padres y el *alma mater* donde ha bebido el saber. Volverá pronto á tomar su puesto de ciudadano en Buenos Aires, donde con sus conocimientos variados y sus dotes literarias, le auguramos en el foro y en la prensa un porvenir halagüeño.

**DELIO MIRANDA** (LO QUE SE AMA).

Habremos de defraudar por esta vez la legítima curiosidad del lector. Después de conocer la nota de la página 381, que precede su trabajo, la persona que oculta su figuración literaria bajo este seudónimo nos ha hecho expresar, por un miembro respetable de su familia, las razones que tiene para conservar el incógnito. Aunque no convencidos, respetamos esta resolución y retiramos la noticia *conjetural* que teníamos escrita. Deploramos tanto más la decisión de Delio Miranda cuanto que el mal ejemplo puede ser contagioso. ¿Quién nos dice que tan exagerada modestia no tendrá imitadores, y que en adelante habremos de hacer violencia á nuestros colaboradores, para presentarlos al público,—á manera de esos maestros aclamados que, en la noche de estreno, aparecen en el « palco escénico », arrastrados á tirones por el director de orquesta y el empresario?

**D. VÉLEZ SANSFIELD.** (UN DISCURSO Y UN ARTÍCULO).

Nació en Córdoba, el 18 de febrero de 1801; murió en Buenos Aires el 31 de marzo de 1875. Principió y completó sus estudios en la ciudad natal hasta doctorarse en derecho. Diputado al Congreso constituyente de 1825, tocóle desempeñar las funciones de secretario interino; más tarde, contribuyó á la efímera organización nacional. Adicto á la política de Rivadavia, fué enviado á Cuyo para conseguir la aceptación de la constitución unitaria; allí, como en otras partes, la rechazaron los caudillos, y, arrollada la frágil

presidencia, asomó la anarquía. El doctor Vélez estableció en Buenos Aires su estudio de abogado. Dice Sarmiento que su amigo « no era hombre de armas llevar »: durante la tiranía, vivió, como Sieyès; no tan pasivamente, sin embargo, que no mereciera ser perseguido y proscrito, en 1842. Su destierro fué breve: pudo volver á Buenos Aires, ejercer su profesión y, como el doctor López y otros, gozar de gran crédito « intelectual » ante Rosas, sin abdicar su independencia. Fuera de sus estallidos inexpiables, la tiranía de Rosas es un proceso que pide revisión: ha sido fallado en primera instancia por jueces recusables. La coexistencia tranquila, durante varios años, de la « mazorca » y de tanta gente de bien, induce á pensar que, entre el rojo federal y el celeste unitario, cabían muchos matices. El doctor Vélez escribió libros, ganó pleitos, levantó su fortuna y, siendo liberal, hizo triunfar muchas causas justas ante los tribunales del tiempo: ello no es síntoma del caos arbitrario que se ha pintado. En la conducta personal del dictador hay muchos crímenes indelebles; en su perpetua tiranía, sin solución de continuidad, ha de haber exageración. — Entretanto surgió Caseros, y este consejero presunto de Rosas, en algunas resoluciones « nacionales », figuró entre los primeros obreros de la reorganización liberal. En 1852 fundó *El Nacional*, que después de tan brillante carrera debía tener tan triste fin! En la Legislatura, pareció, desde el primer momento, que sólo él no ejercía funciones improvisadas: depositario de la alta tradición, soldaba sin esfuerzo sus ideas presentes de gobierno á las del Congreso de 1825, y su palabra fuerte y nutrida, desnuda de los floripondios retóricos que muchos cultivaban, cobró autoridad incomparable. Así en la prensa como en la tribuna, mientras otros repetían frases sonoras y lecciones aprendidas para la circunstancia, Vélez hablaba de lo que sabía á fondo por haberlo estudiado durante años: es el secreto de todos los ascendientes duraderos. Por eso también nunca fué popular. La popularidad no se adquiere por el respeto, sino por el « prestigio » — vocablo falaz que, contra todas las leyes

de la etimología, ha contraído parentesco con el de « prestidigitación ». En su diario, en la legislatura, Vélez atacó con elocuencia y doctrina el acuerdo de San Nicolás. Quedó uno de sus aforismos lapidarios y ¡deplorable tributo pagado al culto contagioso de la frase! era el único que consignaba un error: « Los pueblos no son á medias ni libres ni esclavos ». Es lo contrario de la verdad. Producidas la revolución del 11 de septiembre y la segregación de Buenos Aires, el doctor Vélez permaneció fiel al programa de toda su vida: no fué sólo, como de otro ilustre se ha dicho, « provinciano en Buenos Aires », sino y ante todo, argentino con Buenos Aires. Senador, ministro de Obligado y Alsina, convencional, comisionado de Buenos Aires en el Paraná, consagró su autoridad moral á la solución del gran problema orgánico. Sabido es cómo se obtuvo: después de la solución provisional, la definitiva tuvo que elaborarse en veinte años de esfuerzos y sacrificios; — y la historia comprobará que los que la consumaron, necesitaron imponerla por la violencia á los que la iniciaran. Senador por Córdoba, Vélez Sarsfield compartió su asombrosa actividad entre las funciones legislativas y las de juriconsulto. Principal redactor del Código de comercio y único del Código civil; fué esta obra el coronamiento de su vida, mucho más que el ministerio del Interior, que desempeñó en la administración Sarmiento. Muchos han sido ministros; algunos sin dejar huella de su paso — pues el sistema presidencial los tolera con muy desiguales aptitudes; — aunque la labor administrativa de Vélez Sarsfield ha sido una de las más fecundas de nuestro gobierno constitucional, su obra de juriconsulto contiene la característica de su figura austera y pensativa: es el Codificador argentino. — Al pronto parece extraña la actitud de un pueblo libre que confía á un solo hombre la formación de la Ley suprema, destinada á ser el esqueleto del organismo social; y no menos singular la de un congreso que sanciona tal producción á libro cerrado: diríase que ello no se aviene con la capacidad exigida para el *self-government*, importando tan solemne cometido una suerte

de abdicación. Con todo, fué sabia la confianza de la Nación. La experiencia del jurisconsulto era una seria garantía de que su obra ecléctica no se apartaría en el fondo de las similares, derivadas de un modelo común y de una doctrina aceptada; las innovaciones entrevistas no eran de las que causan honda perturbación nacional. Los mismos términos de la sanción honran el sentido práctico del pueblo argentino: muy lejos de aceptarse el *Código civil* como un evangelio perfecto é inmutable, se encomendaba al poder judicial el estudio de sus deficiencias. El tiempo ha demostrado la bondad del método; las reformas parciales se han realizado sin conmover el edificio. Este concepto prudente era el único racional y científico: un código civil no es una columna de bronce, sino un organismo vivo que evoluciona en armonía con el medio social. Por eso, después de un cuarto de siglo, la obra subsiste; y la estatua que hoy se erige al patriota, al incansable propagador de la nacionalidad, al defensor del derecho privado y público, al hábil estadista, al orador y escritor desigual, pero siempre eficaz y lleno de savia — descansa en el pedestal de granito del *Código civil*. Háse dicho que la forma literaria guardó siempre secretos para Vélez Sarsfield. El juicio es exacto, sobre todo en la especie á que se aplica: la traducción de Virgilio es un ejercicio gimnástico de estilo, que sólo tuvo utilidad para su autor. Como todos los que piensan por cuenta propia y no son rapsodas de inspiraciones ajenas, Vélez poseía la forma adecuada á su concepto. En sus alegatos, discursos, tratados é informes, — hasta en la redacción del *Código*, — su expresión sólo ha desfallecido cuando sus ideas carecían de nitidez ó cohesión. Muy al contrario, siempre que revelaba el pleno dominio de su asunto; y algunos de sus artículos en *El Nacional*, así como sus tres ó cuatro magnas arengas en la Legislatura y la Convención, revisten la forma severa y sobria, fuerte hasta la belleza, que cuadra al pensamiento varonil. No persiguió el arte que huía de él; y esto, sin duda, es preferible á soportar durante cincuenta años las repulsas de la Musa. De las abundantes canteras de Córdoba, no se

ha extraído hasta ahora el mármol estatuario. Por lo demás, ningún homenaje es más justo y merecido que el que hoy le tributa su provincia natal. Vélez Sarsfield es el gran cordobés — y una de las figuras más altas y acentuadas de la historia civil argentina.

**AGUSTÍN DE VEDIA** (EL CENSO Y LA CONSTITUCIÓN).

Nació en Montevideo el 10 de enero de 1843 é hizo en aquella ciudad sus primeros estudios. Casi niño aún, se inició, como redactor de *El Iris*, en la devoradora carrera de la prensa, que, con breves intervalos, había de absorber su vida entera. En 1859 vino á reunirse con su padre, que residía en Buenos Aires, y con él asistió á la batalla de Cepeda. Quedó establecido en la República Argentina, tomando parte activa en la redacción de la *Reforma Pacífica*, de Nicolás Calvo, y de otros diarios militantes. Fundó *La América* el 1º de febrero de 1866 y quedó al frente del diario, como director y redactor principal, hasta su violenta suspensión, el 26 de julio del mismo año. La enérgica oposición de *La América* á lo que puede llamarse «la política brasileña en el Plata» encendió las iras del poder, mayormente después de la publicación del *Tratado secreto de la triple alianza*, hecha por este diario y acompañada de vehementes comentarios. No le bastó al gobierno la defensa, á la verdad poco eficaz, de su prensa oficiosa; el 27 de julio mandó cerrar la imprenta y encarcelar á los redactores Vedia, Guido y Spano y Soto, que fueron deportados pocos días después. El señor Vedia volvió de Montevideo durante la administración del doctor Marcos Paz, y, apenas inaugurada la presidencia de Sarmiento, resucitó *La América* (noviembre de 1868) con la colaboración de don Olegario V. Andrade. A principios de 1870 preparábase en Buenos Aires y Entre-Ríos el movimiento revolucionario del partido nacional uruguayo contra el gobierno del general Batlle; el señor Vedia formó parte del Comité organizador y, realizada la invasión de la Banda Oriental por las fuerzas del coronel Aparicio, llevó de aquí una imprenta con que publicó en el mismo campamento *blanco* el periódico *La Revolución*. Sabido es que, des-

pués de las peripecias habituales (que forman el triste *corso e ricorso* del des-gobierno sudamericano), el convenio de abril de 1872 puso término provisional á la guerra civil. D. Agustín de Vedia fué elegido diputado por el departamento de Cerro Largo. El 1º de marzo de 1873 una mayoría de coalición llevaba al doctor Ellauri á la presidencia de la República y se inauguraba su período de transacciones é inconsistencias, que habia de rematar fatalmente en un motín de cuartel. El 15 de enero de 1875 el coronel Lorenzo Latorre derrocaba al presidente legal, que prefirió refugiarse en Buenos Aires antes que deber al partido blanco su restauración. Sabido es cómo, á pretexto de una conspiración que resultaba fraguada por elementos inconciliables, algunas semanas después (25 de febrero) quince ciudadanos distinguidos (entre ellos los señores Julio Herrera, José P. Ramírez, Agustín de Vedia, Aureliano Rodríguez Larreta, J. I. de Herrera, los hermanos Flores, etc.) fueron arrancados de sus hogares, arrojados á la bodega de la barca *Puig* y, entre peligros y miserias, llevados bajo custodia á Cuba y los Estados Unidos. El señor Vedia ha publicado una relación interesante del triste viaje, en un volumen de 238 páginas. A fines de agosto del mismo año llegaban á Buenos Aires los desterrados orientales, y don Agustín de Vedia se establecía en Dolores, donde, además de colaborar activamente en *La Nación*, ejerció la abogacía libre. Fruto de este ejercicio profesional es el estudio titulado: *Los privilegios del Banco de la Provincia ante la hipoteca convencional* (1876), en que, con notable rigor de método y precisión de estilo, reducía á sus términos verdaderos el famoso y tiránico privilegio que, según él, no debiera subsistir intacto después de renovado el crédito. En 1880, se trasladó á Montevideo y le fué ofrecida la legación oriental cerca del gobierno argentino, en condiciones que no le parecieron aceptables; quedó allí dos años, redactando el diario *La Democracia*, que había fundado en 1873. Regresó á Dolores en 1882 y á poco se estableció definitivamente en Buenos

Aires. Dirigió por algunos años la *Tribuna Nacional*, diario fundado por Andrade y que desapareció en 1888. Después de dos interinatos relativamente breves en *El Nacional* y *La Prensa* (con el doctor Bilbao), el señor de Vedia fundó la *Tribuna* (15 de mayo de 1891), confiando á su hijo, don Mariano de Vedia, la dirección del diario y conservando sólo la redacción principal que, desgraciadamente, por causa de su salud un tanto delicada, ha tenido que reducirse en estos últimos tiempos á una colaboración algo intermitente. Felizmente, el estudio actual es el mejor indicio de una reacción favorable que nos promete nuevos trabajos del activo y substancioso publicista: volvemos á hallarle aquí todo entero, con su solidez de doctrina y precisión de forma, con su vigor de dialéctica que, en una primera lectura (como al que escribe estas líneas ha sucedido), desvanece las objeciones. Éstas existen y subsisten, sin embargo, y quizá nos atrevamos á formularlas en otra parte, seguros de que las examinará con buena fe, quien, durante una carrera de publicista que pasa de siete lustros, siempre antepuso á conveniencias materiales y satisfacciones vanidosas, la integridad de carácter y el culto de la verdad. Además de los trabajos citados, el señor Vedia ha publicado aparte varios estudios de derecho constitucional: *La Nación y las Provincias*, *Intervención*, etc., etc. Pero su obra principal, sin duda una de las más importantes que sobre historia financiera existen en Sud-América, es *El Banco Nacional* (tomo primero, 1811-1854, 1 vol. en 8º de xvii-513 páginas) cuyo segundo tomo está en preparación. El señor Agustín de Vedia, con prendas de carácter, laboriosidad y talento nada comunes, viene actuando hace cuarenta años en la vida pública del Plata sin haber logrado jamás la situación condigna á sus servicios y aptitudes: es uno de los pocos hombres espectables del país, de quien pueda decirse, según la bella expresión del cardenal de Retz, que su destino « no ha llenado su mérito ».

# ÍNDICE DEL SEXTO TOMO

(OCTUBRE-DICIEMBRE)

## ENTREGA DE OCTUBRE

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO	Cartas á Avellaneda.....	5
SAMUEL GACHE.....	Sanatorio en la Sierra de Córdoba.....	43
ROQUE SAENZ PEÑA.....	Los Estados Unidos en Sud-América (conclusión).....	55
LUCIO V. MANSILLA.....	<i>Sic transit</i> .....	68
MARTÍN GARCÍA MÉROU.....	El Brasil intelectual (continuación).....	77
PAUL GROUSSAC.....	El hogar desierto.....	96
AMBROSIO MORANTE.....	Defensa y triunfo del Tucumán.....	127
***	Bibliografía retrospectiva.....	152

## ENTREGA DE NOVIEMBRE

D. VÉLEZ SANSFIELD.....	Un discurso y un artículo.....	161
NICOLÁS AVELLANEDA.....	El doctor Vélez Sarsfield.....	173
ALBERTO B. MARTÍNEZ.....	Acrecentamiento de los gastos nacionales.	190
MARTÍN GARCÍA MÉROU.....	El Brasil intelectual (continuación).....	218
DIEGO T. DAVISON.....	La memoria de los muertos.....	243
FRANCISCO SEEBER.....	<i>Parsifal</i> en Bayreuth.....	270
PAUL GROUSSAC.....	El hogar desierto (conclusión).....	286
***	La educación por el folletín.....	313

## ENTREGA DE DICIEMBRE

AGUSTÍN DE VEDIA.....	El censo y la constitución.....	325
MARTÍN GARCÍA MÉROU.....	El Brasil intelectual (conclusión).....	340
DELIO MIRANDA.....	Lo que se ama.....	381
DAMIAN MENÉNDEZ.....	La casa del sol.....	408
RÓMULO E. MARTINI.....	Jacinto Gallina.....	415
PAUL GROUSSAC.....	Alphonse Daudet.....	428
CARLOS PELLEGRINI.....	El monumento de Lucio V. López (Dis- curso).....	454
***	Documentos históricos.....	460
***	Redactores de <i>La Biblioteca</i> .....	464